
CALISTA SWEET
UN PAR
DE ZAPATOS
Y UN MENSAJE INESPERADO
Tener secretos
no es malo...



UN PAR DE ZAPATOS

Y UN MENSAJE INESPERADO

Tener secretos
no es malo...

Un par de zapatos y un mensaje inesperado

1ª edición, julio de 2023

Maquetación interior y diseño de cubierta:

Email: calistasweetescritora@gmail.com
https://calistasweetescrit.wixsite.com/calista
https://donairegalante.wixsite.com/redactorycorrector

IBSN: 9798850334741.

«No hay felicidad o infelicidad en este mundo; solo hay comparación de un estado con otro. Solo un hombre que ha sentido desesperación es capaz de sentir la máxima felicidad. Es necesario haber deseado morir para saber lo bueno que es vivir».

Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Londres, seis años atrás

LA RESCATADORA DE ALMAS

Aunque lo niegues, los dos sabemos que lo que ha pasado hoy no es fruto de la casualidad. Dices que no crees en el destino. Déjame darte razones para convencerte de lo contrario. Esta ciudad es una maravilla al atardecer. Estaré a los pies del león de South Bank cuando el sol acaricie los tejados. No me falles.

Arrugué la nota que Ángel me había dejado escondida entre los bocetos de algunas de las piezas de la colección otoño-invierno y lo maldije en cuatro palabras. Aquel tipo iba a complicarme la vida, podía leerlo en sus ojos. Desde la primera vez que me crucé con él, supe que era una de esas personas que no se rendían con facilidad. Pero la puñetera Fanny —o lo que él llamaba «destino»— se había empeñado en que la acompañara a la fiesta y yo, que tenía todas las excusas del mundo, pues estaba a tope de trabajo y debía entregar mis propuestas en apenas dos semanas, no supe negarme (¿quién le diría que no a la única amiga en un país extranjero donde se propone pasar al menos los próximos cinco años de su vida?).

Había apenas siete chicos españoles entre los asistentes, pero él destacaba, al margen de su nacionalidad: pelo y ojos oscuros, barba de tres días, sonrisa permanente. Físicamente, era la clase de hombre por el que solía sentirme atraída. Y, sin embargo, no me gustaba la manera en que me miraba, como si fuese una moneda de oro en el fondo del mar. Me sentía un alma libre y me abrumaba la responsabilidad de hacerme necesaria para alguien y también el modo en el que sus ojos me perseguían de uno a otro lado de la sala.

Lo evité cuanto pude, esquivando sus intentos por acercarse y establecer conversación. Pero entonces él arriesgó con un juego: a ratos me ignoraba y hablaba con otras chicas, a ratos me comía con los ojos; así consiguió despertar mi interés.

Apenas intercambiamos unas cuantas palabras esa noche y yo me empeñé en mostrarme borde para levantar una barrera entre los dos. Ángel no pareció decepcionado; muy al contrario, su fascinación creció con cada comentario, con cada burla que le dedicaba, tal como me confesaría más tarde. ¿Era un masoca o una polilla atraída por una hechizante luz?

A partir de ahí, había coincidido con él demasiado a menudo, sospechaba que no de forma fortuita, y en todas las ocasiones Ángel me lo había puesto difícil. Por su naturalidad y simpatía. Por su

amabilidad extrema, por ese buen humor que derrochaba y que chocaba frontalmente con mi carácter huraño, hasta tal punto que fue erosionando mis muros.

Me contó que había venido a Londres a completar su formación en hostelería. Que era sevillano y, en su ciudad, tenía negocios familiares que atender. Su padre había fallecido no hacía mucho y se esperaba de él, que era el mayor de cuatro hermanos, que continuara el legado que él había dejado. Su entusiasmo y el amor por su tierra me conquistaron porque yo, aunque apasionada también de mi Alicante natal, siempre había concebido la vida como una aventura que había que aprovechar y estaba decidida a explorar otras ciudades mientras las circunstancias me lo permitieran.

Poco a poco, me fui relajando con él y me mostré más abierta, hasta le confesé el motivo que me había traído hasta Londres y cómo había abandonado un puesto de trabajo en una importante empresa de transportes para probar suerte en el diseño, que era mi auténtica vocación.

—Eres una valiente. Ojalá yo lo fuera también. —Había en sus ojos cierta tristeza y el corazón se me hizo añicos al presumirle una responsabilidad que le pesaba demasiado sobre los hombros.

—Si tú quieres, yo puedo ayudarte —propuse sin pensarlo.

Ángel abrió los ojos y clavó su oscura mirada sobre la mía. Alrededor, el mundo se detuvo. La cafetería, antes enorme y ruidosa, se hizo pequeña y silenciosa frente a la burbuja que acababa de crearse entre los dos.

—¿Me ayudarías? A convertirme en el hombre que quiero ser. A sacudirme las cadenas, a ser libre. A ser como tú.

No tuve que preguntar cuál era el papel que yo ejercería en aquella aventura. No requería de palabras para descifrar el alma de Ángel; solo debía tenderle la mano y asegurarle que estaría allí, junto a él, en el momento en que él me necesitara.

Pero todavía me costaba. No quería que él tomase una decisión que me involucrara de aquella forma, que me comprometiera. Deseaba que lo que quiera que él hiciese con su vida no me tuviese a mí como excusa y objetivo. Pero el poder que Ángel me otorgaba era demasiado tentador… ¿Tenía derecho a empujarlo en mi dirección, a arrojarlo a un vacío del que posiblemente nunca quisiera o supiera escapar?

Era la primera vez que nos veíamos a solas y también la primera vez que forzábamos una quedada. Quizá no había sido una buena idea porque yo debía estar trabajando, tenía que concentrarme en el propósito que me había traído hasta la capital del Reino Unido. Ángel era una distracción atractiva pero peligrosa. Había escapado del taller inventando una excusa; no era mi estilo y me pregunté si aquel hombre comenzaba a forzarme, de modo involuntario, a renunciar a

ciertas cosas, a actuar en contra de mi código ético.

—Tengo que volver. —Me levanté y, al hacerlo, la silla cayó hacia atrás. Unas cuantas miradas se concentraron en los dos. La burbuja estalló en mil pedazos y la cafetería volvió a ser grande, y el ruido, ensordecedor (¿o era el latido de mi corazón que me reverberaba en los oídos?). Exhalé un suspiro.

Ángel se incorporó también y me agarró las manos. El contacto me produjo un sentimiento estremecedor al que no estaba acostumbrada. ¿Por qué temblaba y por qué lo sentía un poco más cerca cada vez, tanto que me parecía absorber su respiración? En los últimos días habíamos intercambiado muchas conversaciones; nos habíamos contado secretos, habíamos planteado montones de preguntas y encontrado algunas respuestas. Pero, sobre todo, nos habíamos mirado a los ojos. No era una situación que no hubiese vivido antes, con él y con otros chicos; pero lo que leía en aquel momento en sus pupilas me paralizó la sangre en las venas.

Por un momento, me olvidé de respirar.

—Quiero que me salves, Maya. —Después de pronunciar aquellas palabras, Ángel me soltó una de las manos y, con la suya, me agarró la barbilla. Sus dedos me acariciaron no solo la piel, sino también el alma.

Luego, se inclinó y me besó.

Jamás me había sentido tan ridícula como aquella tarde, cuando salí corriendo de una cafetería en Oxford Street. Era enero y hacía un frío de los mil demonios, pero yo llegué sudando al taller. Thomas no comentó nada; se limitó a observarme desde detrás de sus gafas de última moda con esa expresión suya tan característica que a todas luces indicaba que había sacado ya sus propias conclusiones.

—Échales un vistazo a las correcciones en los colores, te he puesto los bocetos sobre la mesa.

Me obligué a concentrarme lo mejor que pude en los dibujos e incluso añadí algún comentario para Madame Purpurina, que era el apodo que recibía mi jefa por ser aficionada en exceso a esta sustancia. Aunque mi mente volaba con frecuencia hasta la cafetería y mis dedos traidores hormigueaban con solo el recuerdo de los de Ángel entre los míos. Los labios conservaban el sabor de su boca y hasta su aliento. Mis mejillas se coloreaban cuando imaginaba sus ojos taladrándome y exigiendo una respuesta.

—¡Es la hora del té! ¿Por qué no vas a la cocina y preparas uno para ti y otro para este pobre y cansado viejo? —Thomas pronunció las últimas palabras en un forzado español y luego se tiró en el sofá como si acabase de arrastrar unas cuantas toneladas de peso.

Aquella actuación me arrancó una sonrisa. Si una palabra definía a Thomas, esa era «intenso».

Hice lo que Thomas me pedía y, a mi regreso, lo encontré dormitando y me senté de nuevo frente a los bocetos. Al moverlos, advertí que un sobre sobresalía entre ellos: era del color de la esperanza y sobre él había unas letras dibujadas.

Mensaje urgente para Maya,
la rescatadora de almas

Mientras la respiración acompasaba el ritmo al loco deambular de mi corazón, abrí el sobre y extraje la nota que contenía notando que se me secaba la boca. En la vida todo es una cuestión de elecciones y hasta entonces yo me había sentido satisfecha de cada una de las mías. No quería equivocarme. No podía. Cualquier opción que eligiera supondría a su vez una renuncia.

Sopesé los riesgos, evalué las ganancias y las pérdidas que acarrearían.

Y tomé una decisión.

1
HOY NO ESTOY

> Hoy no estoy, mañana tampoco.
> Tal vez ayer…

El espacio que quedaba entre la puerta y el cuerpo de su vecina cuando esta abría para atender sus demandas era pequeño, aunque lo bastante grande como para percatarse de que tres objetos ocupaban el vestíbulo del apartamento de forma permanente: el primero, un paraguas con forma de ave cuyo puño simulaba el pico; el segundo, un espejo ovalado cuyo dorado marco refulgía contra el ocre de la pared; el tercero, un par de zapatos de hombre.

Estos constituían, con diferencia, el elemento más llamativo a los ojos de Rosella, pues de todos era sabido que Eme vivía sola. La chica padecía, de hecho, lo que ella misma denominaba sin tapujos «alergia social». Si bien Rosella sospechaba que aquella no era sino una burda excusa para evitar relacionarse y disuadir a los curiosos de la intención de inmiscuirse en sus cosas.

Porque desde su llegada, Eme había aterrizado en la comunidad de vecinos cargada de misterios. Con una enorme maleta de color amarillo (lo que para Rosella era una osadía: ¿quién prefería el color amarillo sobre todos los demás?) y el pie izquierdo encima de la alfombra, desafiando a la mala suerte.

En esta ocasión, la puerta ni siquiera quedó lo suficientemente entreabierta, aunque Rosella, tal vez en un acto de fe, tal vez tras confirmar que la triste expresión en el rostro de Eme se perpetuaba, pudo corroborar sin necesidad de verlo con sus propios ojos que el trío de objetos permanecía allí, cumpliendo con su particular penitencia.

—No es Rosalía, sino Rosella. Con dos eles —refunfuñó la buena señora que nunca, en sus casi noventa años de existencia, terminaba de acostumbrarse a que confundieran su nombre—. Es un nombre de origen italiano que significa «linda como una rosa» y no, no soy italiana y mis padres tampoco lo eran, fue un capricho de mi madre —continuó su discurso—. Ella nunca estuvo en Italia, aunque adoraba esa cultura y todo lo relacionado con el país de la bota. Mi padre, en cambio, era muy francés. Se pirraba por los cruasanes —agregó todavía a la caza de un pretexto para alargar la posibilidad de introducir su raída babucha en el vestíbulo del piso de su vecina.

—Pues lo siento mucho, doña Rosalía —porfió Eme—, pero no he visto a su gato.

Y ante la atónita mirada de la anciana, cerró la puerta.

Uno, dos, tres, cuatro y cinco respiraciones. Eme se apoyó sobre la madera y esperó hasta que los pasos se alejaron. Si algo odiaba por encima de todas las cosas, era a las personas entrometidas. Cotillas, chismosos, amigos de los asuntos ajenos… Estaban por todas partes: asomados a las ventanas, escondidos tras los visillos, acechando en las esquinas de las calles y sentados en las mesas de los locales; entre todos ellos, seres inmundos, la peor era la señora Rosella.

Eme frunció el ceño mientras imaginaba diferentes maneras de librarse de ella —invitarla a un té y aderezarlo con una cucharadita de arsénico, retorcerle el pescuezo con un lazo o propinarle una linda patada en el trasero que la hiciera descender los escalones a una velocidad inusitada para sus casi nueve décadas de historia—, aunque una sonrisilla se superpuso cuando visualizó los vivaces ojillos de la anciana tratando inútilmente de abarcar una porción de su vivienda más allá del vestíbulo.

Cuando ella fuese nonagenaria, se dijo, se dedicaría a viajar y a conocer mundo. O quizá a hacer pasteles. O a comérselos. ¿O estaría incordiando a sus vecinas para conseguir que la invitaran a sus casas y descubrir sus más íntimos secretos?

Decidió olvidarse de Rosella (hasta la próxima) y también de su gato, un animal desgarbado de color grisáceo y con cara de pocos amigos que deambulaba por el edificio como si este fuese de su propiedad, y ponerse manos a la obra con la tarea que la había llevado hasta allí. No había tiempo que perder.

Echó un rápido vistazo a su apariencia en el espejo del vestíbulo. De haberlo querido, Eme podría haber comprobado si la elección de vestuario había sido la acertada en cualquiera de los veintitrés espejos que decoraban las paredes del inmueble. Los había contado y no había ni uno más ni uno menos. De hecho, el apartamento parecía tener más espejos que metros. Eme supo enseguida que se trataba de una estrategia para disimular lo reducido de las estancias. Ella los había tapado uno por uno colocando sábanas, pañuelos y cualquier pedazo de tela que encontró. Porque Eme odiaba contemplarse en el espejo. O, para ser más exactos, lo que Eme odiaba contemplar en el espejo era aquello en lo que se había convertido.

Aquella mañana se esforzó, no obstante, en aparentar que era la joven alegre y dispuesta que un día fue. La que notaba la pasión recorriéndole las venas y que la vida latía más allá de los poros de su piel. Aunque rezumaba rencor, nostalgia y rebeldía resolvió que aquel cóctel de emociones era justo lo que necesitaba para recuperar el valor y dar el paso hacia delante que estaba obligada a dar.

Se arregló la falda, colocó cada uno de los mechones de su pelo,

ahora corto y castaño, detrás de las orejas y se pellizcó las mejillas en un intento desesperado por recuperar el color del rostro. Era primavera, primavera en Sevilla. Más allá del patio de vecinos la esperaba aquel intenso olor a flores y a cosas nacientes que ahora aborrecía.

Pero Eme estaba decidida. Aspiró todo el aire que sus pulmones eran capaces de soportar y colocó una mano sobre el tirador. Echó un rápido vistazo al trío: en esta ocasión, ignoró la imagen que se reflejaba en el espejo y paseó la mirada por el marco; luego, la dirigió hacia el paraguas pensando que se moría por estrenarlo, aunque el agua, en aquel año de sequía que los asolaba, seguramente brillase durante mucho tiempo por su ausencia; por último, sus ojos se detuvieron en los zapatos que relucían igual que el filo de una espada. Por enésima vez, notó como si le acabasen de atizar un puñetazo en el estómago y la respiración le faltó mientras contenía las ganas de vomitar que amenazaban con doblarla por la mitad.

Después de luchar durante un rato contra sus fantasmas, Eme abrió la puerta topándose con los dorados ojos de Rancio, el gato de su vecina. Se estremeció por completo porque los animales, que antaño adoraba, habían dejado de gustarle, como tantas otras cosas. Le dirigió una burla y Rancio alzó la cabeza a modo de respuesta antes de continuar su camino hacia el patio. No parecía ofendido, sino más bien indiferente. Y Eme apostó a que, antes de volver a casa junto a su dueña, metería su chato hocico en alguna de las macetas. Puede que hasta la tirara, desatando la ira del casero. Solo llevaba allí diez días, pero ya lo había visto hacer de las suyas en más ocasiones de las que le gustaría.

Al cerrar la puerta, el papel que Eme había colocado con cinta adhesiva peleó durante unos instantes contra la gravedad. Después, regresó a su solemne posición sobre la madera.

> Hoy no estoy, mañana tampoco.
> Tal vez ayer…

El contenido suponía una llamada a la prudencia, pero Eme no podía reprocharle que no cumpliese con su cometido: Rosella no conocía el significado de aquella palabra y ella era, en sí misma, una fuerza irrefrenable.

Con todo, Eme decidió mantener el mensaje allí los próximos días porque aquellas palabras resumían mejor que cualquier otra cosa en el mundo su estado de ánimo.

Suspirando, lo miró por última vez.

Y bajó las escaleras que conducían hasta la calle.

2
EN CERO COMA

> Vuelva usted mañana…
> …o la próxima semana
> que si no le atiende Larra,
> tendrá aquí a Mariano Parra.
> (Estoy tomando una tostaíta. Vuelvo «en cero coma»)

Eme leyó la nota con una mezcla de incredulidad y desconfianza. ¿De qué iba aquello? ¿Qué clase de persona había escrito esas palabras? Comprobó la hora en el reloj del móvil: eran las diez en punto, justo el momento de la cita. ¿Cómo podía alguien ser tan irresponsable como para irse a desayunar teniendo un compromiso previamente adquirido?

Golpeó la puerta con los nudillos y usó la voz para preguntar si había alguien al otro lado. Pero como única respuesta, recibió el silencio.

—En diez minutos estoy ahí —aseguró el tal Mariano tras presentarse al otro lado del teléfono—. La última entrevista ha durado un pelín más de lo previsto y me moría por un cafelito. ¿Te apetece tomar algo y nos vamos conociendo? —propuso con un tono tan entusiasta que no admitía negativa—. Estoy aquí, en el restaurante. Es el edificio contiguo. Solo tienes que ponerte frente a la puerta y mirar hacia la izquierda. En la barra me encontrarás, no paso desapercibido —declaró con guasa.

Eme había desayunado, pero le pareció que la oportunidad de ganar puntos con el tal Mariano la pintaban calva. Trató de ignorar la irritación que la corroía por dentro y, siguiendo las instrucciones de Parra, accedió al bar.

Un hombre de mediana edad y estatura imposible la saludó con la mano. Eme se sentó junto a él en un taburete y pidió un zumo de naranja. Mientras charlaban, se dio cuenta de que Mariano se salía de todas las maneras posibles de los cánones que mentalmente había establecido para los sevillanos: era muy alto, de facciones suaves, «tan calvo como una bola de billar», según él mismo se definía y, sobre todo, le llamó la atención su extravagante modo de vestir que se alejaba de todos los convencionalismos.

—Entonces dominas el inglés y el francés.

Eme asintió.

—Tengo nivel C2 de inglés y B2 de francés.

—¿C2 de inglés? Eso es prácticamente bilingüe.

—Me gustan mucho los idiomas —respondió tajante Eme, tratando de ocultar su incomodidad. Aquel hombre la miraba con un interés no exento de curiosidad y sus ojos, grandes y profundos, la penetraban como si estuviesen radiografiando su alma.

—¿Has tenido alguna experiencia laboral o una estancia de más de tres meses en el extranjero?

—Hice un Erasmus en Lieja cuando estudiaba Administración y Dirección de Empresas.

—¿Hablabas en inglés?

—Francés, sobre todo.

—Y entonces, ¿ese nivel de inglés?

—Tengo familia americana —mintió.

Una de las espesas cejas que enmarcaban los ojos de Mariano se elevó sutilmente.

—He leído tu currículum y hay algo que me ha llamado la atención: ¿qué clase de nombre es «Eme»?

—Es una abreviatura de María —afirmó con sus azules pupilas fijas en Mariano que la contemplaba con suspicacia.

—¡Vaya! Eres una chica de pocas palabras —concluyó Mariano.

—Pero soy una buena trabajadora: eficiente, responsable y sobradamente preparada.

—Y no te hace falta abuela.

—Siempre me he apañado sola. —Esta vez dijo la verdad—. Hace mucho que me emancipé y llevo años fuera de casa. He tenido que pelear para sobrevivir y estoy dispuesta a darlo todo. Necesito este trabajo.

Lo desafió con la mirada y él se la sostuvo. Habían llegado a la entrada del hotel. Sobre la puerta, el papel que la recibiera media hora antes ondeaba contra la brisa mañanera.

Mariano se detuvo y lo señaló con un dedo.

—¿Qué opinas?

—Que la burocracia todavía hoy sigue siendo un fastidio.

Él dejó escapar una sonrisilla y le tendió una mano.

—Calidad, autenticidad, encanto y trato excepcional. Son las cuatro patas en las que se apoya nuestra marca —explicó ofreciéndole un tríptico publicitario—. Empiezas mañana. A las diez.

Eme pestañeó; durante la escasa media hora que había durado la conversación, había tenido la sensación de que el tal Mariano recelaba de ella. Sintió la tentación de indagar, de buscar el motivo que lo había inclinado en su favor.

Pero la prudencia se impuso a la curiosidad: había cumplido su objetivo; ya habría tiempo de saber y no quería arriesgarse a que la decisión de Mariano se tambalease.

—Estaré aquí a las diez menos cinco —dijo a modo de despedida.

Luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

3
HOJAS DE MENTA

3 huevos
1 sobre de levadura en polvo (16 gramos de polvo para hornear)
1 yogur de limón (125 gramos)
Harina (3 medidas de yogur)
Azúcar (2 medidas de yogur)
Aceite de oliva virgen extra (1 medida de yogur)
Ralladura de 1 limón
Mantequilla y harina (para untar el molde)
Mermelada, azúcar glas y hojas de menta (para decorar)

—¿En qué guerra andas metida?

Rosella ni siquiera se giró; el familiar sonido de la voz de su amiga repercutió en sus oídos, todavía en perfectísimo estado. Después de cincuenta y ocho años, el eco de lo que se le antojaban campanitas tintineando permanecía intacto como el primer día y la transportó a aquel momento, el del primer encuentro, cuando Esperanza llegó para instalarse en el patio de vecinos, apocada, temblorosa y recién casada, en la que fuese la habitación de su marido, el malhumorado pero entrañable Eulogio. Muchas primaveras habían volado desde entonces y, si bien la dulzura de Esperanza permanecía, aquella timidez que la hacía vulnerable y recatada frente a sus vecinos se había disipado dando paso a una mujer resuelta capaz de capear los peores temporales y de soportar en soledad los embates de la vida.

—¿No lo ves? —respondió con su habitual desparpajo Rosella—. Estoy haciendo un bizcocho.

Esperanza se acercó, situándose a su lado.

—¿Hojas de menta? —preguntó leyendo el papel con la receta que Rosella había colocado sobre la encimera para seguir las instrucciones—. ¿De dónde puñetas has sacado esta pijada?

Aquellas salidas de tono de Esperanza la divertían porque el contraste entre su fragilidad y su fortaleza resplandecía, y a Rosella le fascinaban los contrastes; no obstante, se obligó a disimularlo y arrugó el ceño. Las líneas de expresión que lo decoraban se hicieron más intensas si cabe.

—¿Vas a discutirle ahora a la hermana de Arguiñano cómo se hace un buen bizcocho?

—¿Sabrá esa más de cocina que yo, que me he llevado setenta años metida entre fogones? —replicó Esperanza, que había sido cocinera en una famosa taberna del centro durante toda su vida.

—Pues como ya has cocinado bastante, siéntate ahí, no te vayas a estropear la espalda, y déjale hacer a tu querida amiga.

Mientras mezclaba los ingredientes, Rosella se recordó mentalmente que debía acostumbrarse a cerrar la puerta. No corrían buenos tiempos; Carmen, su hija mayor, se lo advertía una y otra vez, que la época de vivir tranquilos había pasado y que había que tener cuidado porque los ladrones y la «gente mala» abundaban, y ella era demasiado confiada y vulnerable. Pero a su edad cambiar las costumbres era como pedir a un niño que dejase de creer a pies juntillas que los padres son superhéroes.

Ese pensamiento la dirigió una vez más hasta la nueva inquilina. Volvió a preguntarse cuál sería su historia, qué era lo que la habría llevado hasta allí, si estaba sola o tenía familia. Lo poco que sabía de ella había tenido que deducirlo, como su acento y aquella manera de pronunciar las palabras tan alejada de lo andaluz. O el hecho de que había alquilado el apartamento por tres meses prorrogables. Esto lo había escuchado directamente del casero. Era una fórmula que él no contemplaba habitualmente, pero Eme había pagado por adelantado y en aquel momento el piso estaba vacío.

Luego estaba el detalle de su curioso nombre, «Eme», más bien un apodo o el diminutivo de algo, pero ¿de qué? La curiosidad crecía con cada visita frustrada al primer piso.

—Si sigues batiendo de esa manera, vas a estropear la mezcla. La cocina es como el amor: una cuestión de cariño. Cuando no le pones el corazón, el resultado es nefasto. ¿Qué es lo que te preocupa? —Esperanza le pellizcó el brazo y Rosella dio un salto hacia atrás. La batidora quedó por unos instantes suspendida en el aire, fuera del vaso, vertiendo gotas sobre la encimera.

—Pero ¡qué borrica eres, Espe!

—Es para que reacciones. Me da miedo cuando te quedas así, tan absorta que el mundo podría derrumbarse a tu alrededor y tú seguirías ahí, dale que toma con la batidora. ¿Para quién estás preparando ese bizcocho?

—Para mí. Hoy me he levantado con antojo de bizcocho de limón. —La miró retadora.

—Embustera. A mí no puedes engañarme. La única fuerza poderosa capaz de arrastrarte a ti hasta la cocina es la necesidad de echarle una mano a alguien. ¿De quién se trata esta vez? ¿A qué alma doliente se ha propuesto rescatar la buena de Rosella?

—A nadie, no seas pesada.

—¿No será a la nueva vecinita, a esa joven descarriada? —Achicó los ojos.

—Ya no es como antes, Espe, como en nuestros tiempos. Ahora la gente joven «va de otro palo», como ellos dicen. No les gusta que los

demás metan las narices en sus asuntos.

—Pero tú no puedes evitarlo: eres una alcahueta de primera categoría. Llevas una vida entera haciéndolo, ¿por qué ibas a perder la costumbre ahora que eres una vieja maniática como yo?

Rosella apagó el motor del electrodoméstico y giró la cabeza, fijando la mirada en su amiga. Esperanza descubrió en el fondo de sus ojos aquella mezcla de desvelo y audacia que caracterizaba las misiones de su amiga. Una prueba más de que sus sospechas estaban justificadas.

—Sé que es una buena chica, pero arrastra unos cuantos fantasmas, puedo verlo. Yo solo quiero echarle una mano. ¿No hice lo mismo contigo?

—Pero, como tú misma has mencionado, corren otros tiempos.

—Las personas siguen siendo personas, con sus necesidades, sus anhelos. ¿Tú dejarías a un animal abandonado a su suerte si se cruzara en tu camino?

—¡Sela! Las comparaciones son odiosas.

—Siempre me dices que debemos ser buenos vecinos. Cuando llegaste, ¿quién te preparó tu primer plato de lentejas trianeras?

Esperanza compuso una mueca de asco.

—No me lo recuerdes, estaban asquerosas.

—La cocina no es lo mío, pero sí lo es dar apoyo y cuidar de la gente.

—Yo venía a pasar el resto de mis días aquí; ella está de paso.

—No te pongas celosilla, Espe. Tengo tanto amor para dar que mi corazón ocupa los dos lados del pecho.

Esperanza se mordió la lengua, no quería insistir en una pelea que daba por perdida antes de empezarla. Jamás podría olvidar que la única persona que le abrió no solo los brazos, sino las puertas de su casa y de su vida fue Rosella. Esa mujer amable que pasaba día y noche entregada a su marido y a sus cinco hijos y, sin embargo, conseguía rascarle minutos al día para preocuparse por ella y por todo el que se incorporase al patio de vecinos, tenía una habilidad especial para hacer que los demás se sintieran como en casa. Todavía ahora, cuando era ella, precisamente, la que necesitaba ayuda y quien acusaba más la soledad.

Sacudió la cabeza, negándose las ganas de decirle cuatro cosas a Rosella para que espabilara.

En cambio, se arremangó el jersey y preguntó:

—¿Has puesto a precalentar el horno?

4
COMO EL GRANA FUGAZ DE UNA AMAPOLA

Rojo…
Como el grana fugaz de una amapola.
Bañado por el mar y trabajado
por su garganta azul, florezco y subo
fino ramo encendido de corales.

Noel cerró el cajón y, con él, el extracto del poema de Alberti volvió a perderse en el recuerdo. Deseaba enterrarlo para siempre. Deseaba olvidar que el rojo lo había perseguido durante toda su vida como una terrible maldición.

Rojo pasión.

Rojo fuego.

Rojo sangre, lujuria y emoción.

Rojo cruel condena.

Desde que abriera los ojos al mundo y chocara con la temblorosa sonrisa de su madre, el rojo había sido una constante en su vida. Su cabello, un rasgo distintivo que lo separaba de sus hermanos y que señalaba directamente hacia aquella ascendencia irlandesa de la que los Vargas deseaban distanciarse para siempre.

Tenía recuerdos amargos asociados al color de su pelo: las burlas de los otros niños cuando era pequeño, los comentarios sobre la mala suerte, las comparaciones con sus hermanos, tan morenos, o aquella vez que se rapó la cabeza para ocultar el tono bermejo que la decoraba.

Y todavía ahora, ya adulto y reconciliado con sus rasgos, seguía aborreciendo lo que ser pelirrojo suponía. Cómo había tenido que pelear por hacerse respetar constantemente y, sobre todo, las invariables miradas. Porque el blanco nacarado de su piel y el caramelo de sus iris contrastaban de tal manera con el pelo que lo hacían llamativo a los ojos ajenos. Igual que un animal exótico en una exposición de fenómenos de la naturaleza.

Los complejos habían sido una permanente en su infancia y Noel arrastraba todavía cierta amargura como consecuencia. Hasta el poema de Alberti que su madre le dedicara con tanta vehemencia se le atragantaba ahora que ella no estaba. Ya no se sentía amapola ni coral ni protagonista de todas aquellas obras de arte que el poeta gaditano mencionaba en él. Sino un hombre con demasiadas cargas sobre los

hombros que, aunque siempre estaba rodeado de mucha gente, se sentía acorralado por la soledad.

—Llega en unos diez minutos. ¿No te quedas entonces para saludarla? —insistió Mariano que difícilmente se rendía ante una negativa y sabía porfiar como nadie con Noel, logrando, en la mayoría de los casos, que este depusiese su actitud cuando lo consideraba necesario.

—¿Para qué? Tú ya has decidido por mí, ¿no? Dices que cumple con los requisitos y que es perfecta para el puesto. Ya habéis establecido vuestro idilio, no me necesitáis —determinó Noel mientras se levantaba y recogía la chaqueta del perchero para colocársela sobre la impoluta camisa.

Iba siempre impecablemente vestido; sabía lo que le sentaba bien y combinaba las prendas con la maestría de un modisto. No obstante, su apariencia era demasiado seria, demasiado formal y para nada se correspondía con su edad. Mariano pensó que, con los años, Noel había perdido mucha de la ingenuidad que toda persona necesita para sobrevivir; a cambio, había ganado una dureza que, paradójicamente, realzaba su atractivo. Ya no era el joven inexperto y temeroso que un día fue. Los acontecimientos lo habían puesto al borde de un precipicio y caer al fondo había hecho que renaciera con más fuerza si cabe.

—Ha sido la primera y la única que ha conseguido identificar el artículo de mi tocayo, Mariano José de Larra. Es fabuloso tener una compañera de trabajo que sepa de literatura —señaló Mariano.

—Espero que sus habilidades no se basen en sus conocimientos sobre los autores románticos. Te recuerdo que tenemos un hotel que gestionar. Si no hace bien su trabajo, la mandaremos a dar sus conferencias a Entre Líneas, la librería de la calle Evangelista. —Noel arqueó una ceja.

—¡Qué gracioso eres cuando te pones! —le replicó Mariano que no temía ni su furia ni la afilada mirada con la que castigaba a los que lo contradecían—. Sé que te va a encantar —murmuró en voz baja, después de ver como la puerta se cerraba tras el torbellino que Noel levantaba a cada paso—. Una vez bautizado, siempre cristiano —concluyó.

5
MIENTRAS DECIDES REGRESAR

> En este patio de vecinos no nos importan ni el ayer ni el mañana, solo el hoy. Puedes «no estar» el tiempo que necesites. Te esperaremos siempre con los brazos abiertos. Mientras decides regresar, cómete este bizcocho que te hemos preparado a modo de bienvenida.
>
> Firmado: Esperanza y Rosella

Aquel río no era su río. Fue lo primero que pensó cuando salió a pasear con su bicicleta esa mañana. No tenía el esplendor ni el color amarronado ni el olor que emanaba aquella porción de agua que había sido su compañera de paseos durante los últimos años. No enmarcaba el mismo paisaje y carecía de glamur. Esa fue la conclusión a la que Eme llegó después de una hora descargando sus frustraciones contra los pedales.

También el clima era distinto: el aire, más sofocante; la humedad, más pegajosa. La comparativa no fomentó su buen humor. Echaba demasiado de menos lo que acababa de dejar atrás. Experimentó una punzada en el costado que nada tenía que ver con el esfuerzo físico al que acababa de someter a su cuerpo. Era cierto que lo había expuesto a mucho más tiempo y velocidad de los que acostumbraba, aunque no era la primera vez que arriesgaba un calambre o las típicas agujetas. Lo que sentía tenía más que ver con la insatisfacción que la poseía.

Subió las escaleras cargando la bicicleta a peso y se detuvo ante la puerta para respirar y sacar la llave del apartamento. Se fijó en que, bajo la nota que ella dejara, había otra. Papel rayado; el mensaje estaba escrito con una letra preciosa, ejecutada con esmero y sin salirse de la línea, y no había en él abreviaturas ni una sola falta de ortografía. Ya nadie escribía así, se dijo. Las prisas y las tecnologías habían vuelto vagas a las personas que recortaban y adulteraban las palabras. No se notaba, sin embargo, en aquel papel donde cada una de ellas parecía un regalo.

La leyó con el ceño fruncido. Comprobó que el bizcocho mencionado estaba delante de la puerta, dentro de una caja. Eme se agachó y la recogió, bufando de pura impotencia. «Puedes “no estar” el tiempo que necesites» y «Mientras decides regresar» eran dos frases repletas de contenido. Aquella vieja fisgona había interpretado demasiado bien sus intenciones.

Por la firma que habían estampado al final de la nota, dedujo que en la ecuación entraba alguien más. Tal vez se tratase de la anciana que, igual que un perrito faldero, acompañaba en todo momento a

Rosella; la que, con sus gafas, su caminar nervioso y aquel cuerpecillo menudo se asemejaba a un ratón de biblioteca.

Antes de entrar en casa para tomar una ducha y prepararse para su primera jornada de trabajo, Eme echó un vistazo alrededor. No le habría extrañado encontrar a las dos mujeres agazapadas detrás de una de las macetas, esperando a ver su reacción y dispuestas a preparar la siguiente ofensiva. Aunque solo advirtió la presencia del maldito gato que parecía escudriñarla con sus inquietantes y penetrantes ojos.

—No te atrevas a acercarte. —Lo apuntó con un dedo—. Odio a todos los seres vivos, en especial, a los mininos como tú. Rancio maulló a modo de respuesta—. Hoy no te vas a colar en casa, señorito descarado.

Apoyó la bicicleta contra la pared y dio unos pasos hacia él. Rancio se mantuvo erguido y al acecho. A Eme la recorrió un escalofrío al ver como el lomo se le erizaba.

—Los gatos sois los animales del diablo. —Rancio volvió a maullar—. ¡Mira que te gusta replicar! Eres un maleducado.

El gato salió de detrás de la maceta; durante un instante, vaciló. Parecía debatirse entre continuar su camino o lanzarse sobre su interlocutora. Finalmente, terminó enroscado entre sus piernas.

Eme se quedó paralizada. ¿Aquel felino pulgoso había levantado la bandera blanca? Se agachó y le pasó la yema del dedo entre las cejas.

—Eres la vergüenza de tu especie. Das *cringe*, amigo. ¿Tan pronto has sucumbido a mis encantos? Más te vale regresar a casa. Menudo guardián de mierda estás hecho.

Cuando media hora más tarde salía de casa, Rancio la aguardaba delante de la puerta, sentado sobre las patas traseras.

—¿Qué tal? —Giró sobre sí misma—. ¿Tengo pinta de recepcionista?

Nuevamente, un maullido.

—A ti también te vendría bien arreglarte un poquito. Si te cuidaran mejor ese pelo grisáceo, hasta tendrías un aire aristocrático.

Le acarició la cabeza y, después de asegurarse de que no había moros en la costa, bajó las escaleras y cruzó el patio para salir a la calle.

La batalla comenzaba y era solo el primer paso para ganar la guerra.

6
PARA CORONAR EL CIELO

Y los vencejos
regresaron como cada año
en primavera
para coronar el cielo
de libres piruetas.

El perfume de las flores se le adhirió a las fosas nasales. Arriba el sol resplandecía, y eso que era temprano. El día prometía ser caluroso. Echó a andar, aún tenía tiempo para un café. Dobló la esquina y se dirigió hacia el Altozano. Al pasar frente al Mercado de Triana, escuchó unas voces. Eran trabajadores que descargaban las cajas de los camiones para proveer los puestos de fruta, pescado, carne y otros alimentos. Eme detuvo el paso y los observó un momento, fascinada por el modo en que se dirigían los unos a los otros, con aquellas bromas fuera de tono pero que parecían causar en ellos una diversión generalizada. Al margen de quién fuese la diana, el buen humor y la hermandad que compartían eran palpables.

Eme se contagió del calorcito que emanaban e, hipnotizada, los siguió hasta el interior del mercado fijándose en la frenética actividad que allí se desarrollaba a aquella hora de la mañana. Mientras caminaba, absorta en los productos y en los puestos y también en las conversaciones que los tenderos mantenían de unos a otros, recibió los saludos de cuantos se cruzaba. Vio que algunos locales estaban destinados a ofrecer servicios de cafetería y decidió sentarse en una de las mesas a tomar ese café anhelado.

—Y de *tostaíta*, ¿qué le apetece?

Durante unos instantes, se quedó mirando al camarero, perpleja. Aquella palabra la había transportado hasta Mariano y su nota. ¿Cuánto hacía que no probaba una tostada? ¡Años! Sintió la tentación de hacer algo distinto, de saltarse sus propias normas.

—¿Qué es lo que tienen?

Cuando llegó al hotel —a las diez menos cinco, tal como le había asegurado a Mariano—, tenía el estómago satisfecho y la sensación de haber experimentado una aventura extraordinaria. Era la primera vez en mucho tiempo que se daba un capricho sin condenarse o sentirse culpable. Una nimiedad, algo realmente absurdo; simplemente, salir del contexto. Haberlo disfrutado le escocía, aunque relegó el

remordimiento a un compartimento secundario de su cerebro para ocuparse de lo inmediato. Tras la puerta de cristal, divisó a Mariano que la saludaba desde el interior del local.

—Muy buenos días, «señorita Eme». —El tono se le antojó sarcástico, ¿se trataba tal vez de la manera sevillana de comunicarse? La gente del mercado parecía entenderse y moverse bien en la ironía, pero ella dudaba de que pudiese hallar comodidad en ese terreno. Le gustaban las personas directas que hablaban sin subterfugios.

—Buenos días. —Escondió el tono de reproche tras un amago de sonrisa.

—¿Preparada para afrontar tu primer día de trabajo?

Eme lo siguió mientras él le mostraba las instalaciones.

—Antiguamente, el inmueble fue una fábrica de cerámica. Triana es un barrio de tradición alfarera. En sus buenos tiempos, llegó a albergar unas cuarenta fábricas: Santa Ana, Montalván, Laffitte, Ramos Rejano, Mensaque, Santa Isabel… En la década de los setenta, se prohibió el uso de hornos de leña por la emisión de humos y se exigió que se sustituyeran por hornos eléctricos. Eso supuso el cierre de muchos de estos negocios. Hoy se conservan algunas tiendas en calles como San Jorge, Castilla, Antillano Campos o Alfarería. Y no sé si te interese el tema hasta ese punto, pero muy cerquita, en la calle Callao, tenemos el Centro Cerámica Triana, precisamente en el lugar donde antaño se asentaba la fábrica Santa Ana, y allí cuentan al visitante cómo era el proceso productivo, los principales talleres que trabajaban en el barrio y detalles sobre la cultura y tradición trianeras.

Aunque Eme valoraba el trabajo artesano, no se sintió en particular atraída por la propuesta. No había llegado hasta allí para hacer turismo, sino con un propósito mucho menos seductor.

—Este es un edificio protegido, por eso la restauración se llevó a cabo con mucho esmero, respetando los paramentos originales y reciclando materiales. Se aprovecharon todos los restos de cerámica existentes, dándoles un nuevo uso.

Mariano la condujo a través de tres patios: el primero tenía altas pareces blancas decoradas con murales polícromos que ponían de manifiesto lo que acababa de explicarle; en el segundo, se toparon con una fachada en la que destacaba un llamativo *patchwork* cerámico; el tercero era un patio de estilo sevillano con muchos puntos comunes con el que presidía la casa que le servía de vivienda en aquel momento. Eme imaginó lo que Rancio disfrutaría entre aquellas macetas y vasijas de barro, y sonrió.

—¿Te gusta lo que ves? —Mariano la miraba con expectación. Por momentos se le antojaba que había en el modo en que él estudiaba sus reacciones una oculta intención.

—No puede negarse que es un lugar con encanto —concedió.

—¡Exacto! Has sabido captar el espíritu. Y eso es lo que deseamos ofrecer a nuestros clientes.

Una escalera lateral conducía hasta una especie de azotea que destinaban, según le dijo Mariano, para las reservas del restaurante.

—El restaurante no se limita al anexo donde mantuvimos nuestra entrevista, sino que extiende sus tentáculos hasta los patios y otras estancias de la planta baja.

Después subieron a la parte reservada al alojamiento.

—En total tenemos veintiuna habitaciones. Todas son de tipo *suite*, bastante espaciosas.

A Eme le llamaron la atención los coloristas cabeceros conformados por azulejos cerámicos que daban personalidad a cada uno de los cuartos.

—Ahora que ya conoces el entorno y también la filosofía de la empresa, bajemos para la firma del contrato y te haré un resumen de cómo es el día a día en el hotel y cuáles serán tus obligaciones.

En el despacho había fotografías que resumían diferentes escenas relacionadas con los negocios de los Vargas y Eme sintió como la recorría un escalofrío al reparar en una de ellas donde el grupo formado por la familia se abrazaba y sonreía. Todos estaban allí, los progenitores y su descendencia: cuatro hijos, tres varones y una hembra, a los que pudo poner cara. La felicidad que desprendía aquel momento la atravesó como una flecha venenosa y desvió la vista para chocar con la mirada de Mariano, que volvía a penetrar la suya.

—Ahí tienes el contrato. Supongo que querrás leerlo antes de firmarlo —expuso. Acto seguido, salió y la puerta se cerró tras él.

Con el corazón latiéndole contra las costillas y notando que el aire se le hacía irrespirable, Eme giró el rostro. Un jarrón de cerámica acaparó su atención entonces: tenía una inscripción grabada, una especie de poema que hablaba sobre vencejos, una primavera conquistada por sus vuelos y libertad.

Y un par de lágrimas escaparon de sus ojos.

7
EME

Firmado:
Eme

—¿Quién eres tú?

La chica se incorporó, sobresaltada. El sonido de aquella voz la había transportado a otra época, erizándole el vello de la nuca. No se había percatado de que alguien había abierto la puerta y se encontraba en ese momento justo detrás de ella, exhortándola a responder.

—Soy Eme.

—¿Eme? ¿Qué clase de nombre es «Eme»?

—Es una abreviatura de María —contestó y alzó el rostro para enfrentarlo.

Noel sintió como si una ola inmensa lo golpeara. Ante sus ojos acababa de materializarse una aparición que era la viva imagen de la ternura. Una mujer joven de rasgos suaves cuya mirada azul estaba bañada por incipientes lágrimas.

Unas ganas terribles de ofrecerle consuelo lo asaltaron y aferró los pies al suelo, recordándose que él allí era el jefe y que debía mantenerse en su lugar.

—Pero tendrás al menos un apellido —continuó pinchándola.

Los ojos azules lo desafiaron y él le sostuvo la mirada. Parecía batallar consigo misma y en sus iris se reflejaban los estragos de aquel tormentoso enfrentamiento. Vio como tomaba aire.

—Es Palacios —anunció después de unos segundos interminables durante los que ambos se midieron con los ojos.

—Bien. Ya tenemos un nombre y un apellido. Nos queda saber el motivo. ¿Por qué estás en mi despacho a esta hora de la mañana?

—No asustes a la niña —lo reconvino Mariano, que entraba en aquel instante—. ¿No te dije que la nueva recepcionista se incorporaba hoy? Te estás volviendo despistado, Noel. ¡Y para colmo has regresado otra vez a por tu teléfono móvil!, ¿me equivoco? Cualquier día te vas a dejar la cabeza atrás.

La broma de Mariano no consiguió distender la tensión que se había apresado del ambiente. Noel se acercó a la mesa —donde, tal como Mariano había adivinado, yacía su teléfono— y cogió el aparato. Mientras alargaba la mano, accidentalmente rozó la de la chica que apartó la suya con rapidez. Él le lanzó una mirada afilada y luego se

giró para encaminarse hacia la puerta.

—No se te habrá olvidado también firmar el contrato, ¿verdad? —Noel se detuvo y le dedicó a Mariano un mohín—. Te lo puse ahí a primera hora de la mañana, con una nota encima.

—En la mesa no había nada.

—Será que no te has fijado. Siempre la tienes llena de papeles.

Era un desorden ordenado, reflexionó Noel para sí mismo. Él conocía cada uno de los documentos que tenía en su despacho y no recordaba haber visto el contrato al que Mariano hacía referencia.

Con todo, prefirió no insistir. La presencia de la tal «Eme» lo incomodaba. Su vulnerabilidad era solo aparente, lo intuía; la manera en que sus ojos lo retaban constantemente y la línea que sus labios formaban mientras seguía la conversación que mantenía con Mariano le revelaban que escondía una fuerza poderosa capaz de tumbar a cuantos se atrevieran a plantarle cara.

—Antes de firmar ningún documento, me gustaría leerlo.

Mariano chascó la lengua.

—Mira, Noel, tenemos mucho trabajo, así que no nos entretengas. Haz aquí abajo un garabato y en otro momento lo revisas tranquilo. —Señaló un espacio en blanco al final del folio.

Noel vio que al lado había una firma. Sobre ella estaba escrito: «Firmado: Eme».

—¿Por qué faltan aquí los datos personales? —cuestionó, evitando posar la mirada en la chica, que lo fulminaba con la suya en aquel momento.

—Todo esto es puro trámite, ya lo sabes. En Recursos Humanos tienen todo lo que hace falta para formalizar el alta, no debes preocuparte.

—Siempre debo preocuparme. Mi nombre figura ahí abajo, ¿recuerdas?

—Si te vas a poner quisquilloso, podemos dejarte un rato a solas para que le des unas cuantas vueltas a esos papeles. Pero al otro lado de la puerta nos espera la tarea. Y esa no se resuelve con letras y normas.

Noel se percató de que Mariano tenía aquella expresión tan característica, la que hablaba por sí misma de su terquedad. Comprendió que no era el momento de discutir y optó por despedirse.

—No hace falta. Ya habrá tiempo de conocerse, ¿verdad, Eme?

Y a continuación, salió al patio donde sintió que volvía a recuperar el ritmo cadencioso de su respiración.

No se explicaba por qué se había ofuscado de aquella manera. La gestión administrativa no era de su incumbencia. Siempre había confiado en el criterio de Mariano a la hora de seleccionar y contratar a su personal; Parra tenía un buen olfato y hasta entonces no se había

equivocado en sus elecciones, cada una de las últimas incorporaciones a la plantilla le había demostrado que era un experto identificando a las personas adecuadas. Y él tenía cuestiones más importantes de las que ocuparse.

El refrán «zapatero, a tus zapatos» estaba entre sus preferidos; había jefes que no sabían delegar, sin embargo, él no pertenecía a ese club y sabía otorgar su confianza a quienes le demostraban, como Mariano, que estaban capacitados para ejercer sus funciones.

Pero aquella chica lo intrigaba y un pálpito, una especie de corazonada intensa y desconcertante lo impulsaba a querer concretar la información que tenía sobre ella.

Así que decidió que más tarde, cuando Mariano estuviese entretenido con sus quehaceres y él recuperase la soledad y la paz que habitualmente reinaban en su despacho, buscaría el currículum de la nueva recepcionista y se encargaría de revisar hasta el más ínfimo detalle.

María Palacios sería sometida a un riguroso filtro. Y si encontraba el más mínimo motivo para prescindir de sus servicios, no le temblaría el pulso a la hora de firmar su despido.

8
SOMOS UN GRUPO DE AMIGOS

PATIO LOS CÁRMENES
DECÁLOGO DE CONVIVENCIA

1. Cuida las zonas comunes
2. No dejes la basura en la puerta
3. Respeta el horario de descanso
4. Respeta el mobiliario
5. Si te acabas de mudar, preséntate a tus nuevos vecinos
6. Somos un grupo de amigos; sé colaborativo
7. Mantén una actitud dialogante y constructiva
8. El presidente no es «el jefe», sino un representante del interés común
9. Si causas un desperfecto, deberás asumir las consecuencias
10. Las mascotas son responsabilidad de sus dueños

Aunque Mariano se había mostrado muy amable al invitarla a una cerveza, Eme declinó la oferta. Se consideraba una persona seria y el alcohol durante la jornada de trabajo no estaba permitido.

—Pero ya hemos terminado nuestra jornada laboral —le recordó Mariano.

—No bebo entre semana.

Era una verdad a medias. Alguna vez se había saltado su propia norma, pero lo había hecho para olvidar. En aquel momento, Eme estaba resuelta a mantenerse sobria. El tiempo de embriagarse y mojar sus penas en el alcohol había pasado. Necesitaba centrarse; además, no era su propósito desarrollar vínculos afectivos con nada ni con nadie. Ella estaba en Sevilla de paso; una vez cumpliese con los tres meses preceptivos, regresaría a la vida que había dejado en pausa.

En vez de permanecer en el hotel o regresar al corral de vecinos, cruzó al otro lado del río y caminó durante horas sin rumbo fijo. Sentía una rabia peligrosa oprimiéndole el pecho, un sentimiento relacionado con las vivencias que acababa de experimentar. Había chocado con una realidad que durante muchos años le había resultado ajena. Tenía constancia de ella, pero no la había palpado. Y quizá por aquel motivo le parecía menos auténtica.

La fotografía le había dado la puntilla, aunque el ambiente en el hotel no ayudaba a olvidar que todos los que allí trabajaban constituían una gran familia. La camaradería que se establecía entre Mariano y Noel, el gerente, era tan obvia que arañaba la piel. Con una sola mirada se entendían.

Y no importaba que sus criterios difiriesen en la mayoría de los asuntos; Mariano respetaba a Noel tanto como Noel lo respetaba a él. Ni una sola palabra en contra del que, más que su jefe, era su amigo, había salido de la boca del señor Parra desde que Noel abandonara la sala. Y eso que su comportamiento no había sido, por decirlo de una manera suave, impecable.

«Ya habrá tiempo de conocerse, ¿verdad, Eme?». La pregunta sonaba a amenaza. Eme sintió que su cuerpo entero se contraía. Hasta el momento en que lo vio cruzar la puerta, no consiguió que sus músculos se relajaran. Había estado tan tensa que le dolía el cuello.

—No se lo tengas en cuenta, es un poco áspero pero buena gente. —A Eme se le escapó un suspiro involuntario. Lo de «buena gente» era un concepto aún por concretar. Ya lo había oído en varias ocasiones aplicado a diferentes personas y percibía que en Sevilla aquellas dos palabras juntas tenían unas connotaciones especiales.

Lo cierto era que Noel no era un hombre que pasara desapercibido: debía de rondar los treinta años y tenía una piel pálida y pecosa, ojos melados y el cabello del color de las granadas. Su aspecto no era común, como tampoco lo era la forma en la que se dirigía a los demás ni la energía que irradiaba. Su apariencia era la de un niño travieso y achuchable, aunque tras las dulces vaharadas que sus ojos destellaban se intuía una frialdad de hielo.

Eme recordó cómo había experimentado una sacudida de aprensión cuando él rozó su mano, si bien lo atribuyó al aire acondicionado que funcionaba a pleno rendimiento ya a aquella altura del año para combatir los primeros calores.

En estas disquisiciones andaba todavía cuando regresó al patio de vecinos. Eran las diez pasadas, pero todavía olía a guiso. No le hicieron gracia ni el aroma que desprendía el edificio —y que alcanzaba hasta la mitad de la calle— ni los gritos que se oían desde la distancia. Alguien estaba perturbando la paz que solía reinar en la vivienda y Eme se sentía cansada. No deseaba lidiar con ningún problema; había recorrido la ciudad hasta extenuarse con el propósito de caer rendida en la cama y apartar cualquier pensamiento que la perturbara, tal como le había recomendado su psicólogo. Pero preveía que aquello no iba a ser posible.

—¡Dame los putos cien euros y me voy! —La voz sonaba grave y amenazadora—. ¿No dices que me quieres? ¡Ayúdame entonces!

—¡Te estoy ayudando!

—¿Cómo? ¿Negándome lo que te pido, escatimándome los cuartos?

—Enseñándote el camino. Lo que estás haciendo no está bien.

—¿Y tú qué cojones sabes? Eres una vieja ñoña, estás acabada. ¿Para qué quieres el dinero?

—¡No le faltes al respeto, pedazo de alcornoque!
—¡Tú a callar, metiche!
—¡Ay!
—¡Déjala, Curro!
—¡Suéltame, imbécil!
—¡Curro, para! ¡Por el amor de Dios!

Eme aceleró el paso e irrumpió en el patio de vecinos como un toro de lidia en el ruedo. El tono atormentado en la voz de su vecina fue solo un preludio de la grotesca escena que la esperaba: un hombre de mediana edad estaba zarandeando a la amiga de Rosella. Las gafas, que siempre descansaban sobre el puente de su nariz, habían ido a parar al suelo como consecuencia de la trifulca. Aunque se defendía como una fiera, al lado de aquel mastodonte la mujer se veía demasiado pequeña y desvalida.

Sin pensarlo, Eme se lanzó hacia ellos y, con una fuerza inusitada que ni ella misma era consciente de poseer, empujó al agresor para apartarlo de su víctima. Este cayó sobre una de las macetas que, al volcarse, se partió en dos desparramando tierra y flores por el suelo.

—¡Hija de puta!

Eme señaló hacia el vestíbulo de entrada donde un enorme cartel había sido colocado sobre la pared y recitó:

—Norma número tres del decálogo del buen vecino: «Respeta el horario de descanso». Norma número cuatro del decálogo del buen vecino: «Respeta el mobiliario». La siete dice que mantengas una actitud dialogante y constructiva, y la nueve que, si causas un desperfecto, deberás asumir las consecuencias. Las mascotas son responsabilidad de sus dueños, pero tú no eres una mascota, ¿verdad?

El hombre se incorporó y, al hacerlo, su cuerpo entero se tambaleó. Era obvio que estaba borracho.

—¿Y tú quién coño eres?

—¿No sabes leer? Somos «un grupo de amigos», ahí lo pone clarito. Y yo soy, además, alguien que está dispuesta a llamar a la policía si persistes en tu actitud. Este es un lugar sagrado, tengo sueño y debo levantarme muy temprano para trabajar. Vete a dormir la mona a otro lugar y deja en paz a estas mujeres.

El hombre blasfemó y murmuró unas palabras malsonantes, aunque caminó hacia la puerta de salida.

Antes de atravesarla, se giró y encaró a Eme.

—Hoy te vas a librar, igual que esas. —Las señaló con el dedo—. Pero volveré.

Cuando se hubo alejado, Rosella se aproximó hasta Eme. Tenía el andar tembloroso y su rostro palidecía como si la sangre lo hubiese abandonado por completo.

Se dejó caer en sus brazos y rompió a llorar.

9
LONDRES, CINCO AÑOS Y MEDIO ATRÁS

¡Feliz cumplemés!

Había disfrutado de los cinco mejores meses de mi existencia. Desde aquella tarde en la que encontré a Ángel a los pies del león de South Bank, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Me había entregado al amor, algo que nunca habría sospechado que haría, en cuerpo y alma. Había apartado mis prejuicios y mis miedos para apostar por aquella historia que dejaba de ser una posibilidad para concretarse en una relación muy real que me mantenía con una sonrisa desde que amanecía hasta que me acostaba.

Teníamos muchas cosas en contra como la diferencia de edad, la de caracteres o de objetivos; mi incipiente carrera como diseñadora o la frustrada carrera de hostelero de él. Porque Ángel había hecho lo que yo jamás le pediría: dejar atrás todo lo que había conocido para quedarse a mi lado.

Pero también teníamos cosas a favor, entre ellas, el hecho de haber salvado la distancia que nos separaba o todo el amor que nos profesábamos, que crecía con cada momento que pasábamos juntos.

Todo había sucedido demasiado deprisa y aún no me explicaba cuál era el hechizo que había caído sobre mí para que Ángel estuviese en aquel momento compartiendo mis sueños. Solo recordaba que aquella tarde de enero había tomado el metro al salir del taller y que, en lugar de dirigirme al apartamento que tenía alquilado en Bermondsey, me detuve en South Bank. Caminé hasta el lugar donde estaba ubicado el famoso león con el aire frío rozándome las mejillas y un extraño y agobiante calor recorriéndome las venas. Lo poco que me quedaba de esperanza de que él no estuviese allí cuando yo llegara se desvaneció al verlo bajo la estatua, con los ojos brillantes por la emoción.

Aquel fue el final de muchas cosas, pero también el comienzo de otras. Era arriesgado, para qué negarlo. Estaba demasiado acostumbrada a sobrevivir sola y no tenía claro que Ángel no pudiera convertirse en una rémora para mí en algún momento. Pero él era apasionado e ingenuo, y yo, débil. Cuando lo miraba a los ojos, perdía la noción del tiempo y del espacio y me encontraba a mí misma reflejada en ellos.

Y aquello era lo único que importaba.

Esa mañana, al despertar, descubrí sobre la mesita de noche un paquetito envuelto en papel de regalo y una nota. En esta, Ángel había escrito un par de palabras, las suficientes para horadar de nuevo el muro con el que yo me protegía.

«¡Feliz cumplemés!».

Me invadió una desconcertante ternura al advertir que él se había acordado de la fecha. No había detalle que se le escapara, al contrario de lo que a mí me sucedía.

El teléfono sonó a continuación y estuve a punto de caer de bruces contra el suelo de madera al tropezar con la pata de la mesa, donde lo había dejado.

—¡Muy buenos días, bombón!

—Buenos días, Ángel.

—Hoy he tenido que salir muy temprano para la entrevista, pero después no te me escapas, tenemos que celebrarlo. —Me fascinaba aquel tono seductor con el que me dirigía las propuestas. Porque yo, que me consideraba una persona directa, era retraída y reservada en lo que al amor se refería.

Sonreí. Valoraba el entusiasmo que Ángel le ponía a todo lo que hacía, a pesar de todo. No importaba que estuviese pasando una mala racha, pues hacía dos meses que había terminado el curso de hostelería por el que se había trasladado hasta allí y su familia lo reclamaba para que volviera, y eso lo incomodaba. Desde entonces, Ángel buscaba activamente cualquier empleo en el que postularse con la idea de prorrogar su estancia en la ciudad y mantenerse cerca de mí. Mientras posponía el inevitable enfrentamiento con los suyos, me seguía ilusionando y confiando.

—¿Qué tal te ha ido? —Esta vez Ángel optaba a un puesto de conserje de noche en un hotel del centro de Londres. No tenía experiencia, pero dominaba el inglés y el italiano. También sabía un poco de francés y lo básico de alemán como para ser tenido en cuenta. No era el trabajo de su vida, pero a Ángel se le agotaban los recursos y necesitaba disponer de efectivo y también una excusa para permanecer en Londres.

—Creo que les he gustado —afirmó optimista. Siempre veía las cosas desde una perspectiva halagüeña. Tal vez poco realista, pero alentadora. Y cuando se chocaba con algún obstáculo, echaba mano de la ironía. Como en aquel momento, cuando añadió—: Los había mucho más jóvenes, pero ninguno tan guapo como yo.

Volví a sonreír. Ángel acababa de cumplir los treinta. Una edad mala, según él mismo apuntaba, para obtener un empleo precario.

—Esos chavalitos no tienen nada que hacer porque me escogerán a mí —concluyó.

Me había acostumbrado a su falso entusiasmo, al escudo con el que nos protegía tanto a mí como a su propio orgullo. En aquella ocasión, Ángel no fue seleccionado. Tampoco lo escogieron en la siguiente ni cada una de las otras veces que se postuló para un empleo. Tuvieron que pasar otros dos meses para que le dieran una oportunidad. Se trataba de una tienda de ropa donde haría las funciones de dependiente. El sueldo no era para tirar cohetes y se trabajaba durante los fines de semana, aunque en jornada continua. Al cierre de la tienda, los empleados debían permanecer en el interior del local para colocar la ropa, ordenar la mercancía y poner carteles con las ofertas del siguiente día. El puesto no auguraba un largo recorrido, pero era una digna solución provisional. A Ángel lo esperaban unos cuantos negocios solventes en Sevilla y, aunque él aseguraba que la perspectiva de aquel futuro no le satisfacía, yo sabía que el momento de afrontar la realidad llegaría más temprano que tarde.

La amenaza de una separación forzosa flotaba constantemente sobre nosotros como un hacha a punto de cortarnos la cabeza. Y cada día vivido junto a él, la sensación se intensificaba y dolía más.

Me estaba aferrando a una fantasía e íbamos a necesitar de mucho amor para compensar el dolor de perdernos.

10
MI PERSONA FAVORITA

Color preferido… El bermellón
Comida predilecta… El sándwich de atún y huevo a la trianera
Persona favorita… Papá
Lugar donde eres más feliz… Cualquier rincón cerca de él

—¡Ratita!

—¡Papá!

A Noel se le encogió el corazón al escuchar al otro lado del teléfono la voz dulce y candorosa de Candela.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —Noel activó la grabadora del móvil.

—Papá, te echo mucho de menos —confesó Candela.

—Y tu madre, ¿dónde está?

—Ha salido. Tenía que comprar algo.

—¿Y te ha dejado sola otra vez? —Noel notó que enrojecía de pura rabia. Lo de dejar sola a la niña comenzaba a convertirse en una peligrosa costumbre.

—Tengo miedo. Hace rato que se fue. Y la he llamado varias veces, pero no coge el teléfono.

—No tengas miedo, Candela. Yo voy a acompañarte hasta que vuelva.

—Pero estás muy lejos.

—No estamos lejos —le recordó Noel, aunque era consciente de que la distancia que los separaba era mucho más que física—. Aunque vivamos separados, yo siempre estaré contigo. Además, voy a quedarme aquí, al otro lado, hasta que tu madre regrese.

—Pero ella no quiere que hable contigo, me reñirá si se da cuenta de que te he llamado.

Noel volvió a sentir aquel pellizco retorciéndole el corazón. Cólera. Resentimiento. Y un profundo odio que amenazaba con desbordarlo.

—Soy tu padre, Candela, nadie tiene derecho a prohibirte que hables conmigo cuando te dé la gana —expuso con voz dura.

Candela sollozó al otro lado y Noel se recriminó a sí mismo por haber caído tan bajo. Ella no tenía la culpa de sus problemas de pareja. Y, aunque le doliera en el alma, la situación no le favorecía y todo lo que hiciese en aquellos momentos podría volvérsele en contra como un bumerán.

—Lo siento mucho, papá. Siento haberte molestado, siento

haberte hecho enfadar.

—¡No digas eso! —Suavizó el tono de voz antes de continuar—. Tú jamás haces que me enfade, pequeña. Lo sabes, ¿verdad? Que te quiero.

Candela asintió al otro lado de la línea.

—Yo también te quiero.

—Y estoy haciendo lo imposible por que estemos juntos. Debes creerme, ratita. Vamos a conseguirlo.

—Quiero volver a casa. Este pueblo no me gusta. Mamá está rara, siempre me riñe y se molesta cuando le hablo de nuestras cosas.

—Debes tener paciencia. Sé que es difícil. —Noel apretó los labios, la herida que lo desgarraba por dentro se hacía más grande con cada día que pasaba separado de Candela.

—Papá, se oyen pasos. Voy a colgar. No quiero que mamá sepa que he estado hablando contigo. Lo entiendes, ¿verdad? —remarcó las últimas palabras. La sensibilidad e inteligencia de Candela lo desarmaban.

—No te preocupes, pequeña. Algún día no tendremos que escondernos. Pronto estaremos juntos para siempre y nada ni nadie podrá separarnos. Te lo prometo.

—Vale, papá. Cuelgo y borro la llamada, como tú me has enseñado.

—Claro, bonita. Te mando muchos besos.

Después de colgar, Noel se dividía entre dos sentimientos: el placer que le procuraba volver a escuchar a su hija, con la que llevaba casi tres semanas sin comunicarse, se contraponía al deseo de retorcerle el pescuezo a María José, su ex. Estaba llevando su particular batalla más allá de los límites razonables; usar a Candela como arma arrojadiza para vengarse de su propio fracaso era no solo repugnante, sino cobarde. Lo peor de la situación era que había conseguido darle donde más le dolía: si de verdad le importase la niña, no la estaría haciendo pasar por aquel infierno.

Abrió el cajón y sacó el cuaderno de dibujo de Candela. Lo puso sobre la mesa y buscó la página seis. Junto al dibujo, que representaba una escena cotidiana donde una niña de pelo rizado y rojizo se abrazaba a su padre, había escritas unas cuantas líneas. Noel las leyó.

> Color preferido… El bermellón
> Comida predilecta… El sándwich de atún y huevo a la trianera
> Persona favorita… Papá
> Lugar donde eres más feliz… Cualquier rincón cerca de él

No era casualidad que su color preferido fuese el bermellón: Candela había heredado el color de pelo de su padre y a ella, al contrario de lo que a Noel le ocurría, no parecía importarle. De hecho, se sentía muy orgullosa de parecerse a Mérida, su princesa favorita, y

deseaba ser, como ella, una aguerrida guerrera.

Candela era una luchadora con la fuerza de un titán, se dijo.

Se prometió que el momento en que pudiese prepararle su sándwich predilecto a diario llegaría, que encontrarían ese rincón para estar juntos y felices.

Y una lágrima peregrina se deslizó por su mejilla.

De aquella guisa lo encontró Mariano al irrumpir en el despacho.

—No hay manera. Se lo he dicho por activa y por pasiva, pero no atiende a razones —manifestó acalorado.

Con disimulo, Noel se enjugó la lágrima con el dorso de la mano.

—¿Alguna vez tendrás la decencia de llamar antes de entrar? —gruñó, molesto por la posibilidad de que Mariano hubiese podido detectar un rasgo de debilidad que quebrase su aparente fortaleza.

—¡Noel! Tenemos un grave problema. El energúmeno de la habitación doce está por dar por culo. ¡No me pidas que sea protocolario, somos familia!

—Pero eso no te da derecho a invadir mi intimidad.

—¡Joder, Noel! ¿Salgo y llamo a la puerta?

Noel se incorporó para acercarse a Mariano. Su mano derecha era un hombre templado, algo muy gordo debía de haber ocurrido para que lo hubiesen sacado de sus casillas.

Le colocó una mano sobre el hombro, para calmarlo.

—Cuéntame qué ha pasado.

Hacía un par de días que en el hotel se había instalado uno de esos clientes impertinentes que protestaban por todo.

—Hay que tener la paciencia del santo Job para aguantarlo —se quejó Mariano—. Ayer era, primero, la potencia del agua; luego, el secador; más tarde, las toallas. Esta mañana, el servicio de habitaciones y las pilas del mando a distancia. Es un grosero insoportable.

En un alarde de exageración, Mariano concluyó que el hombre pasaba «más horas en la recepción del hotel que en la habitación».

—Ha pedido la hoja de reclamaciones ocho veces —resumió desesperado—. Y esta tarde, para terminar de dar la puntilla, está exigiendo un cambio de habitación porque los azulejos del cabecero de la suya son muy oscuros y le desagradan. Al que inventó el eslogan «el cliente siempre tiene la razón» le daba yo un chocazo contra la pared. ¡Menudo gilipollas!

Noel trató de calmarlo y lo acompañó de vuelta a la recepción con la promesa de hacerse cargo de la situación. Mientras se aproximaban, escucharon una voz que decía:

—Y discúlpeme, por favor, con ese señor tan amable que me ha atendido antes. —Noel y Mariano detuvieron el paso—. He sido algo brusco, pero no era mi intención ofenderlo.

—Estoy segura de ello. Y también de que no creerá necesario tramitar esas reclamaciones.

—¡Por supuesto que no! Un par de malentendidos sin importancia. ¡Todos podemos tener un mal día!, ¿verdad? Pero usted sabrá perdonarme.

—Claro. Deberíamos esforzarnos por fomentar una convivencia pacífica. Es lo mejor, ¿no cree? —La voz, que sin duda pertenecía a aquella chica, la nueva recepcionista, adquirió matices amenazantes en las últimas palabras.

—Mire, como prueba de mi buena voluntad —se escuchó el sonido del rasgar del papel—, ahí tiene las reclamaciones.

Y, acto seguido, otro rasguido.

—Ahí va la prueba de la mía —respondió la chica.

—¿Olvidado entonces?

—Tengo mala memoria, señor Ponce. Si nada me la refresca…

—Tiene mi palabra de que de mi boca no saldrá una queja. Voy a ser el mejor cliente que haya pasado por el hotel en toda su existencia.

—Y no olvide dejarnos una buena reseña en la web. Voy a estar muy pendiente.

—Cuente con ello, señorita Palacios. Buenas tardes.

Desde la distancia, Noel y Mariano vieron como el tal señor Ponce abandonaba la recepción y se dirigía a la zona reservada a las habitaciones. Solo entonces reemprendieron su camino.

Cuando irrumpieron en la recepción, la escena que se mostró ante sus ojos se les antojó insólita: Eme, muy tranquila, atendía una llamada de teléfono. Su voz sonaba a pura dulzura, nada que ver con la frialdad que destilaba mientras despachaba al señor Ponce un momento atrás.

Noel escudriñó sus ojos descubriendo que el brillo belicoso tan característico de su mirada persistía. Pero esta vez, en lugar de causarle rechazo, le produjo una grata impresión. Cómo había logrado que aquel cliente molesto se arrodillara ante ella era todavía un misterio, aunque no podía dejar de reconocer que había resuelto la situación con pericia y temple. Parecía joven y frágil, pero escondía una fortaleza de ánimo admirable.

De repente, su mente conectó a la recepcionista con una pequeña pelirroja de apenas nueve años de edad cuyo sentido de la justicia la impulsaba a defender las causas que otros creían perdidas. Se dio cuenta de que Eme tenía también el espíritu de una guerrera.

Y algo muy parecido a una sonrisa le estiró las comisuras de los labios.

11
CALDITO DE PUCHERO

Querida vecina:
Espero que te guste este caldito de puchero. Acéptalo, por favor. Es como muestra de agradecimiento por habernos ayudado a hacer entrar en razón a Curro.

—Espera un momento. Quiero hablar contigo.

Eme se detuvo y se giró, chocando con la helada mirada del director de hotel. Era la primera vez que se dirigía a ella desde que un mes atrás hubiese sido contratada como recepcionista. No le gustaron ni el tono ni la expresión altanera con la que la desafiaba a una respuesta.

Sus hombros se tensaron, aunque intentó disimularlo tras una forzada sonrisa. Si se había convertido en experta en algo, era en ocultar sus emociones tras una máscara de fingida amabilidad.

—Dígame, señor Vargas.

—No sé qué es lo que has hecho ahí dentro y, aunque el resultado puede considerarse aceptable, no apruebo cualquier medio para alcanzar un fin.

A Eme se le abrió la boca. Estaba estupefacta, dolida, ¿a qué clase de cínico se enfrentaba? ¿La estaba felicitando o, por el contrario, amonestando por haberse zafado de un cliente insoportable que traía de cabeza al personal del hotel?

«Un simple gracias hubiera sido lo oportuno», quiso reprocharle. Pero se mordió la lengua, a riesgo de envenenarse, y se limitó a contestar:

—Puede estar tranquilo, señor Vargas. Yo jamás haría nada que pudiese perjudicar el buen nombre de su hotel —remachó las dos últimas palabras y volvió a exponer una mueca que imitaba a la perfecta sonrisa.

Aunque le hirviese la sangre, no dejaría que aquel estirado creyese que su reprimenda podía afectarla.

—Estas cuestiones son delicadas y es mejor dejarlas en manos de los que saben cómo solucionarlas.

¡Menudo ingrato! Había evitado que el tipo tramitase las reclamaciones y el perjuicio que eso podría ocasionarle al establecimiento y aquel era el premio que le daba a cambio. La próxima vez dejaría que fuese él mismo quien se ocupara de resolver sus asuntos. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba a ella que el hotel se fuera al garete? No era ni su negocio ni su casa, por mucho que una

broma del destino apuntase en sentido contrario.

—Redacta un informe y entrégaselo mañana a Mariano a primera hora. Hay personas muy quisquillosas y no podemos prever todas las reacciones, pero sí estar preparados para enfrentar lo que surja.

«¿Personas quisquillosas?». ¡Nadie más quisquilloso que él!, reflexionó para sí misma. Y ¿a primera hora de la mañana? Eso suponía pasar el resto de la tarde escribiendo el dichoso informe. Y no solo había terminado su jornada, sino que tenía otros planes.

—Cuente con ello, señor Vargas. —Hasta a ella le sonaron impostadas sus palabras. Después se dio la vuelta y puso rumbo al patio de vecinos.

Fue durante todo el camino lanzando improperios. El tal Noel Vargas era un redomado imbécil. Tomarse la molestia de salir a buscarla solo para dejar claro que era él quien mandaba lo clasificaba directamente en la categoría de cretino. Ella, que no se callaba lo que pensaba, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular las ganas de estrellarle un puño en la cara.

Y ¿qué podía escribir en el jodido informe?, ¿cómo contar que el asqueroso cliente había aprovechado que se encontraba sola en la recepción en aquel momento para intentar propasarse y que ella, tragándose su orgullo y las náuseas que había sentido, se había valido de su metedura de pata para darle la vuelta a la situación?

El patio de vecinos estaba tranquilo en apariencia: era la hora de la siesta y las ancianas debían de estar echando una cabezadita. Nicole y Amélie, «las Erasmus», dos chicas francesas que ocupaban un apartamento en el segundo piso, solían estar en la academia hasta las siete y Lope, el inquilino del primero derecha, dormía durante el día cuando cubría en su trabajo el turno de noche. Era policía, él mismo se presentó a Eme tras el aciago episodio protagonizado por Curro.

—Aunque pertenezco a la Brigada de Investigación Tecnológica, podéis contar conmigo la próxima vez que ese energúmeno venga a montar uno de sus numeritos —le había ofrecido, tendiéndole una tarjeta.

Tampoco se escuchaba a la familia del segundo izquierda, probablemente los niños estarían asistiendo a sus actividades extraescolares. Solo Rancio la esperaba, plácidamente echado sobre la alfombrilla de entrada de su apartamento. Se había acostumbrado a sus muestras de cariño. Con su cara de pasmado y aquel caminar desgalichado que lo caracterizaba, Rancio se había ganado un huequito en su corazón. Era torpe y, en ocasiones, molesto, pero la miraba con tanta devoción que Eme no podía sino adorarlo. Más de una vez lo invitó a pasar al interior de su apartamento, siendo el único ser vivo que compartía con ella un pedacito de intimidad.

Cuestión aparte era su dueña que parecía empeñada en ganarse

otra porción de su afecto. La olla que había colocado junto a la puerta y la nota donde volvía a agradecerle su participación en el desagradable altercado ocasionado por su hijo lo probaban. Eme comenzaba a cansarse de rehusar aquellos avances; estaba agotada de ser continuamente la que levantase muros a su alrededor. El incidente se había producido hacía un mes y, desde entonces, no pasaba un día sin que Rosella la agasajase con alguna muestra de agradecimiento. No quería encariñarse con nadie. No podía. Y aquella anciana, con sus constantes atenciones y sus palabras amables, se lo estaba poniendo difícil.

Aún no había conseguido zafarse de las emociones que su abrazo le provocaron, de la calidez de su cuerpo mientras se deshacía en lágrimas sobre su hombro. La vulnerabilidad de las personas hacía que Eme desarrollase un natural instinto de protección y ese sentimiento la ponía en guardia y la rebelaba contra quien se lo provocaba. No estaba preparada para que alguien la necesitase. Además, los brazos de Rosella alrededor de los suyos la hicieron consciente con extremada crueldad de su propia soledad. Cada vez que evocaba el momento, experimentaba un frío intenso que le calaba hasta los huesos.

—Esto no puede continuar así, Sela. Si no le pones remedio tú, seré yo el que tome medidas. Hay otros inquilinos y no todo el mundo está dispuesto a soportar a un borracho dando por saco día sí y día también.

Las palabras de Pablo, el casero, aún reverberaban en sus oídos. Como también las de la otra anciana, Esperanza.

—Yo no tuve hijos y siempre lo consideré un castigo. Pero ahora me siento afortunada —le había confesado una vez que su amiga se hubo calmado y regresaba a su apartamento para descansar tras lo sucedido—. Sela tuvo cinco y la han dejado sola. Al final, la familia es aquella que tú vas creando mientras caminas por la vida. Los amigos, los vecinos, la gente que te quiere y que te da calorcito. Más allá de la sangre y de esos lazos que establecemos por contrato, lo que importa es lo que sentimos aquí, bajo la piel. —Se señaló el lado del pecho donde le latía el corazón.

El discurso de Esperanza era tan acertado como demoledor y Eme notaba que su propio corazón se encogía cada vez que lo rememoraba. La soledad de Rosella se parecía mucho a la suya.

Con la diferencia de que ella no tenía a una amiga como Esperanza, dispuesta a convertirse en esa familia que le faltaba.

Y aquella prolongada ausencia de afecto comenzaba a pasarle factura.

12
LONDRES, CUATRO AÑOS ATRÁS

London (LON) - Seville (SVQ)
2 h 35 min
Direct
20 Dec
17:20 LGW
SVQ 20:55
VY6017 Vueling

—¡Tengo los billetes!

Ángel me levantó y me llevó en volandas alrededor de la sala. Su felicidad era contagiosa, y reí con él.

—¡Bájame, no seas loco!

—¡No quiero! Hoy estamos de celebración. —Comenzó a repartir besos por mi cuello y yo me estremecí de placer.

—¿En serio vas a ir por ese camino? —Ahondé en sus ojos y me congratuló comprobar que brillaban como hacía tiempo que no lo hacían. Coloqué mis manos a ambos lados de su rostro y lo acerqué para besarlo—. Me alegro mucho, Ángel. De verdad.

—Lo sé. —Él me apretó contra su pecho. Aunque era un tema controvertido que tácitamente habíamos decidido dejar a un lado, yo sabía que aquella separación forzosa que Ángel mantenía respecto de su familia lo estaba matando lentamente. Deseaba que se reconciliara con ellos tanto o más que él. Ambos lo necesitábamos para hallar la paz.

—Tengo un montón de planes para cuando lleguemos. Te voy a enseñar la ciudad como no te la han mostrado nunca. Te vas a enamorar.

Le dediqué una sonrisa.

—No estoy segura. He volcado todo mi amor en una personita y dudo que me vaya a quedar siquiera un poquito para repartir.

—Con ese corazón que tienes y que no te cabe en el pecho, no me cabe duda de que encontrarás un hueco para mi barrio, para mi gente. No veo la hora, Maya.

Que hablase de su barrio con tanta pasión se me antojaba provinciano, aunque también me infundía ternura. Ángel inclinó la cabeza y volvió a besarme. Sus labios hablaron de proyectos, de ilusiones. Pero también de anhelos. La intensidad de las emociones que lo dominaban lo desbordaron en cuanto nuestras lenguas se rozaron y la pasión se apoderó de ambos. Nos deshicimos de la ropa y

caímos enredados en el suelo.

Piel contra piel, Ángel me poseyó con el ansia de un adicto: estaba eufórico y eso se reflejaba en cada una de sus embestidas. Yo lo dejé tomar el control y marcar el ritmo, pues sabía que el cuerpo de Ángel canalizaba sus emociones en aquel momento. Aunque extrañé la dulzura de las primeras veces cuando el coito funcionaba como una excusa para explorarnos las almas. Cuando los dos éramos capaces de dejar fuera todo lo que no fuésemos nosotros, nuestros cuerpos y la corriente impetuosa que nos envolvía siempre que nuestras miradas se entrelazaban.

Después de alcanzar la cima, permanecimos exhaustos sobre la alfombra durante un rato. Ángel me acarició la mejilla.

—No ha sido precisamente cómodo, pero me ha gustado. ¿Soy un pervertido?

Yo le regalé una mueca pícara.

—No me quejo. Improvisar no está mal —lo animé—. Quizá deberíamos hacerlo más a menudo, para no volvernos aburridos.

—Yo nunca, pero nunca voy a aburrirme de ti.

—Prométélo. Que siempre estarás conmigo. Que seremos eternamente como ahora, el uno para el otro, sin limitación y sin medida. —Mis ojos capturaron los suyos, exigentes; Ángel decía que, cuando lo miraba de aquel modo, sentía que todo cuanto era y todo cuanto tenía me pertenecían a mí.

—Siempre, debes creerme. —Me agarró una mano y se la llevó al lugar donde le latía el corazón, que parecía estar marcándose unos pasos de baile—. Nunca había conocido a nadie capaz de hacer que mis pulsaciones se descontrolen de esta manera.

—Mentiroso.

—Nunca, ni remotamente. Solo tú. Y no necesito más que tenerte a mi lado para ser feliz. —Me tomó de la mano—. Es verdad que los echo de menos, pero no cambiaría por nada ni un solo segundo del tiempo que he pasado a tu lado.

Yo rodé y me acomodé en su pecho.

—Pero la familia es un pilar fundamental de la vida. Yo no tengo, así que solo puedo envidiarte. No deberías perder el contacto, Ángel. Te quiero, pero no con un amor egoísta. Estoy dispuesta a compartirte, aunque eso suponga echarte de menos en ciertas ocasiones.

—¿Sabes que eres eminentemente práctica? En muchas cosas me recuerdas a mi hermano. —Sabía que Ángel lo veneraba y era consciente de cuánto lo extrañaba—. Estoy deseando que lo conozcas. ¡A todos! Van a adorarte.

Eso yo lo dudaba. Yo era el motivo de que Ángel se hubiese instalado en Londres, permaneciendo lejos de su familia. ¿Cómo iban a quererme? Aunque no podía negar que lo anhelaba con todas mis

fuerzas. Formar parte de un proyecto tan bonito como lo era una familia me incitaba a soñar.

Y nada más que por eso, decidí seguir adorando lo que habíamos construido juntos y desarrollando expectativas.

Poco importaba el hecho de que eso me obligara a aparcar las dudas que me corroían sin fecha de caducidad.

13
UN APERITIVO TIPO CÓCTEL

La Asociación de Hoteles de Sevilla les convoca a una próxima reunión el sábado 6 a las 21 h en el Hotel Vivir.

Temas a tratar: aprobación de las nuevas iniciativas que afectan al conjunto de los establecimientos asociados.

Se servirá un aperitivo tipo cóctel.

Eme se calzó los zapatos de tacón y agarró el pequeño bolsito de mano de color cereza a juego con el vestido. Esquivó a Rancio, que hacía rato se había colado en el apartamento y le iba detrás, y correteó hasta la puerta. Parra le había recomendado que estuviese a las ocho y media en punto porque en Alfarería, la calle donde se situaba el patio de vecinos, resultaba complicado estacionar cualquier vehículo.

Pero la recomendación sobraba porque Eme se caracterizaba por su puntualidad.

Había un cupé de color turquesa esperando en la puerta y Eme rodeó el vehículo para acceder al asiento del pasajero. No le sorprendió comprobar que al volante se encontraba Noel. La mirada escrutadora de su jefe la recorrió de arriba abajo y ella tuvo que reprimir las ganas de abofetearlo. Ya se sentía como un pato en un baile de cisnes, no hacía falta que él viniera a hacerlo tan obvio.

—Si no cumplo con el protocolo, puedo quedarme en casa. —Había puesto todo su esfuerzo en arreglarse y también en apartar la vocecita que le recordaba que en su contrato no se incluían las noches de los sábados. Por eso no pudo evitar que su voz sonara agria.

Noel se limitó a reanudar la marcha fijando la vista en la luna delantera.

—¿Te ha explicado Mariano en qué consiste la reunión y cuál es tu papel allí?

—Por encima —respondió lacónica.

—Esta clase de eventos siempre los cubre Clara. Pero está de baja maternal.

—Y en su lugar, yo le sirvo de florero.

Aunque no se dignó a mirarla, cada uno de los músculos del aporcelanado rostro de Noel se tensaron.

—Digamos que tu capacidad para resolver conflictos ha sido tu carta de presentación.

—Y mi condena —murmuró Eme entre dientes.

Esta vez Noel dejó escapar algo parecido a una risita, aunque lo

disimuló tras un carraspeo.

—Pagamos muy bien las horas extra —aclaró Noel—. Y, por otra parte, el *catering* es estupendo y la comida que sirven durante la cena suele ser deliciosa.

—Lástima estar a dieta. —En situaciones forzadas, a Eme se le despertaba su vena más sarcástica. Y sentía que le hervía la sangre. Aquella era una encerrona en toda regla.

Noel no hizo intento alguno de establecer conversación durante el resto del trayecto y el silencio devoraba la aparente calma de Eme. Hubiera dado cualquier cosa por que él pusiera música, incluso por que volviera a molestarla con sus comentarios irritantemente correctos. Pero no fue así.

El hotel era moderno y de reciente construcción. Los recibió un chico muy amable que los condujo hasta la última planta. En la azotea, que disponía de unas espectaculares vistas al río, habían preparado unas mesas altas para un servicio tipo cóctel. Unas cincuenta personas estaban ya reunidas y enseguida llegaron los saludos y las presentaciones.

Eme tuvo que reconocer que Noel Vargas se movía como pez en el agua en aquel ambiente. Tenía dotes para la comunicación y una conversación inteligente y amena: sabía plantear los temas que interesaban a cada interlocutor y desviar la atención si la ocasión lo requería. Parecía tan distinto al gerente malhumorado y hosco que cada día controlaba su trabajo en el hotel que le costaba reconocerlo. Hasta la expresión avinagrada de su rostro había mudado en una permanente sonrisa.

Eme se dijo que o llevaba la hostelería en vena o era un hipócrita consumado. Deseaba descubrir en él todos los defectos del mundo, sin embargo, el modo en que se preocupaba por que ella estuviese a gusto en todo momento y la manera en que la integraba en el grupo, dándole su lugar e incorporándola a todas las charlas, suavizaron lo belicoso de su espíritu y la hicieron olvidar que se encontraba en un evento relacionado con el trabajo.

Más tarde, cuando regresó a casa e hizo análisis de las sensaciones que había experimentado, llegó a la conclusión de que «relajada» era el adjetivo que mejor definía su estado. No podría asegurarse que hubiera disfrutado, pues los encuentros sociales hacía tiempo que habían dejado de procurarle satisfacción, aunque enfocarse en algo diferente a las cuestiones que habitualmente le preocupaban había sido un soplo de aire fresco.

—Deberías estar agradecida. —Noel había ido a por un par de bebidas y la mujer que se dirigía a ella era Melisa Campanello, la directora comercial de uno de los hoteles más clásicos y reconocidos del centro de la ciudad. Tenía una mirada felina, larga y cuidada

melena y el aspecto de una persona que lo ha logrado todo en la vida. Eme se sentía pequeñita a su lado y era una sensación que la sublevaba—. Noel es muy exigente con la gente de la que se rodea. La verdad, me resulta raro que haya elegido a alguien con tan poca experiencia para acompañarlo.

El comentario fue como una bofetada. Y es que no hay nada más cruel que una ofensa con apariencia de halago. Noel regresó y la réplica que tenía preparada murió en sus labios. Mejor; no podía arriesgarse a meter la pata haciendo algo que pusiera al líder de la familia Vargas en su contra.

Mientras veía cómo la mujer coqueteaba descaradamente con su jefe, Eme se dijo que no era agradecimiento lo que sentía precisamente. Si Noel la había invitado al evento, debía ser porque tenía sus propios intereses. O tal vez pretendía redimirse. Era probable que se arrepintiese de haberse comportado de una manera tan grosera al pedirle que redactara aquel informe. Pero iba a tener que besar el suelo que ella pisaba para que le perdonase el desplante.

Sobre la una, la fiesta tocaba a su fin y Noel comenzó la ronda de despedidas «antes de que el alcohol cause estragos». La elocuente mirada que le dirigió a Melisa hablaba por sí misma y Eme estaba muy de acuerdo en perderla de vista.

Esta vez el viaje resultó menos incómodo; Noel conectó el teléfono móvil al vehículo y por los altavoces sonaron canciones de las bandas sonoras de sus series favoritas. A pesar de la música, Noel se esforzó en mantener una conversación y Eme respondió educadamente a cada una de las cuestiones que él le planteaba, evitando ofrecer detalles personales, eso sí. Hacía fresco en el interior del vehículo y se sentía cansada. Socializar era agotador.

—Espero que no haya sido tan malo como esperabas —expuso Noel tras detener el vehículo frente a la puerta del patio de vecinos.

—Ni tan bueno como para repetir —lo provocó.

—Pues quizá te necesite alguna otra vez —anunció Noel, y la expresión suplicante de su rostro contradecía el tono autoritario de su voz.

Eme salió del coche y cerró la puerta, pero asomó la cabeza por la ventanilla para concluir:

—Pero que no sea en fin de semana. Yo nunca firmé una plena disponibilidad, señor Vargas.

Noel la obsequió con una sonrisa. Las comisuras de sus ojos se arrugaron y Eme se perdió por un momento en ellos.

—Buenas noches para ti también.

14
ER GUILLE

Er Guille, diversión garantizada.

—¡Guillermo!

Noel se detuvo en la mitad del patio, sorprendido por su propio grito. Ver a Guillermo charlando con la recepcionista, o más bien debería decir «coqueteando» con ella, le había enfriado el cuerpo y había reaccionado de una manera exagerada, aunque necesaria. Últimamente, Guillermo andaba algo perdido y su conducta no podía tacharse de apropiada en la mayoría de los casos: salidas nocturnas que acababan de madrugada en lugares nada recomendables, malas compañías y hasta consumición de sustancias poco saludables eran algunas de las travesuras que traían de cabeza a los Vargas.

Y aunque Noel se empeñaba en representar para él la figura del padre que una vez perdió, la tragedia que se había cebado con su familia en los últimos años había causado estragos sobre la débil voluntad de su hermano menor.

—¿Has venido para holgazanear o para ayudar con la presentación? —A su lado, la chica se envaró y la tensión que se apoderaba de su cuerpo se hizo casi palpable. Noel mantuvo, a pesar de todo, una mirada reprobatoria sobre los dos. Por la tarde estaba programado un acto literario en el hotel: la presentación de *Avispas de ojos azules*, una novela de una autora muy querida y reconocida en el ámbito cultural de la ciudad, y Noel deseaba estar a la altura.

—¡Estoy a la orden, jefe! —bromeó Guillermo llevándose una mano a la sien a modo de saludo.

—Deja de hacer el idiota y busca a Mariano, que está organizándolo todo —ordenó Noel con hostilidad.

Guillermo sonrió, mostrando unos perfectos y nacarados dientes, y sus ojos, del color del mar en invierno, tan alejados de los oscuros que eran el rasgo distintivo de los Vargas, destellaron ráfagas de diversión.

—Señorita Palacios —volvió a acaparar su atención atrapando su mano entre las suyas—, ha sido un placer descubrirla y tenga por seguro que volveremos a vernos. Para cualquier cosa que necesite —agregó tendiéndole una tarjeta—, ahí tiene mi número de teléfono.

El enfado de Noel aumentó hasta niveles peligrosos. Conocía el contenido de la tarjeta y no le parecía divertido ni adecuado. Si al advertir la escena había sentido frío, ahora era un calor intenso el que

le quemaba las entrañas. El descaro de su hermano era solo comparable a la ligereza de la tal Eme que, en lugar de cortar aquel burdo despliegue de frivolidad, parecía avivarlo con su tibia cortesía.

—Muchas gracias. —No era una invitación al interior de su alma, pero a Noel le molestó sobremanera el modo en el que ella le devolvía la sonrisa.

¿Desde cuándo sonreía? A él solo le dedicaba muecas de desagrado y palabras hoscas.

—Mi hermano no necesita que lo alienten —le espetó una vez que Guillermo desapareció por una de las puertas que comunicaba con los despachos—, ya es lo bastante optimista por sí solo.

—Si se refiere a la posibilidad de un flirteo, no estoy en esa fase de la vida. Ligar es la última de mis prioridades y ni siquiera busco hacer amigos. Estoy enfocada en mi trabajo, señor Vargas.

—Eso espero.

Más tarde, Noel se preguntaría por qué había reaccionado de aquella manera tan desproporcionada. La constante exhibición de temeraria juventud por parte de Guillermo y su impulsividad resultaban ofensivas. El modo de afrontar las cosas, como si nada le importara, como si las obligaciones no fuesen asuntos de su incumbencia, le escocía. Pero más aún le molestaba el hecho de que pudiese compartir ciertos aspectos con María Palacios. Aunque Guillermo y él estaban muy próximos en edad, comparado con su hermano, él se sentía un anciano. Las responsabilidades le habían echado años sobre los hombros.

En realidad, tuvo que reconocer, después de que su ánimo se hubiese enfriado y analizase desde la distancia la situación, su hermano y la recepcionista tenían tanto en común como un huevo y una castaña: Guillermo era despreocupado, jactancioso. Se bebía la vida a sorbos tan grandes que a menudo se atragantaba. Ella, en cambio, era comedida, solemne y ceremoniosa y parecía mucho más adulta y centrada. Esquivaba a propósito la diversión y, de hecho, se comportaba como si el mundo fuese un lugar que no le importara y sus habitantes, seres despreciables que le debieran algo.

El ceño fruncido, continuó caminando hacia su despacho sin percatarse de que, desde una prudente distancia, Mariano lo observaba tras ser testigo del episodio en primera fila.

15
LONDRES, TRES AÑOS Y NUEVE MESES ATRÁS

He ido a comprar minerales para Triana. Si no he vuelto para las seis, sácala, es la hora de su paseo.

Miré hacia la jaula donde la cacatúa traveseaba y exhalé un suspiro. Triana había venido a imponer un poco de paz en el espíritu alborotado de Ángel. Solo por eso ya la quería, a pesar de que no estaba acostumbrada a convivir con animales y de que aún me costaba asumir la responsabilidad de hacerme cargo de otro ser vivo.

¡Si apenas era capaz de cuidar de mí misma!

«Y no necesito más que tenerte a mi lado para ser feliz», aquella frase había resultado ser una gran mentira. Hacía tiempo que se lo había dejado de tener en cuenta, aunque Triana era un cruel recordatorio de que el amor que Ángel y yo nos profesábamos no era suficiente.

Todo empezó tres meses atrás, cuando el viaje a Sevilla se frustró. Ángel nunca llegó a exponer los motivos, pero una llamada internacional había puesto fin a sus esperanzas. No hubo explicación ni ofreció excusas; desde entonces, se encerró en sí mismo y dejó de ser el chico comunicativo y aparentemente alegre que solía ser.

La Navidad pasó sin pena ni gloria; nos reunimos con Fanny y otros amigos, comimos y charlamos. Pero alrededor de Ángel flotaba un halo de tristeza, una herida profunda para la que ni siquiera yo tenía cura.

—¿Alguna vez has pensado en ser madre? —La pregunta me tomó por sorpresa. Un vacío demoledor me sacudió por completo. Profundicé en los ojos de Ángel y me asustó descubrir en ellos una necesidad—. Sé que apenas tienes veintidós años, que eres joven. Y tal vez ese sea el problema…

Sentí que alrededor todo se resquebrajaba. El Ángel que conocía jamás habría planteado algo por el estilo. La palabra «problema» auguraba muchas cosas, y ninguna buena.

—Todo tiene su momento, Ángel.

Comprendí que demandaba cariño. La ausencia, la nostalgia de su tierra y de su gente lo impelían a abrumarme con exigencias. Pero las personas son insustituibles: aunque creásemos una nueva familia, Ángel jamás dejaría de extrañar a la que había dejado atrás. Era una espinita que tenía clavada y a mí me dolía tanto como a él.

Así que, en vez de reprochárselo, decidí buscar una solución intermedia.

Triana era todavía un bebé cuando llegó a casa. El criador me había proporcionado lo necesario para ofrecerle los primeros cuidados. Ángel se enamoró enseguida de ella y, por el modo en que el animal reaccionaba cuando lo tenía cerca, el flechazo era mutuo.

Resultaba increíble y también desmoralizador ver cómo Ángel recuperaba la sonrisa. Un golpe a mi orgullo. Pero en aquel punto, yo estaba dispuesta a perdonárselo todo. Durante mucho tiempo, había sentido que él irrumpía en mi mundo para ponerlo patas arriba. Que, tanto en lo personal como en lo profesional, había supuesto un freno para mí al tener a mi lado a alguien más de quien preocuparme. Pero al comprender que la renuncia de él era mucho más grande que la mía, terminé por entregar el alma.

Y ahora me encontraba atrapada en mis sentimientos.

—La he sacado y he estado interactuando con ella —relaté cuando Ángel hubo regresado con los minerales, juguetitos y una nueva percha para colocarla en el extremo opuesto de la jaula—. Pero no la he visto muy motivada. Creo que no le gusto; al menos, no tanto como tú.

Ángel sonrió divertido.

—No debes estar celosa. —Se acercó y me besó la cabeza—. Mi sexapil es algo con lo que deberás acostumbrarte a convivir. Para las chicas resulto irresistible. —Había recuperado las ganas de bromear y yo aproveché el buen ambiente que reinaba entre los dos para acercarme a él. Lo besé y él respondió envolviéndome en sus brazos.

Durante el resto del día, nos dedicamos a amarnos. Fuera lloviznaba, lo que acentuaba en ciertos momentos el estado de melancolía en el que Ángel se sumía cuando se hacía el silencio. Era una obviedad que echaba de menos el clima cálido y mucho más estable de su Sevilla natal.

A las siete, tenía una cita con Fanny. Íbamos a ir a Camden a buscar ropa para renovar nuestros armarios y terminaríamos comiendo en alguno de los puestos del mercado. El plan me apetecía un montón.

—¿A dónde vas? —preguntó cuando me levanté de la cama.

—He quedado con Fanny. Si no empiezo a arreglarme ahora, llegaré tarde.

—¿Vas a salir? —En los últimos tiempos, Ángel se había vuelto más exigente. Como si dependiera demasiado de mí, como si me necesitase tanto como respirar, y eso me agobiaba, aunque evité comentárselo para no empeorar la llaga que él tenía en el alma.

—Te traeré un regalo.

—No hace falta.

Cerré la puerta del baño y me deshice de la ropa para meterme en la ducha. Durante los minutos que pasé dejándome acariciar por el agua, reflexioné sobre la tristeza, sobre la familia y la soledad. Sobre la necesidad de compartir, sobre la convivencia y ese algo que habíamos construido durante los más de dos años que llevábamos juntos Ángel y yo. Aquella frase, la que en los últimos meses me golpeara con fuerza una y otra vez, regresó a mi mente: «No necesito más que tenerte a mi lado para ser feliz».

Y me pregunté cuánto de mentira y cuánto de verdad encerraría, si con todo el amor del mundo bastaría. Porque empezaba a sentir que, más allá de las cuatro paredes en las que nuestra relación se cocía, había un universo por explorar.

Y la promesa de nuevas aventuras me seducía al tiempo que me aterrorizaba; el peso de una hipotética traición me pesaba en la conciencia cada vez que me atrevía a soñar una vida lejos de ese amor al que me había comprometido desde que tomara la mano de Ángel.

16
ESTIMADO SEÑOR ANÓNIMO

> Estimado «señor anónimo»:
>
> La manera en que comunica sus quejas nos sorprende y apena, dado que no compartimos su parecer. Nuestro hotel ofrece un servicio de limpieza fantástico y dispone de una atención al cliente a la altura de las expectativas de nuestros visitantes más exigentes. No tenemos parking porque nuestras instalaciones no lo permiten; no obstante, un convenio con el mercado de Triana facilita que se use el aparcamiento allí a un precio razonable; las habitaciones son amplias y están decoradas al estilo clásico trianero, propio del edificio donde están radicadas, ya que ponemos en valor la tradición y el peso de la historia. Las tarifas son acordes al mercado y a los servicios ofrecidos, y nuestra prioridad es lograr una estancia agradable y la satisfacción de nuestros clientes. Nos parece que sus críticas son crueles e injustificadas y agradeceríamos que, de ahora en adelante, se identificase para hacer cualquier comentario, a fin de que podamos rebatirlo localizando su reserva como corresponde.

—«La limpieza brilla por su ausencia y el trato del personal es deplorable». «Presumen de buena ubicación, pero el hotel está situado en una calle estrecha y ni siquiera tiene aparcamiento». «No es un gran lugar para alojarse, las habitaciones son mejorables». «Esperábamos un hotel más moderno, pero recrea una fábrica de cerámica antigua. Definitivamente, una gran decepción». «Me parece bastante caro para la poca calidad que ofertan».

Noel leyó en voz alta cada una de las reseñas y enfrentó a sus trabajadores a la espera de sus impresiones. En la última semana, habían dejado un total de treinta y dos comentarios en distintas webs y plataformas. Ninguna favorecía el éxito del establecimiento.

—Sí que tienen mala baba esas críticas —comentó Mariano.

—Y eso que os he ahorrado las que se refieren al restaurante.

—¡Menudos mamones! —exclamó Guille, ganándose una mirada de censura de Noel—. Pero no nos merecemos esos ataques —se defendió—. ¿Problemas de limpieza, habitaciones mejorables? Por ahí hay un hijo de puta que quiere arruinarnos el negocio.

—¡Guille!

—Es la verdad.

—¿Quién las firma? —se interesó Mariano.

— La mayoría son anónimas o provienen de perfiles falsos — explicó Noel.

—¿Lo ves? Cualquier cabrón aburrido con mala leche. O un envidioso. Los Vargas tenemos unos cuantos enemigos que darían lo que fuera por vernos morder el polvo.

—No digas bobadas, Guillermo—le riñó Noel, aunque en el fondo sabía que a su hermano no le faltaba razón. Cualquier competidor en

el mercado, un cliente molesto, un exempleado descontento y con ganas de tomarse la revancha… Todo era plausible.

Decidió alejarse del origen y enfocarse en el objetivo. Lo importante en aquel momento no era encontrar un culpable, sino buscar la manera de mejorar su imagen pública que había sufrido un varapalo a cuenta de las dichosas reseñas.

—Hemos bajado en el *ranking* y debemos volver a posicionarnos en los puestos más altos. Así que, para contrarrestar las críticas, ¿qué se os ocurre?

—Responder a todos esos comentarios, decir que son una puñetera mentira.

—Ya me he encargado de eso, he contestado en nombre del hotel.

Guillermo aplaudió.

—Bien hecho, hermano.

—Podríamos organizar algún acto benéfico.

—Ya tenemos programados eventos y el calendario está bastante ajustado.

—Podemos organizarnos para dejar comentarios positivos, de cinco estrellas, haciéndonos pasar por huéspedes que han estado alojados en el hotel —sugirió Nadia. Era una jovencita que trabajaba en la cocina del restaurante. De madre marroquí, su belleza y exotismo destacaban y jamás pasaba desapercibida. Además, adoraba a Noel. Lo perseguía adonde quiera que fuera, como un fiel perrito. A él le hacía gracia. Nadia tenía veinte años, pero era muy espabilada. Con todo, procuraba mantener con ella una distancia de seguridad. El modo en que lo miraba, como en aquel momento, como si una palabra suya fuera más importante que el propio universo, lo afianzaba en la necesidad de ocupar su sitio.

—Pero eso no sería honesto ni válido, ¿no te parece? —Eme acababa de verbalizar justo lo que él estaba pensando, pero, aunque estuviese de acuerdo en el fondo, no coincidía en la forma. Eme lo había expresado de una manera muy dura. Todas las miradas se dirigían en aquel momento a ella que, lejos de amilanarse, apostilló—: Si hacemos trampas, ¿no nos convierte eso en peores personas que las que dejan esos comentarios maliciosos?

—Pero así es como funcionan estas cosas —perseveró Nadia cuyas mejillas acumulaban todo el calor de la vergüenza que la recepcionista le estaba haciendo pasar—. Conozco a amigos que se dejan reseñas para impulsar sus mutuos negocios. ¿Por qué tiene que ser eso malo?

Noel cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te agradezco la propuesta, Nadia. Aunque preferiría que barajásemos otras alternativas. No deseo que el éxito de mi negocio se apoye sobre mentiras —expresó con delicadeza, aunque los ojos de Nadia se llenaron de desilusión—. Damos por concluida la reunión. Os



dejo pensando; si se os ocurre algo, no dudéis en comentármelo, ¿de acuerdo?

17
MI DÍA PERFECTO

> Solecito, tomar un helado y pasear con papá.
> Ese es mi día perfecto.

—¡Vaya! —se sorprendió Eme. Había una niña en el despacho del gerente. Tenía el pelo del color de las amapolas, la piel pálida y la nariz respingona y corta. Pero lo que más destacaba en ella era su penetrante mirada, tan parecida a la de alguien a quien Eme conoció una vez—. Siento haberte interrumpido —se disculpó al ver que la pequeña soltaba el lápiz con el que dibujaba.

—No importa. Ya estaba acabando.

—¿Estás haciendo un dibujo? —Eme adelantó unos pasos, pero la niña agarró el cuaderno con el que trabajaba y lo ocultó en su regazo.

—Yo también tengo muchos secretos, ¿sabes? Tener secretos no es malo. Los secretos son detalles que no estamos dispuestos a compartir con cualquier persona. Sin ellos, no habría magia. Porque la magia se produce cuando ese conocimiento que se mantiene oculto para el resto del mundo se revela a alguien más. Ahí es cuando nace la confianza. —Como era parca en palabras, se preguntó qué la impulsaba a hablarle. ¿La expectación que leía en su rostro, la inteligencia que adivinaba en el fondo de sus ojos?

—Yo no confío en nadie —expuso la niña con un mohín—. Sobre todo, no confío en los adultos. Los adultos son mentirosos porque prometen y prometen, pero nunca cumplen después.

—¿Puedo sentarme? —Eme señaló la silla que había frente al escritorio de Noel Vargas. Aquella observación bien merecía una charla. No estaba acostumbrada a tratar con niños y mucho menos a moralizar, pero si de algo sabía ella, era de falsas promesas. Se sintió en la necesidad de reivindicar a aquella niña, de tranquilizarla.

Pero la forma en que ella la desafiaba no auguraba el éxito de su propósito.

—¿No tienes que trabajar? —la sorprendió otra vez la pequeña antes de que pudiese retomar la palabra.

—En realidad, no. Ya he acabado mi jornada. Solo pasaba por aquí para comentarle una cosa al director. —¿Era una invitación a marcharse?, se preguntó.

—Pero él no está. —Eme reprimió las ganas de reír. La niña era de todo menos sutil.

—Puedo verlo —afirmó mirando alrededor—. Y en su lugar hay

una jovencita preciosa que no tiene pelos en la lengua.

—No soy preciosa ni tampoco una jovencita. Soy una niña y me llamo Candela.

—De acuerdo. Buenas tardes, Candela. ¿Empezamos de nuevo? —Le tendió la mano—. Yo soy Eme.

—Nunca he conocido a nadie que se llame Eme; no es un nombre feo, aunque sí extraño. Hay muchas palabras con la eme que me gustan: manzana, mejilla, muerte…

—También «mamá».

—«Papá» suena mejor —rebatió Candela.

—Pero no empieza con eme.

A Candela no pareció agradarle la respuesta, porque frunció el ceño.

—«Malvada» sí que empieza por eme —declaró Candela arrugando los ojos.

Esta vez Eme no consiguió contener la risa.

—Cuando tenía tu edad, odiaba que los mayores me hablasen con condescendencia.

—¿Qué es eso?

—Cuando las personas usan ese tono de bondad fingida y te tratan como si fueses tonto… o un niño.

—Yo también lo odio.

—Porque eres lista.

—¿Me estás haciendo la rosca?

Más risas.

—Me gustas. Me identifico contigo. Como cuando tienes un espejo en el que te miras, ¿sabes a qué me refiero?

—Creo que sí —respondió Candela—. Pero a mí no me pasa lo mismo contigo.

—Eso es porque no me conoces. Todavía…

—No puedo conocer a todo el mundo. Hay miles de millones de personas en el planeta, lo he leído. Y, sin embargo, muchas de ellas están solas.

Eme la miró con admiración.

—Eres realmente inteligente, Candela. ¿Cuántos años tienes?

—Nueve, ¿y tú?

—Tengo veintiséis.

—Pues aparentas más.

Eme rio otra vez.

—Muchas gracias. Eso es porque he vivido mucho. —Candela se encogió de hombros—. Tú, en cambio, aparentas los que tienes. Pero ese cerebrito parece el de alguien mucho más mayor.

Candela levantó el cuaderno y le mostró el dibujo. Llevaba por título *Mi día perfecto*.

Solecito, tomar un helado y pasear con papá.

Ese es mi día perfecto.

Bajo aquellas líneas, Candela había dibujado a una niña con los cabellos tan rojos que parecían llamas y que sujetaba con una mano un helado mientras, con la otra, se agarraba a un hombre cuyo cabello tenía el mismo color que el de ella. Arriba el sol relucía y alrededor unos pájaros revoloteaban.

—¿Qué clase de aves son?

—Son vencejos. A mi padre le encantan. ¿Ves ese jarrón de ahí? Él lo encargó especialmente. El poema es de mi tío. Yo apenas llegué a conocerlo, era muy pequeñita cuando se fue y no tengo recuerdos de él. Solo unas fotos…

—¿También le gustaban los vencejos? —Eme contuvo la respiración mientras aguardaba una respuesta. Sentía la sangre espesarse dentro de sus venas.

—No sé si le gustaban, pero mi padre dice que se convirtió en uno. Que se hizo libre. Él lo echa mucho de menos. No le hace gracia hablar de él porque dice que es como si se le parara el corazón.

Eme se dijo que justamente aquella era la sensación que la acuciaba a ella: un repentino dolor que arrancaba cerca de sus pulmones y que se extendía por el resto del cuerpo a la velocidad de la luz. Las sienes le ardían y notaba un incómodo hormigueo en las extremidades. Se miró el brazo y no le sorprendió comprobar que tenía erizado el vello de la piel.

Se incorporó y, sin ofrecer excusa, murmuró un adiós y salió al patio. Necesitaba respirar. Aspiró el aire, pero se ahogaba. Era como si le hubiesen colocado sobre el pecho una piedra del tamaño de una ballena. Aquella niña acababa de remover con sus recuerdos episodios que deseaba mantener para siempre en el olvido. Necesitó un rato para reponerse antes de salir a la calle y alejarse, lo más deprisa que le fue posible, del hotel.

Noel llegó al despacho apenas unos minutos después. Encontró a Candela dibujando en su cuaderno, como siempre. Pero esta vez no se trataba de una de esas escenas que tanto adoraba: una nueva protagonista se había hecho con el folio, una chica de pelo corto e inquietantes ojos azules que lloraban.

18
PATIO LOS CÁRMENES

Patio Los Cármenes. 1965

Aquel día, por suerte, libraba. Necesitaba tomarse un respiro y, sobre todo, alejarse unas horas del hotel y de las emociones que las personas que lo frecuentaban le removían. La misión que se había propuesto le estaba resultando más difícil de lo previsto. Iba a necesitar de muchos arrestos para completarla.

Había pasado la mañana con Nicole y Amélie visitando algunas tiendas. Eran dos chicas bastante jovencitas, aunque charlatanas y muy simpáticas. A Eme no le costó sentirse a gusto con ellas; Amélie apenas chapurreaba unas palabras en español, pero sus denodados esfuerzos por aprender resultaban divertidos. Nicole, por su parte, dominaba el idioma, aunque su acento evidenciaba que era una extranjera. Las dos mostraban sumo interés por conocer, en especial, las palabras relacionadas con el lenguaje coloquial. «Liarla parda», «estar al loro» y «que te den morcilla» estaban entre sus expresiones favoritas.

Regresó al patio de vecinos a la hora de comer.

—¡Buenas tardes, Eme!

Las dos ancianas habían colocado una mesa en el patio y daban cuenta de sendos platos de comida. Desprendían un olor irresistible, aunque no lo bastante tentador como para atrapar a Eme que devolvió el saludo y se encaminó hacia la escalera.

—¿Por qué no te unes a nosotras? Hay arroz de sobra.

Ella se detuvo a la mitad de un escalón y giró la cabeza. Esperanza estaba al pie de la escalera y la miraba con expectación. Se preguntó de dónde sacaba la energía. Acababa de verla sentada dando cuenta del contenido de su plato. ¿Había volado para llegar hasta allí?

—Puedes comer sin miedo, esta vez ha sido Espe la que ha hecho la comida —gritó Rosella desde su asiento.

—Un poquito de arroz te sentará bien.

De una manera inesperada y sorpresiva hasta para ella misma, Eme se encontró sentada junto a las dos ancianas, con un plato delante. Si de algo entendía ella, era de arroces. Pero el de Esperanza no tenía nada que envidiarles a esos con los que durante años había satisfecho su apetito.

—Rosella es «italesa» porque su madre era una italiana frustrada y su padre tenía devoción por todo lo francés. Una vez se presentó en

el patio de vecinos con una boina y unos cuantos kilos de queso para repartirlos y alimentar a todo el mundo. Te acuerdas, ¿Sela? Era un hombre muy cómico, y generoso. Se le echa de menos.

—Recuerdo aquel día como si fuera ayer —respondió Rosella con ojos soñadores.

—¿Cuántas familias vivían en este patio cuando ustedes eran jóvenes? —preguntó Eme. Al momento se sintió cohibida por su arrojo; debía de ser producto del ambiente distendido, o quizá a causa del arroz que ejercía un extraordinario influjo sobre su ánimo. Tanto que hasta le había despertado el interés por conocer algo más sobre la historia de aquellas mujeres.

—En sus buenos tiempos, convivimos hasta doce familias —le informó Rosella tendiéndole una vieja fotografía. En ella podía verse a un grupo numeroso de personas entre las que destacaba una pareja rodeada de cinco pequeños. El pie de foto rezaba: «Patio Los Cármenes. 1965»—. La gente se fue marchando; el dueño de la casa ha reformado el edificio y algunas habitaciones se han convertido en pisos de dos dormitorios. Antes no necesitábamos tanto espacio, nos apañábamos como podíamos.

—Las viejas como nosotras mantenemos el privilegio de pagar un alquiler de renta antigua. Los nuevos ya no han tenido tanta suerte. Porque los precios en el barrio están desorbitados y muchos trianeros de pura cepa se ven obligados a emigrar a la periferia. ¡Nos invade el turismo! —anotó Esperanza.

—Todo cambia —reflexionó Rosella en voz alta—. Las personas, los lugares… Nada permanece en el tiempo.

Un aire de melancolía se instaló en la mesa y, durante los siguientes minutos, las tres permanecieron en silencio. Solo se escuchaba el sonido de los tenedores contra los platos y el de sus mandíbulas mientras masticaban.

—¿Cómo te estás adaptando? ¿Te sientes a gusto en Sevilla? —preguntó por fin Esperanza, quebrando el silencio.

—¿Y en el hotel? —añadió su amiga.

Eme no había ofrecido detalles sobre su trabajo ni su vida, pero los secretos eran difíciles de preservar entre aquellos muros. Estaba a punto de improvisar cualquier excusa o, simplemente, dar la mínima información para no parecer maleducada cuando irrumpió en el patio una persona conocida.

Sintió que se atragantaba con el tenedor.

—Buenas tardes. —Noel estaba de pie, en la entrada, aguardando una invitación.

—¡Hola, joven! —saludó Rosella—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Disculpen que las interrumpa, pero necesito hablar con la señorita Palacios.

—¡Pero hoy es mi día libre! —no pudo evitar reprocharle Eme.

—Lo sé, pero se trata de un asunto urgente. Solo voy a robarte unos minutos.

—¡Estoy comiendo! —volvió a protestar ella. Le enfurecía la actitud de Noel, la seguridad con la que se expresaba, el hecho de que diera por sentado que cualquiera debería dejar a un lado lo que estuviese haciendo si él se lo pedía.

—Puedo esperar a que acabes —concedió él, y soltó su maletín en el suelo. Eme ahogó una protesta al fijarse en que parecía nervioso, hasta desesperado. Se había deshecho de la almidonada corbata con la que siempre completaba su atuendo y llevaba abierta la camisa, dejando a la vista un triángulo de vello que no carecía de atractivo.

Durante unos agónicos instantes, los ojos de Eme quedaron atrapados en el pedazo de piel que se perdía más allá de la sedosa tela. La tinta de un tatuaje se adivinaba a continuación y ella no pudo evitar preguntarse cuál sería el dibujo que el arrogante hostelero habría escogido para marcar su piel; ¿se trataría del nombre de su hija, algún símbolo tribal, un escudo o cualquier elemento significativo relacionado con su profesión o su linaje familiar? Por un incómodo e intenso momento, deseó alargar la mano y desabrocharle el botón para comprobarlo por ella misma. ¿Tendría la piel suave, dónde acabaría la mata de pelo rojizo que atrapaba su mirada hasta hipnotizarla?

—Todavía queda algo de arroz, ¿ha comido usted? —La pregunta de Esperanza la devolvió a la cordura y Eme se regañó a sí misma por distraerse con pensamientos perturbadores. Noel Vargas era un insoportable y un estúpido, además del enemigo número uno de su lista. Y ella llevaba demasiado tiempo sola.

Lo último que deseaba era hallarse sentada frente a él en aquella pequeña mesa donde lo reducido del espacio obligaba a compartir un pedazo del mismo aire y, sin embargo, allí estaban, prácticamente tocándose las rodillas.

Le sorprendió la amabilidad y el desparpajo con los que enseguida capturó la atención de las ancianas. Igual que en la fiesta, se dijo, Noel manifestaba una habilidad única para acaparar la conversación y hacerla amena y variada.

—¿Este joven es tu jefe? —preguntó Rosella cuando Noel se levantó para retirar los platos tras insistir en que las ancianas debían permanecer sentadas—. Tienes suerte, es muy amable.

—Y está como el jamón de pata negra —agregó Esperanza que ostentaba una sonrisilla pícara—. ¿Habéis visto ese trasero?

—¡Espe!

—Soy mayor, pero no ciega. Y estos ojitos funcionan

estupendamente para admirar las cosas buenas de la vida —admitió sin pudor al tiempo que se daba unos golpecitos en las gafas.

—Cuando Esperanza se pone picantilla, es temible.

—Lo que quiere decir es que soy una vieja verde —resumió la aludida entre risas—. Pero no me importa. Hacía mucho tiempo que no entraba por esa puerta un espécimen de esa categoría. ¡Y no lo digo yo! —Señaló hacia la primera planta donde las chicas francesas se habían detenido para, asomadas a la barandilla, seguir los pasos de Noel. Sus expresiones de admiración hablaban por sí solas.

Eme dio un último sorbo a su bebida, suspiró y se arrellanó en la silla.

Aquel pelirrojo insufrible iba a darle más de un dolor de cabeza, concluyó.

19
TENER SECRETOS NO ES MALO

> Se llama Eme. Tiene veintiséis años y muchos secretos.
> Tener secretos no es malo.

Aquella era una mañana amarga con sabor a despedida. Odiaba cuando llegaba ese momento; un cúmulo de emociones de carácter negativo se le agolpaba en el tórax y sentía que apenas era capaz de respirar. Igual que un puñetazo que hubiese sido propinado a conciencia, así es como notaba el dolor en las costillas. María José hallaba siempre una excusa, la más perfecta a la vez que peregrina, para arrebatársela antes de tiempo. Y en esta ocasión no había sido distinto: una cita médica ineludible, una notificación de la abogada y el daño estaba hecho.

La encontró dibujando como siempre.

—¡Buenos días, ratita!

Candela soltó el lápiz y corrió a abrazarse a su padre.

—¡Papá!

—¿Has dormido bien?

—¡Súper! —Le dio un beso en la mejilla que le supo a gloria. Era la única chica a la que le permitía esas licencias, y le encantaba que fuera así—. Muchas gracias por comprar las literas para mí. Son una pasada. Arriba siento que puedo tocar el cielo. ¡He contado las estrellas cada vez que me despertaba y así me volvía a dormir! Esta noche voy a probar la de abajo —continuó sin detenerse siquiera a tomar aire—. Tiene buena pinta también. Quiero imaginar que estoy en una especie de casita. ¿Podemos colgar una sábana desde arriba para que sirva de pared?

A Noel se le encogió el corazón. Todavía más.

—La probaremos —le aseguró—. Juntos. ¿Te apetece que duerma contigo la próxima vez en esa cama casa tan espectacular?

Candela frunció el entrecejo. A ella no podía engañarla, era demasiado lista.

—Tengo que irme, ¿verdad? —Aunque trataba de disimularlo, la mueca que le estiraba los labios y el tono de su voz no dejaban lugar a dudas: estaba dolida.

Noel la atrajo hacia su cuerpo y la rodeó con los brazos.

—Ya sabes que siempre cumplo lo que prometo. Y esta vez no va a ser distinto: vendrás conmigo, a esta casa. No habrá nada ni nadie que nos separe. —Le besó la coronilla—. Solo es una cuestión de

tiempo.

Candela todavía estaba triste un rato después, a pesar de que se esforzaba hasta lo imposible por ocultarlo. Sonreía, pero la alegría no alcanzaba a sus ojos. Noel se mantuvo a su lado todo el tiempo e inventó decenas de excusas para distraer su atención. Solo cuando le pidió que le enseñara el cuaderno ella pareció motivada de nuevo. Repasaron juntos algunos de los últimos dibujos y ella describió cada uno de esos detalles que no saltaban a la vista. Todo tenía un significado más allá de los trazos; no había nada de simpleza en la mente de Candela, discurrió Noel mientras asimilaba las explicaciones y, sobre todo, los silencios que se abrían respecto a algunas de las cuestiones planteadas. Si Candela escribiese todo lo que sus labios callaban, Noel tendría más de un motivo para anudar los lazos de esa demanda que su abogada preparaba para obtener la custodia compartida. Pero no era el momento de presionarla ni de infligirle más daño.

En una de las últimas hojas, Noel se detuvo en el dibujo de aquella chica de pelo corto que Candela diseñase en su despacho. Los colores tenían ahora una mayor intensidad, tanta que pensó que los ojos azules parecían provocarlo. Reparó en que Candela había agregado, además, un par de detalles: las lágrimas formaban un charco a los pies de la chica y también había escrito una leyenda.

Se llama Eme. Tiene veintiséis años y muchos secretos.
Tener secretos no es malo.

Era evidente que Candela se había sentido atrapada por el misterioso halo que envolvía a su nueva empleada. También ella atesoraba secretos y quizá por ello se identificase con la señorita Palacios y le resultara llamativa.

En aquel momento, una idea lo atravesó de parte a parte. Y decidió llevarla a cabo una vez que dejara a Candela en el lugar donde la hermana de María José lo había citado para recoger a la niña.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar a mañana? —Sonaba áspera y malhumorada—. Hoy es mi día libre.

—Sí, ya me quedó muy claro que no hemos firmado ninguna cláusula de plena disponibilidad. Te pagaré como horas extra cada segundo que te robe de tu tiempo.

Una mueca estiró los labios de Eme confiriendo un aire travieso a su rostro.

—Veo que le sobra el dinero y a mí, en cambio, me hace mucha falta —le recriminó—. Está bien, hablemos.

Noel reprimió el impulso de contradecirla. Resolver las cuestiones relacionadas con el trabajo era prioritario; haría lo que fuese por salvaguardar el prestigio del hotel, hasta soportar los desplantes de la joven recepcionista.

La siguió mientras se dirigía a la puerta de entrada bajo la perspicaz mirada de las ancianas. Antes de despedirse de ellas, había cometido la torpeza de invitarlas al restaurante. Y no es que se arrepintiera de haber sido amable, se sentía muy agradecido por haber tenido la oportunidad de compartir su mesa y de degustar el magnífico arroz que nada tenía que envidiar a los de los chefs más destacados; pero ambas llevaban escrito en la cara la palabra «alcahueta». Aquel interés en conocer su estado sentimental no era casual.

—Hace unos días me fuiste a buscar al despacho. Mariano dice que tenías una idea sobre cómo acabar con el problema de las críticas. He venido a escucharla —manifestó una vez que estuvieron en la calle.

—Es cierto. Lo busqué porque nos pidió ayuda. Quería propuestas para resolver el problema.

—Me interesa lo que tuvieras que decirme. —Cruzó los brazos sobre el pecho y los bíceps se le marcaron bajo la fina tela de la camisa. Eme deseó que una ráfaga de aire lo helara y se viese obligado a colocarse la chaqueta. El aire informal le sentaba como un trago de agua al sediento y ella decidió concentrarse en su cabello que, bajo el reflejo del sol, destellaba brillos iridiscentes.

—Han pasado tres semanas, señor Vargas —no pudo evitar reprocharle. No le había resultado fácil tomar la decisión de hacer algo. Hubiera sido más cómodo mirar hacia otro lado, pero, a su pesar, comenzaban a afectarle las cuestiones que concernían al hotel. Noel Vargas podía ser un arrogante insoportable, pero le daba trabajo a un grupo numeroso de personas a las que Eme respetaba.

Vio que su jefe se mordía los labios, probablemente en un intento de reprimir un comentario hostil.

Tras un suspiro, Noel manifestó:

—En los últimos días la cosa se ha agravado. Hemos recibido otro puñado de reseñas nefastas que ponen en tela de juicio nuestra profesionalidad. ¿Sabías que el año pasado fuimos reconocidos como líderes en hospitalidad en los Traveller Review Awards? Obtuvimos este premio gracias a los comentarios verificados de clientes del metabuscador en las páginas de reservas. Ahora que trabajas con nosotros debes saberlo, que nos dejamos la piel para que esta magia suceda. No podemos arriesgarnos a perder nuestro crédito. Estamos jugándonos no ya mantener un sello de excelencia, sino el bienestar y el futuro de unas cuantas familias.

Eme era muy consciente de ello, así que asintió. Acababa de descubrir que Noel tenía un punto de vulnerabilidad y este radicaba en sus empleados que constituían para él, más que ese grupo de personas en el que apoyar las bonanzas de su negocio, una auténtica

familia.

—En los últimos cuatro días hemos perdido el sesenta por ciento de las reservas —continuó Noel—. De seguir esta tendencia, no nos quedará más remedio que tomar medidas. Debo proteger a mi gente y no me gustaría tener que pensar en reducir la plantilla.

—No hace falta llegar a esos extremos —aventuró Eme—. Déjeme que antes le cuente mi plan.

20
LONDRES, TRES AÑOS ATRÁS

—Estás descuidando tu trabajo, Maya, y eso no puedo permitirlo. —Isla pestañeó y el polvo dorado que se extendía alrededor de sus ojos, y que aquella mañana tenía matices oscuros, se derramó por sus mejillas.

Seguí con la mirada el trayecto que recorría. De repente, una idea se abrió paso en mi mente: la de unos zapatos de tacón alto del color de las fresas, de punta redondeada y con purpurina multicolor en sus correas.

—Maya, ¿me estás prestando atención? —reclamó Isla mientras las comisuras de los labios se le arrugaban de una manera que resultaba amenazadora—. Eres muy creativa y por eso te mantengo aquí, en mi taller —acentuó estas dos últimas palabras antes de recolocarse el sombrero—. Pero si te sigues relajando, no tendré más remedio que prescindir de tus servicios. ¿Sabes cuántos jovencitos darían la vida por estar sentados en esa preciosa silla que tú ocupas?

El rapapolvo duró todavía unos cuantos minutos. A la salida del despacho, Thomas me recibió con unas palmaditas en la espalda.

—No te niego que es una esnob y que, cuando se acerca la hora de presentar las colecciones, se pone inaguantable. Pero tampoco podemos dejar de reconocerle que se deja el pellejo. Y no has estado demasiado fina con los últimos bocetos.

—Lo sé y lo siento. He estado un poco distraída últimamente, aunque prometo ponerle remedio.

—Más te vale. Madame Purpurina no da dos oportunidades.

Caminé durante más de una hora hasta Lambeth para tomar desde allí el autobús. Necesitaba pensar y no me apetecía regresar a casa. Estaba enfadada conmigo misma por haber hecho de mis problemas personales un conflicto laboral.

No contribuyó a que se me pasara el disgusto el hecho de encontrar a Ángel durmiendo mientras Triana revoloteaba a sus anchas por la cocina. Había excrementos repartidos por algunos de los muebles y unas cuantas plumas en el plato de la fruta. A esa hora, él debía estar en el museo donde ejercía de conserje.

Me acerqué hasta la cama y le sacudí el brazo con toda la furia que me poseía.

—¡Ángel! Llegas tarde. Te has quedado dormido. ¡Ángel, despierta!

Después de varios intentos, él despegó los párpados.

—¡Hey, bombón! Dame un beso. —Alargó el brazo y me atrapó, acercándome a él. Pero yo me zafé de su agarre.

—¿Por qué tienes esta oscuridad? Esto parece la cueva de Alí Babá. ¿Te estás escondiendo de alguien? —Me aproximé a las ventanas y tiré de las mantas que Ángel había colocado para taparlas. Al caer, las mantas danzaron en el aire y una nube de polvo inundó la habitación. Comencé a estornudar—. Joder, ¡qué asco!

—Maya, ven. —El tono de su voz era suplicante y yo sentí que me recorría un escalofrío.

Chasqueé la lengua, aunque terminé por ceder. Regresé a la cama y me senté en el borde. Ángel tiró de mí hasta lograr que me tumbara a su lado. Cuando lo miré a los ojos, me olvidé de mis propios problemas. Porque los de él estaban hinchados y vidriosos.

—Me han despedido.

—¿Por eso estás hecho una birria, metido debajo de las sábanas autocompadeciéndote?

En el último año, Ángel había pasado por ocho trabajos distintos. Yo me sentía cansada de bregar con sus inseguridades, con sus frustraciones. Con aquel sentimiento de inutilidad que lo poseía siempre que algo no marchaba como él esperaba.

—Lamento no estar a la altura de tus expectativas. Prometí cuidarte, darte una buena vida. Y mira lo que hago, perder un trabajo tras otro. Soy un bueno para nada.

Y ahí estaba de nuevo. Una faceta de Ángel que se intensificaba con el paso del tiempo y que yo comenzaba a aborrecer. En ese aspecto éramos muy distintos. Yo sabía sobreponerme a las adversidades mientras que él se regodeaba en la culpa y el lamento. Y cuanto más me enfadaba o le reprochaba su conducta, más se hundía Ángel en el desconsuelo. A veces hasta el punto de que temía que cayese en un pozo sin fondo del que yo no pudiese rescatarlo.

—Encontrarás otro empleo mucho mejor.

—Cada vez lo tengo más complicado. Me hago mayor.

—Pero eres un madurito muy atractivo —bromeé y le pellizqué el vientre, pero no conseguí arrancarle una sonrisa. Ángel volvía a estar deprimido y, cuando entraba en ese estado de ánimo, era complicado convencerlo de que todo iba a salir bien.

Durante los siguientes días, apenas abandonó la cama como no fuese para ir al baño o recolocar sobre los cristales las dichosas mantas. Ni siquiera Triana, con sus cantos y reclamos, logró hacerlo cambiar de actitud. La desesperanza se me había agarrado al corazón y cada día se me hacía más cuesta arriba regresar a casa donde hacer las veces de psicóloga y niñera se había convertido en lo habitual. Hasta pensé en recurrir a la familia de Ángel. En más de una ocasión agarré su teléfono, resuelta a ponerme en contacto con ellos y pedirles

ayuda. Tal vez si le dedicaran unas palabras, él recuperase la alegría perdida. Pero el temor a que lo convencieran de que su lugar estaba lejos de mí me impedía dar el paso. Cuando acepté que se quedara a mi lado, yo había adquirido un compromiso de amor y gratitud, y asimilaba que todo cuanto tuviésemos que enfrentar, lo haríamos juntos, sin involucrar a nadie más.

El clima no favorecía la curación de Ángel, pues durante los siguientes quince días la humedad y la niebla envolvieron la ciudad en un manto de melancolía. Aunque al principio dilataba el regreso del trabajo para evitar la sensación de angustia que se apoderaba de mí cuando ponía un pie en el apartamento, la responsabilidad y el deber me empujaban a acortar los tiempos.

Una tarde, al abrir la puerta, encontré a Ángel de pie, aseado y vestido para salir.

—Te invito a cenar.

—Estoy cansada.

—No puedes negarte, bombón. Tengo algo muy importante que decirte. Date una ducha y prepárate. He hecho una reserva en el paquistaní que te gusta.

Suspiré. Me alegraba verlo fuera de la cama, con ganas de hacer planes y un brillo de expectación encendiéndole por fin los ojos. Pero también me molestaban los constantes cambios de humor que Ángel manifestaba. Asumía que él no podía controlar sus emociones, sin embargo, no estaba teniendo en cuenta las mías. Lo que menos me apetecía aquella noche era salir.

—¿Has conseguido un trabajo?

Él sacudió la cabeza de forma afirmativa.

—También. Pero eso no es lo que quiero contarte.

—¡Pues dímelo ya! —exclamé con desesperación y luego añadí, bajando el tono—: Sabes que no soy amiga de las sorpresas.

—Pues esta vez vas a tener que aguantarte.

Me encogí de hombros, dejé mi bolso en el perchero y puse rumbo al baño para prepararme. No tenía la energía suficiente para discutir.

Al pasar junto a Ángel, él me abrazó y me besó los labios.

—Sabes que te quiero con el alma, ¿verdad?

—Yo también te quiero.

Abrí el grifo y dejé que el agua me azotara la piel como si con ella pudiese arrastrar mis preocupaciones. Durante aquellos minutos, reflexioné sobre la cantidad de cesiones que debía hacer para acomodar mis necesidades a los caprichos de Ángel. Con todo, el amor que le profesaba volvió a ganar la partida y, para cuando salí, lista para acompañarlo al fin del mundo si él me lo pedía, Ángel me esperaba tras la puerta, con una rodilla clavada en el suelo.

—No he podido esperar. —Extendió la mano derecha y, sobre la palma, descubrí una cajita con forma de corazón—. Es para ti —me instó a cogerla Ángel, y en mi pecho se desató una oleada de emociones—. Maya, mi amor, mi rescatadora, mi todo, ¿me harías el grandísimo honor de casarte conmigo?

21
CROQUETAS DE JAMÓN

Papas aliñás
Gazpacho
Alcachofas con jamón
Carrillada ibérica
Pescaíto frito
Solomillo al whisky
Bolitas de dorada con almendras
Croquetas de jamón

—Afirma que la situación se ha prolongado durante unas tres o cuatro semanas, pero ¿por qué no lo ha denunciado hasta ahora?

—Estaba convencido de que se trataba de una broma de mal gusto.

—¿Le parece cosa de broma perder un alto porcentaje de reservas en unos pocos días?

—Bueno, hemos contrarrestado la agresión con una buena campaña para captar clientes. Creemos en el valor del esfuerzo.

—Toda esa teoría está muy bien, señor Vargas. Pero en la práctica es preciso recurrir a medidas más efectivas.

—Lo entiendo.

—Investigaremos cuál es el propósito de las calumnias y, sobre todo, su origen. Y lo mantendremos informado de cualquier posible avance.

—Perfecto.

—Tómese un momento para comprobar que sus datos personales son correctos y después firme aquí, por favor. —El policía le tendió unos papeles. Noel los recorrió con la mirada antes de estampar su firma.

—Muchas gracias, inspector.

—No me lo agradezca todavía. Reserve su entusiasmo para cuando obtengamos resultados. Entonces, podremos celebrarlo en su hotel. Ese restaurante que usted gestiona tiene unas tapas espectaculares.

—Será un placer recibirlo allí.

—Señorita Palacios…

—Señor Romero…

Noel y Eme abandonaron la comisaría envueltos en un solemne silencio.

—Ese vecino tuyo ha resultado ser todo un personaje —expuso Noel una vez que se alejaron—. No estoy acostumbrado a que me tiren

de las orejas —reconoció—, y eso es precisamente lo que ha hecho el tal Lope. Al final, me ha caído bien.

—Es un gran profesional —afirmó Eme convencida—. Lo he visto actuar y se toma muy en serio su trabajo. Seguro que nos ayudará.

Noel se detuvo frente a ella cortándole el paso.

—Déjame que te invite a algo, para mostrarte mi agradecimiento.

—No hace falta.

—Pero quiero hacerlo. Sé que no hemos empezado con buen pie, sin embargo, reconozco que me equivoqué contigo. Como empleada, demuestras un comportamiento ejemplar, pero además sabes traspasar la barrera de lo profesional cuando es necesario y arriesgas con tus propuestas. Debes saber que valoro mucho tu actitud.

A Eme la admiraron tanto la capacidad de reconocer sus errores como los halagos que le dedicaba a su persona. Durante unos agónicos instantes, sopesó los riesgos de aceptar la invitación. El odio que le profesaba a aquel hombre era tan visceral y profundo como la herida que la desgarraba por dentro. Jamás sucumbiría a adulaciones ni claudicaría ante una muestra de fingida humildad. No obstante, decidió que a sus planes interesaba hacerle creer que estaba de su parte. De esa forma, le resultaría mucho más sencillo ejecutar la venganza que tenía preparada.

—Está bien.

Asociaba al estirado señor Vargas con restaurantes de alto *standing* de decoración exclusiva y cocina con estrellas Michelin. De ahí que la sorprendiera verse sentada en una terraza de lo más sencilla, con una cerveza delante y una tapa de ensaladilla.

—Lo mejor de este lugar son las croquetas, te las recomiendo mucho. Yo soy un devoto de las croquetas, las pido en todos los restaurantes a los que voy.

No eran su plato preferido, aunque Eme no les hacía asco a unas buenas croquetas. Si bien se abstuvo de comentarlo, pues no deseaba compartir cuestiones personales con su jefe.

—Eso sí, desde que esas entrañables ancianitas que tienes por vecinas me dieron a probar su arroz, me declaro fan. Jamás había comido un plato elaborado con tanto cariño.

—Son agotadoramente acogedoras —murmuró Eme con sarcasmo.

—Dos abuelas postizas, un inspector de policía, las chicas Erasmus… —enumeró Noel.

—Y un gato gris peludo que se ha convertido en mi sombra.

—Eres una afortunada. Lo sabes, ¿verdad? Rodeada de buena compañía, debes de sentirte muy querida.

—Lo que menos necesito en este momento de mi vida es cariño —declaró Eme, mirándolo con fijeza a los ojos. El azul de los suyos

refulgió bajo los dorados rayos del sol y Noel sintió como su cuerpo entero se estremecía. Aquella mujer lo desconcertaba; era directa, rozando a menudo el descaro. Aunque su franqueza contrastaba con los misterios que encerraba su mirada. Cuando atrapaba la suya, Noel sentía que el aire a su alrededor se congelaba.

Y el miedo a algo tan inabarcable como el universo lo paralizaba.

—Espero que estés contenta con tu trabajo en el hotel —expuso tras unos segundos, deseoso de romper el hielo que los envolvía—. Una vez más, Mariano estaba en lo correcto: eras la persona adecuada para ese puesto.

Eme se removió incómoda en su asiento.

—No se aficionen demasiado a mí, señor Vargas. Prolongar mi estancia aquí no entra en mis planes. He venido con un propósito —anunció críptica—. Una vez que obtenga lo que deseo, regresaré a donde pertenezco. Pero no sufra; seguro que encontrarán a alguien más que pueda sustituirme.

Él le dio la callada por respuesta. La expresión pétrea de su rostro no reveló si se sentía decepcionado por la súbita revelación de las intenciones de su empleada.

—¿Podría marcharnos media ración de croquetas? —pidió al camarero cuando este se acercó a la mesa. Esperó una reacción por parte de Eme, pero ella no parecía ni conmovida ni molesta por el hecho de que él hubiese decidido por los dos—. Y otro par de cervezas. ¿O prefieres otra cosa?

—Lo que usted mande, jefe —respondió Eme en un tono no exento de ironía.

—Elige lo que quieras —ordenó Noel empujando la carta hacia el lado opuesto de la mesa.

—En realidad, no tengo apetito. Creo que me conformaré con esas croquetas que usted ha pedido ya. —Elevó la nariz en un gesto desafiante. Deseaba molestarlo, pero Noel se limitó a asentir.

—Puedes irte o quedarte el tiempo que necesites, María Palacios —concluyó manteniendo imperturbable la sonrisa—. Mientras permanezcas en el hotel, puedes considerarnos tu familia.

Si hubiera tenido algo de comida dentro la boca, Eme estaba segura de que se habría atragantado con ella. Obvió el comentario y se armó de valor para alargar la conversación, esquivando los temas que podían comprometerla hasta que la cena hubo concluido.

Noel la acercó a casa en su flamante cupé turquesa. Se despidió de él, y estaba a punto de bajar del vehículo cuando él la retuvo, bloqueándola con su brazo de acero. Eme giró la cabeza y lo observó con los ojos desorbitados.

—Espera. Me he acordado de algo importante —se apresuró a explicar Noel—. Alargó la mano hasta el salpicadero, presionó la

manija y extrajo del interior una carpeta.

La abrió y le tendió un papel.

—Esto te pertenece.

Con el ceño fruncido, Eme lo desdobló y comprobó que se trataba de un dibujo: una chica de cabello corto castaño con los ojos del color del cielo. Los rasgos de su rostro y la ropa que llevaba la hicieron comprender que se trataba de su retrato. ¿Sería posible que aquella duendecita pelirroja que la estuvo interrogando en el despacho de su padre le hubiese dedicado su obra?

Había una leyenda escrita junto al dibujo donde se mencionaban su nombre y el hecho de que guardara secretos. A Eme se le escapó una risilla. ¿Perspicacia o casualidad? La pequeña diablilla había sabido escarbar muy bien en el fondo de su alma.

—Candela asegura que te pertenece y me ha pedido que te lo entregue.

—¡Qué maravilla! Me encanta. —Noel pensó que nunca la había visto ni tan relajada ni tan contenta. Las arrugas que habitualmente contraían su entrecejo habían desaparecido como por arte de magia. No sonreía con los labios (ahora que pensaba en ello, se daba cuenta de que nunca, jamás, a menos que se tratase de una mueca cínica como consecuencia de salirse con la suya, la había visto sonreír), pero sí que lo hacía con los ojos—. Dele las gracias, señor Vargas. De mi parte.

—Mejor dáselas tú misma la próxima vez que la veas. Ella lo preferirá.

Mucho tiempo después de que el vehículo de Noel Vargas abandonase la calle Alfarería, Eme se mantuvo en la acera, con la vista clavada en el lugar por donde lo había visto girar para incorporarse a la siguiente vía.

Y una sonrisa inesperada le alargó las comisuras.

22
CARÁCTER: URGENTE

22 de mayo, 10:45 h
Parte de incidencia número 2
Habitación 18
Carácter: Urgente
Causa: El aire acondicionado no enfría. Se enciende, pero solo arroja aire caliente. El cliente solicita que pasen a revisarlo lo antes posible.
Firma de empleado: María Palacios

—Ya hemos dado parte para que el técnico pase a revisarlo.

—Vamos a salir a dar un paseo y a comer algo. ¿Tardarán mucho en arreglarlo?

—Seguro que a su regreso el problema está resuelto.

—Muchas gracias, señorita.

Eme despidió a la pareja deseándoles que tuviesen una agradable mañana y, al girarse, chocó con Mariano. Aunque su mirada era aprobatoria, no pudo evitar aspaventarse. Tenía la extraña sensación de que Mariano se mantenía constantemente al acecho, vigilándola, esperando a que se equivocara para saltar sobre ella.

Con todo, la expresión afable de su rostro contradecía aquella impresión.

—Estos guiris no aguantan nuestra temperatura. Y eso que no estamos en una de esas rachas infernales que nos azotan durante el verano.

—Pero todavía no es verano, Mariano, y hace calor —rebatió ella.

—¿En tu tierra no pasáis calor?

—Los veranos allí pueden resultar calurosos.

—Pero tenéis la playa para refrescaros, ¿no?

Eme se sintió desconcertada ante la pregunta. No recordaba haberle hablado a Mariano sobre su origen. En su currículum constaba que había nacido en Cuenca, lo que coincidía con su DNI. Entonces, ¿por qué hacía él alusión a la playa?

Rumió cuál podría ser la respuesta menos comprometedora y, tras unos instantes, manifestó:

—En Cuenca no tenemos playa.

—¿Cuenca? ¡Vaya! Por tu acento, estaba convencido de que eras más de la parte que roza la costa. —Sus profundos ojos la estudiaron durante un momento intenso e incómodo.

—Eso es porque he pasado todas las vacaciones de mi vida en esa zona. Ya sabes que los conquenses, si queremos bañarnos, tenemos

que acercarnos a Valencia o a Castellón. Hay unas playas estupendas por allí. Pero vosotros también tenéis Cádiz y Huelva a la vuelta de la esquina —apuntó, ansiosa por cambiar de tema—. Tan cerca que se puede ir y venir en el mismo día.

—No me ponga usted los dientes largos, señorita Eme. Hace mucho que no mojo los pies en agüita salada y daría media vida por escaparme unos diítas con mi amorcito. Si Martín no me manda a freír espárragos, es porque me adora. A veces siento que lo tengo demasiado abandonado.

—El trabajo no debería convertirse en el centro de nuestras vidas —concluyó Eme, repentinamente seria—. Jamás descuides a tu pareja; si lo quieres, trátalo con cariño, mantente cerca de él. Atiende a sus necesidades porque el tiempo no vuelve: una vez que pasa, los momentos vividos pasan a convertirse en recuerdos. Todo lo que uno deje de hacer ya no se recupera. Y no hay castigo peor que el arrepentimiento.

Mariano se había quedado con la boca abierta.

—Para ser tan jovencita, tienes tus prioridades claras. Pero hablas como si hubieses sufrido una gran pérdida. ¿Alguna vez has conocido el amor?

Era una pregunta demasiado personal y a Eme la descolocó no solo el planteamiento, sino la forma en la que Mariano se apoyaba en el mostrador junto a ella, resuelto a navegar en las profundidades de sus ojos a la espera de una importante revelación.

Tragó saliva. No lo sentía como una amenaza. Necesitaba tanto hablar sobre el peso que le oprimía el pecho que notó como se le removían las entrañas. ¿Podría ser aquella la manera de sofocar el dolor que desde hacía tanto tiempo le estrangulaba los órganos igual que si se los hubiesen atado con una gruesa cuerda?

Un conflicto entre su cerebro y su corazón se estableció en aquel instante. Su corazón emprendió una frenética carrera, galopaba y le ahogaba la respiración; se sintió incapaz de controlarlo, aunque sus manos acudieron a socorrerlo y le acariciaron la piel. Le pareció que su cuerpo entraba en combustión; ardía, las náuseas hicieron acto de presencia y tuvo que aferrarse al mostrador para no caer desmayada.

—¡María!

El sonido familiar de esa voz fue lo último que escuchó antes de desmayarse. La luz se fue apagando poco a poco, perdió cualquier capacidad de dominio sobre su cuerpo.

Y se desplomó.

—¿Te encuentras bien?

Noel estaba inclinado sobre ella, con la cara demudada por la preocupación. Le agarraba la mano. Luchó por soltarse, pero las

fuerzas no la acompañaban. Asintió despacio.

—Estoy mejor —aseguró, aunque el hilillo de voz que escapó de su garganta mostraba a las claras que mentía.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó a Noel a alguien que, desde donde se encontraba, Eme no podía ver y que dedujo debía de estar más atrás.

—«Bajada de la presión arterial probablemente debida al estrés. Debe someterse a unas pruebas clínicas y reposar» —leyó Mariano.

—Solo ha sido un golpe de calor y debo volver a la recepción —musitó Eme, que trataba de incorporarse.

Noel la obligó a mantenerse tumbada.

—No soy ningún negrero. Estás pálida y tienes las pupilas dilatadas.

—Pero ha habido una incidencia y me he comprometido a resolverla antes del almuerzo.

—Ya habrá otra persona que la tramite por ti. Descansa un poco antes de marcharte a casa. Y hasta que no estés restablecida, tienes prohibido venir a trabajar.

Eme hizo amago de protestar, pero Noel ya no podía escucharla. Ni siquiera se había percatado del momento en que él abandonaba la habitación tras pronunciar aquellas últimas palabras. Sin embargo, el intenso frío que le recorría el dorso de la mano ahora que él no se la sujetaba resumía los hechos.

Mariano lo había seguido y Eme los escuchó cuchichear en la puerta. Hizo un segundo intento por levantarse, aunque se sintió mareada. Aún tenía el cabello sudado y presumía que su aspecto no debía de ser halagüeño.

Cerró los ojos y se obligó a calmarse.

Despertó un rato más tarde y se percató de que estaba en el despacho de Noel, recostada sobre la cheslón, descalza. Controló la vergüenza que sentía inspirando profundamente y paseó la mirada por el interior de la estancia. Al toparse con el jarrón de cerámica, desvió los ojos para concentrarlos en los dibujos de Candela, que su padre había enmarcado y colgado por las paredes.

En aquel momento, la puerta se abrió y apareció Mariano. Eme agradeció la distracción.

—¿Cómo te sientes?

—Igual que si me hubiese pasado un elefante por encima.

—Chica, debes cuidarte. El doctor ha dicho que pareces estresada y Noel está que trina.

—Probablemente tema una buena sanción por parte de la Inspección de Trabajo —murmuró Eme sin ocultar su inquina.

—Te equivocas. Se preocupa mucho por sus empleados. Es un

gran jefe, muy humano y empático —se apresuró a aclarar Mariano con cierto tono de reproche en la voz—. Tanto es así que me ha pedido que me asegure de que te realices esas pruebas médicas. No sé si tienes seguro, aunque el hotel puede hacerse cargo de los gastos. ¡Vamos! Estoy dispuesto a acompañarte.

—No es necesario.

—Yo creo que sí lo es.

—He dicho que no —zanjó Eme—. Voy a haceros caso y a volver a casa. Descansaré, pero mañana estaré aquí a primera hora para cubrir mi turno.

—Villano, terco y cazurro nunca cae de su burro.

—¿Qué has dicho?

—Que hagas lo que quieras. Pero no le des más dolores de cabeza a Noel o te las verás conmigo. Ya tiene bastante con lo que lleva encima.

—Lo quieres mucho, ¿no?

—Él siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado. Puede parecer frío, pero no es insensible. Ha sufrido mucho. Pasó por una desgracia terrible. Cualquier otro, en su lugar, no estaría de pie ahora mismo. ¿Sabías que durante una gran parte de su vida se preparó duramente para trabajar en Salvamento Marítimo? —Eme, que se estaba calzando los zapatos en aquel momento, levantó la cabeza y lo miró de hito en hito—. Sí, sé que resulta sorprendente, a mí también me cuesta creerlo. Lo he visto crecer, sé de qué madera está hecho y lo que necesita y jamás imaginé que terminaría anclado a un mismo lugar, administrando el patrimonio familiar. Era un chico muy tímido, incapaz de comunicarse con los demás. Siempre resguardado tras las espaldas de su padre o de su hermano, deseoso de volar e instalarse junto al mar. Y ya lo ves, ha terminado gestionando unos cuantos negocios, relacionándose con un montón de personas y afrontando un día a día que jamás imaginó. Las circunstancias lo obligaron a renunciar a su sueño.

—¿Noel Vargas es marinero?

—Ingeniero marino y capitán de barco. Le apasionaba su trabajo. Pero se vio obligado a regresar y a hacerse cargo del negocio debido a unas circunstancias muy concretas.

Mariano se detuvo en este punto. Si su intención era que la chica hurgase en el pasado familiar, no obtuvo resultados. Eme se limitó a esperar a que continuara su relato, aunque apretaba los labios y la tensión de su rostro se reflejaba en las mejillas.

—Todos tenemos nuestras llagas —concluyó tras el silencio que se había abierto entre los dos.

—Pero las de algunos son más profundas. Te aseguro que la desgracia se ha cebado con él. Era prácticamente un niño cuando

conoció a María José. Se volvió loco por ella, pero es una manipuladora. Lo engañó en todo momento, hasta cuando decidió quedarse embarazada, ya que lo hizo por su cuenta, y ahora usa a esa niña para chantajearlo. Tiene una maldad intrínseca, pero a él le costó años admitirlo. Al final, es un buenazo. Si no tuviera ese corazón que no le cabe en el pecho, no estaría soportando lo que soporta.

La versión de Noel que Mariano le ofrecía no casaba con la idea que Eme tenía de él. Con todo, el discurso del hostelero la dejó confundida. Y, una vez de vuelta en el patio de vecinos, buscó la compañía de Rancio. Anhelaba el calorcito con el que el felino la obsequiaba. Tras mirar alrededor y asegurarse de que nadie la veía, lo introdujo en su apartamento.

Las siguientes horas las pasó acurrucada en la cama, con Rancio en su regazo, reflexionando sobre lo ocurrido y lo escuchado en el hotel.

—Pero no te hagas ilusiones, gato infame. Sigo aborreciéndote, es solo que necesito algo que me sirva de almohada —le aclaró mientras le acariciaba el lomo.

Los dorados ojos de Rancio refulgieron.

Y ronroneó a modo de respuesta.

23
LONDRES, DOS AÑOS Y MEDIO ATRÁS

> I give you this ring as a sign of my love for you and as a symbol of my commitment to you. I promise to care for you with love and friendship whatever the future may bring.

Nos quedamos pasmados, mirándonos a los ojos, sin saber cómo reaccionar. ¡Lo habíamos hecho! Realmente, estábamos casados. Vi que la registradora sonreía y nos animaba con un gesto a que nos aproximáramos.

—Pero ¡daos un beso, coño! —Ese era Thomas. Disfrutaba soltando tacos en nuestro idioma. Había mejorado mucho su español en el último año (se preparaba, decía él, para organizar tras su jubilación su traslado a España; quería instalarse definitivamente en la costa del Sol) y no desaprovechaba la ocasión de ponerlo de manifiesto. Podía olvidársele cualquier palabra, excepto las groseras. Esas las dominaba mejor que un nativo.

—¡Por tu madre, Maya! ¡Queremos un morreo de película! —clamó Fanny.

Ángel decidió hacerles caso y se abalanzó sobre mi boca. Me inclinó hacia atrás a la vez que me recogía entre sus brazos, apretándome contra su pecho. Nos entregamos a un beso que iba más allá de cualquier filme; era un beso de Óscar.

—Bueno, se acabó el empalago —nos interrumpió Thomas, esta vez en inglés—. Tenemos hambre y prometiste invitarnos a una rica comida. Este estómago viejo no entiende de esperas.

Nos entretuvimos todavía un rato más mientras nos preparaban las copias de nuestro certificado matrimonial. Aún nos quedaba el paso de inscribir el matrimonio en el Consulado, ya que, al ser ambos españoles y haberse celebrado fuera de España la ceremonia, era un trámite obligatorio para su validez en nuestro país de origen.

—¡Ya somos *Mr and Mrs*! —exclamé entre risas, alzando mi mano en la que relucía uno de los anillos que acabábamos de intercambiar—. Has prometido cuidarme amorosamente, sea lo que sea que nos depare el futuro.

Ángel me rodeó la cintura con su brazo. No debería ser así, pero el papel que acreditaba que éramos una pareja recién casada parecía darle un sentido a lo que llevábamos tres años construyendo. Estaba inmersa en una nebulosa de desconcierto, todo me parecía irreal a la

par que excitante.

—Voy a quererte como nadie te ha querido nunca —declaró con los ojos desbordando lágrimas—. Te debo mi felicidad, Maya.

Aquellas palabras de amor provocaron el efecto contrario al esperado: la sensación de asfixia regresó. Intuía, bajo la capa de cariño con la que Ángel nos envolvía, una necesidad no exenta de egoísmo. Ángel me había colocado en el top de su lista de personas de vida y las expectativas estrangulaban mi libertad de querer. No podía culparlo solo a él; era muy consciente de lo enrevesado de mis conclusiones. Pero la historia venía de largo, eran muchos los episodios compartidos y temía sus reacciones. Ángel no sabía querer con moderación, para él era todo o nada y, desde que se había desvinculado de su familia, se apoyaba demasiado en mí.

Abandonamos la oficina del registro de Lewisham acompañados de Thomas y Fanny, nuestros testigos. Fuera el día estaba algo gris y la opresión terminó por instalarse en el centro de mi pecho. Como si en cualquier momento nuestra felicidad pudiese ser quebrada por esa agua que amenazaban las nubes. Tenía un pálpito extraño. Un presentimiento infame.

Me giré y miré a mi recién estrenado marido. Me sonrió y la chispa que prendiera desde aquella fiesta entre nosotros iluminó el día. El sol no había salido, pero dentro de mi pecho un rayito de luz se abría camino.

Lo tomé de la mano y caminamos rumbo al restaurante para disfrutar de «la experiencia romántica más asombrosa que uno puede obtener en Londres».

Con el calor de su cuerpo en mi mano, volví a olvidarme de todo.

24
CINCO ESTRELLAS

El mejor restaurante de Triana y de Sevilla entera. Cinco estrellas se quedan cortas. Lo recomendamos tanto para turistas como para sevillanos. Comida exquisita y atención excelente.

A destacar, el propietario del local. Solo por verlo, merece la pena venir. Digno representante de la belleza masculina que rezuma simpatía por los cuatro costaos.

Firmado: Rosella Moreno Peña y Esperanza Calero Jiménez

—¿Dices que preguntan por mí?

—No conozco a ninguna otra Eme.

—Pero no tengo amigos aquí.

Guille se encogió de hombros.

—Por la edad, no diría que fuesen tus amigas. Más bien parecen tus abuelas. O tus tías. Pero unas tías mayorcitas.

—¿Puedes quedarte un momento aquí? Voy a salir a ver.

—Yo, por esos ojitos lindos, lo que sea.

—Muchas gracias, Guille. Te debo una.

—¡A mandar!

En la puerta del restaurante estaban las dos ancianas. Eme les dirigió una mirada ceñuda.

—¿Ha pasado algo en el patio de vecinos?

—No, no —Esperanza levantó las manos—. Todo marcha como la seda.

—Y entonces, ¿qué hacen aquí?

—Tu jefe, ese hombre fabuloso, nos invitó a que probáramos los platos de su restaurante —le recordó Rosella.

—Y aquí estamos. —Esperanza se recolocó las gafas mientras la observaba con fingida dulzura. Aquella viejecita no podía engañarla: no había nada de inocente en el modo en que ahora sonreía.

—Si Noel Vargas las ha invitado, ¿por qué no han preguntado directamente por él?

—Sería una auténtica grosería venir a conocer el lugar de trabajo de nuestra vecina favorita y no saludarla, ¿no te parece? —Rosella le regaló una sonrisa tan sincera como la de su amiga. ¡Menudas truhanas estaban hechas!

Mientras las acompañaba hasta la mesa, Eme reflexionó sobre el hecho de que fuese la primera vez que las veía fuera de su lugar de residencia. Animadas como estaban, parecían mucho más jóvenes y menos achacosas.

—Y el pedazo de hombre, ¿dónde anda? —preguntó Esperanza

mirando alrededor.

—Eso, ¿dónde se ha metido? Queremos saludarlo y agradecerle expresamente la invitación. Este hotel es una monería y mira que lo tenemos cerca, pero nunca nos había dado por entrar —anotó Rosella.

—Eso es porque mis comidas te apañan y no te gusta gastar dinero, que te estás volviendo un poco rácana.

—¡Espe!

—Es la verdad. Tus hijos te tienen con una mano delante y otra detrás. Ya va siendo hora de que espabiles y te gastes tu dinero en ti, Sela. Renovar un pelín el armario y salir de vez en cuando no te vendrían mal.

—¿Te parece el lugar y el momento de discutir esas cuestiones? —le reprochó Rosella entre susurros, y levantó las cejas como si Eme no pudiese oírlas y no estuviese al cabo de la calle de sus problemas.

—Siempre es un buen momento para echarle una mano a una buena amiga.

En aquel instante, Noel apareció a lo lejos. Las dos ancianas callaron y pusieron los ojos sobre él.

—¡Joder! —murmuró Esperanza, dándole un manotazo a su amiga en el brazo—. Sí que está buenorro. No es un hombre, es *el hombre*.

—¡Esperanza!

—¿Pues no es verdad?

—Es bastante guapo, sí. y hoy viene con traje oscuro y corbata. Es enteramente un dandi.

A Eme le hizo gracia lo rancio del comentario, aunque admitió que no era desafortunado: Noel Vargas era un hombre muy atractivo, de buen porte y que gozaba de estilo. Por un momento, lo imaginó con otra clase de atuendo, el uniforme de patrón de barco, y se dio cuenta de que aquella ropa debía de adaptarse mucho mejor a su piel. ¿Cambiaría también la expresión de su rostro bajo las prendas que lo conectaban con su adorado mar? Eme comprendió en aquel instante que sí.

—Buenas tardes, me alegro de verlas.

—Más nos alegramos nosotras —aseguró Espe al tiempo que le propinaba un codazo a Rosella, que emitió un quejido.

—Espero que se sientan a gusto en nuestra casa. —Noel se colocó entre las dos ancianas y, agachándose, extendió sus brazos para colocarlos en los respaldos de cada una de las sillas que ocupaban.

Rosella y Esperanza intercambiaron una mirada satisfecha y, a continuación, sus ojos regresaron al rostro de Noel.

—Le estamos muy agradecidas por la invitación. Este lugar es un encanto. Como usted… —Estas últimas palabras de Rosella fueron lanzadas en voz tan baja que, de no ser por el afanoso movimiento de

sus pestañas, cualquiera podría haber asegurado que jamás habían sido dichas.

—Coman todo lo que quieran, paga la casa. Hoy la carrillada y la presa vienen espectaculares. Y si prefieren el sabor a mar, les recomiendo el bacalao o la corvina.

—Muchas gracias, guapetón. Nosotras tenemos buen saque y nos entra *todo* —manifestó Esperanza mientras lo miraba con coquetería. Rosella, que en aquel momento daba un sorbo, escupió parte de su bebida.

—¡Esperanza!

—¿He dicho una mentira?

Mientras las dejaban echándole un vistazo a la carta y se alejaban, Eme y Noel apenas lograron contener la risa.

—Son tremendas, pero las adoro. Han conseguido sacarme los colores —reconoció él.

—No las anime mucho, señor Vargas. Parecen inofensivas, pero pueden resultar peligrosas. Por las noches se esconden detrás de las macetas y afilan sus colmillos. Seguro que tienen un depósito con la sangre que roban a sus víctimas oculto bajo las losetas del patio.

Noel enarcó sus cejas y sonrió.

—Vaya, señorita Palacios, no imaginaba que supieras bromear.

—Noel… —Nadia estaba parada frente a ellos, mirándolos con aprensión—. Te estamos esperando en la cocina para que decidas lo de la salsa. Hace media hora que dijiste que vendrías. —El tono de su voz denotaba enfado.

Noel apretó los labios y su gesto mudó a otro mucho menos amigable.

—La elección de la salsa, ¿no es para el menú de la comunión del sábado?

Nadia asintió y los oscuros rizos que conformaban su melena chocaron contra sus hombros.

—Hoy es martes, no creo que sea urgente, ¿verdad? Debería ser yo quien establezca las prioridades en el hotel, no te parece, ¿Nadia? —Ella abrió los ojos y en sus pupilas destelló el brillo de una profunda decepción.

Antes de volver por donde había venido, Nadia le dedicó una mirada helada a Eme. Para ella también había llegado el momento de despedirse.

—Con su permiso, señor Vargas, debo regresar a la recepción.

Mientras caminaba, Eme sintió sobre su espalda la mirada de Noel y no pudo reprimir el contoneo de sus caderas. Un latigazo de algo demasiado parecido al deseo la estimulaba a provocarlo.

Si Noel comenzaba a verla como mujer, eso beneficiaría el plan que había diseñado.

Aprovecharía cualquier debilidad de su jefe en su favor, se dijo relamiéndose como una gata satisfecha.

25
EL HOMBRE

> Vale por una buena comida y un mejor amigo.
> Firmado: El hombre.

Apenas había pasado media hora cuando Eme irrumpió en el despacho de Noel. Se la veía agitada, incluso fuera de sí.

—Siento molestar, pero Curro la está liando en el patio.

Noel no se entretuvo en ponerse la chaqueta. Había oído hablar del tal Curro durante aquel almuerzo en el patio de vecinos. Rosella le contó que había tenido cinco hijos, y cuando ella se ausentó para regresar un momento a su apartamento a darle de comer a su gato, su amiga aprovechó para ponerlo al tanto sobre el abandono al que estos la sometían y, en especial, el aberrante comportamiento de uno de ellos. El hecho de que fuese alcohólico y ludópata agravaba la situación. Al parecer, solía irrumpir en la casa de su madre para amedrentarla y pedirle dinero y todos temían que ocurriera una desgracia.

—Es verdad que está enfermo, pero siempre fue un desgraciado. De trabajar, poco. Está acostumbrado a que le saquen las castañas del fuego y tiene asfixiada a su madre. Ni su mujer lo quiso, lo echó con cajas destempladas de la casa que compartían. Ahora vagabundea por la calle y, de vez en cuando, viene a armar algún escándalo.

Al entrar en el patio, Noel y Eme pudieron comprobar que Curro esta vez había ido un poco más lejos y agredía a una de las chicas francesas. La tenía arrinconada contra la pared, manoseándola. La chica gritaba y lo golpeaba con las rodillas, pero él era mucho más fuerte. Rosella estaba a sus pies, de rodillas, suplicándole que parara. Esperanza permanecía junto a ella, blandiendo un palo. El espectáculo era dantesco y le encogió las entrañas.

Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre Curro, lo separó de la chica y le asestó un puñetazo. Curro cayó al suelo, entre alaridos. Le sangraba la nariz. Su madre intentó acercarse a él, pero Esperanza, con una fuerza insospechada, la retuvo.

—Da un paso y te clavo el palo en la cabeza, tonta del culo.

—Voy a llamar a la policía y te vas a cagar, hijo de puta. Te voy a cascar una denuncia —amenazó Curro a Noel, mostrándole el teléfono móvil.

Pero la policía estaba más cerca de lo que él suponía y la intervención de Lope dio al traste con las esperanzas de Curro. El

inspector se lo llevó detenido a la comisaría más cercana, acusado de unos cuantos delitos.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

La chica, que llevaba por nombre Nicole, se abrazó a Noel. Más tarde la acompañarían a declarar para levantar el atestado. En aquel momento, lo que Nicole necesitaba era, sobre todo, un poco de calma.

Rosella lloraba desconsolada; la otra chica Erasmus, que se llamaba Amélie, no hacía otra cosa que repetir: «¡Que le den morcilla!» o «la ha liado parda». Esperanza se quejaba de que habían salido corriendo y no había podido probar bocado. El patio estaba, en definitiva, revuelto, aunque la principal preocupación de las ancianas era que el casero, don Pablo, no llegase a enterarse de lo sucedido.

—Si descubre lo que ha pasado, tendrá la excusa perfecta para echarme —gimió Rosella—. No le va a temblar el pulso.

Noel las miró con asombro. No daba crédito a lo que escuchaba. ¿Qué persona con corazón desalojaría a un ser tan vulnerable como Rosella? Era inconcebible.

—Está deseando recuperar los dormitorios —explicó Esperanza, adivinando sus pensamientos—. Así puede convertirlos en apartamentos pijos y alquilarlos por mucho más de lo que nosotras pagamos. Pero va a tener que joderse porque pienso vivir hasta los ciento veinte años.

Era la mujer más divertida que Noel se había cruzado en su vida.

—Nadie podrá sacarla de su casa, Rosella. No vamos a permitirlo —zanjó Eme. Todos se giraron hacia ella, sorprendidos. Hacía rato que no se hacía notar. Pero en aquel instante, estaba junto a la anciana; la tomaba de la mano y en sus ojos se había desatado una tempestad.

Antes de abandonar el patio de vecinos, Esperanza se acercó hasta Noel para agradecerle su intervención. Él le restó importancia, ofreciéndose a ayudarlas siempre y en lo que necesitaran.

—Desde que te vi por primera vez, supe que eras muy especial. Y yo nunca me equivoco —declaró la anciana.

Noel las escuchó cuchichear a su espalda mientras anotaba algo en una tarjeta, que les tendió antes de irse.

—¿Has visto? La niña me ha llamado Rosella, no Rosalía —observó con satisfacción Rosella una vez que se quedaron solas. Las chicas Erasmus hacía rato que habían subido a descansar. Nicole deseaba darse una ducha para «quitarse de encima el olor y la sensación horrenda», según sus palabras, que la acuciaban.

—¿Se estará encariñando? Pero descartamos que sea por el efecto de los platos de comida que le dejas en la puerta. Estoy segura de que los tira a la basura, y pobrecilla, la entiendo perfectamente.

—¡Espe!

—Dios te dio muchas virtudes, pero la de cocinar no está entre

ellas. Yo me inclino a pensar que es por tu gato. Hace tiempo que me vengo fijando en que le gusta mucho, hasta lo mete en su casa cuando cree que no la vemos.

—¿Has estado espiándola?

Espe juntó las manos y se las llevó a la barbilla.

—¿Yo? ¡Pero si soy un angelito!

—Con orejas y rabo. Anda, anda, muéstrame esa tarjeta que te ha dado tu hijo adoptivo. Quiero ver lo que ha escrito en ella.

> Vale por una buena comida y un mejor amigo.
> Firmado: El hombre.

Espe tuvo la decencia de ponerse colorada.

—¿Tú crees que nos ha oído? Cuando hablábamos antes y te recordaba lo cañón que está.

—¡Esperanza! No tienes remedio.

—Pues ya ves que, a pesar de mis defectos, le he caído en gracia. Y ahora podemos asomarnos por allí otro día para controlar el tema. —Le guiñó un ojo.

—Y de paso, llenar la barriga.

—No te niego que me gusta comer. Por algo fui cocinera…

Mientras las amigas andaban enredando, Noel y Eme regresaron al hotel. Al pasar por el restaurante, Noel fue requerido por la jefa de sala.

—Noel, tienes que ver esto.

Lo llevó hasta el lugar donde estaba abierto el libro de visitas. En la última página, pudo leer:

> El mejor restaurante de Triana y de Sevilla entera. Cinco estrellas se quedan cortas. Lo recomendamos tanto para turistas como para sevillanos. Comida exquisita y atención excelente.
>
> A destacar, el propietario del local. Solo por verlo, merece la pena venir. Digno representante de la belleza masculina que rezuma simpatía por los cuatro *costaos*.
>
> Firmado: Rosella Moreno Peña y Esperanza Calero Jiménez

El mensaje tenía dos partes y cada una de ellas estaba escrita en una letra diferente. A Noel no le cupo duda de a quién pertenecía cada fragmento.

—¡Son tremendas! —Eme, que estaba a su lado, ostentaba una mueca de diversión en la cara.

—¿Cómo pueden hablar sobre la comida si ni siquiera han probado bocado?

—De hecho —comentó la jefa de sala—, escribieron la reseña antes de sentarse. Yo les expliqué que los comensales escribían sus críticas a la salida, pero ellas insistieron en que era el momento adecuado y aseguraron que ya habían probado antes la comida.

—¡Mentirosas! —Aquella acusación la hizo Eme con una sonrisa en la boca. Noel no pudo evitar que su mirada se detuviese en la curva de sus labios; no acostumbraba a verla tan relajada y, mucho menos, presa de una emoción positiva.

Quiso apartar la vista, pero era inútil: desde hacía un tiempo, la misteriosa María Palacios se le colaba con inquietante insistencia en el pensamiento. A menudo sentía la necesidad de estar cerca de ella, de conocerla más a fondo y compartir con ella pedazos de una intimidad que solo a él le pertenecía.

Y la certeza de estar cayendo en un pozo sin fondo lo perturbaba de la misma manera que lo atraía.

26
BOCADOS SABROSOS

Melón y sandía,
en buena compañía.
«BOCADOS SABROSOS»

—¿Puedo bajar la ventanilla? ¡Quiero oler el aire de la calle!

—Puedes hacerlo, Candela, si a la señorita Palacios no le molesta.

—Claro que no; de hecho, lo prefiero. ¿No dicen que Sevilla tiene un aroma especial en primavera?

—¡Es un color especial! —rio Candela.

—También tiene un olor —anotó Noel.

—¡Y yo lo echaba *taaaanto* de menos! —añadió Candela con su naricilla apuntando hacia el hueco vacío que acababa de crear entre la carrocería y el cristal de la ventanilla—. ¿De verdad puedo quedarme cuatro días? ¡Tengo tantas cosas que hacer que me parecen pocos!

Noel sonrió, aunque la alegría que experimentaba por dentro era contenida. Sospechaba que, en el momento en que bajara la guardia, una nueva y maliciosa ocurrencia por parte de su ex lo privaría de la compañía de su niña.

Se mantuvo taciturno el resto del camino, aguzando el oído, eso sí, para capturar el intercambio de impresiones entre Candela y su recepcionista. Esta no solo le agradeció el dibujo, sino que le aseguró haberlo enmarcado y encontrado para él un lugar especial…

—¿En tu apartamento? ¡Me gustaría verlo! —exclamó Candela sin pudor.

Noel se mantuvo a la espera de una respuesta por parte de Eme, no obstante, ella prefirió cambiar de tema. Un próximo dibujo donde el protagonista fuese Rancio, el gato de Rosella, constituía un argumento con peso suficiente para distraer la atención de Candela, a la que estimulaban los retos casi tanto como los animales.

—¡Perfecto! —decidió Candela por fin—. Ya que ese gato de ojos del color de la miel vive en la misma casa que tú, podemos aprovechar para subir a tu apartamento y que me enseñes cómo ha quedado tu retrato.

Si Eme se horrorizó ante la propuesta, supo disimularlo bien bajo una mueca que ni afirmaba ni negaba la posibilidad. Candela regresó a su cuaderno y, entregada como estaba a garabatear, se olvidó de hablar hasta el instante en que Noel estacionó el vehículo a la puerta del local de juegos donde la niña pasaría las siguientes horas.

Irene, la monitora, se apresuró a salir a recogerla. Tras las despedidas, Noel y Eme reemprendieron la marcha, rumbo a una de las escuelas de hostelería más prestigiosas de la ciudad.

—Siento mucho lo ocurrido esta mañana —lo sorprendió Eme.

El giró la cabeza y clavó sus ojos en la nariz de ella, que evitaba mirarlo.

—¿Qué es lo que sientes?

—He tenido la impresión de que su cocinera estaba algo molesta por la excursión.

—¿Nadia?

Eme agitó la cabeza en sentido afirmativo. Noel chasqueó la lengua. Ciertamente, antes de salir había tenido que bregar con la actitud infantil de la marroquí que le reprochaba que hubiese escogido a María Palacios como acompañante en aquella próxima aventura. «¿Y no es más lógico que a una cata asista alguien que trabaja en la cocina?», le había espetado. En las últimas semanas, Nadia estaba mostrando una cara desconocida. Parecía celosa en todo lo tocante a la señorita Palacios y no ocultaba la animadversión que sentía por ella.

Hasta el punto de que Noel comenzaba a incomodarse.

—Ya te dije que Clara era la encargada de acompañarme a esta clase de eventos y, en su ausencia, tú eres la persona más adecuada. —Dijo esto en un tono que no admitía discusión y Eme se abstuvo de devolverle un comentario.

La escuela estaba ubicada en una casa señorial en el centro que había pertenecido años atrás a una respetada familia de la sociedad sevillana. Tenía azulejos muy antiguos y estaba dividida en salas que se utilizaban como aulas.

Fueron recibidos por un grupo de estudiantes que los condujo hasta la planta superior, donde se celebraba la cata. Los postres estaban repartidos en mesas rectangulares y cada una de ellas tenía en el centro una placa identificativa con el nombre bajo el que se agrupaban los postres que se distribuían en la misma.

A Eme se le hizo la boca agua al advertir las delicias que los esperaban.

—En cuanto el chef presente la cata, comenzamos —le explicó Noel, al que no le había pasado inadvertida la manera en que ella observaba la comida.

Por fortuna, ese hecho no tardó mucho en producirse y, tras una breve charla sobre la actividad que se llevaba a cabo en la escuela, el hecho de que las clases eran interactivas e interesantes, la importancia que se le daba a las presentaciones de las cadenas hoteleras y a las charlas informativas sobre cocina creativa y la promesa de futuras catas de distintos productos, pudieron comenzar a dar cuenta de los

pasteles, las brochetas de frutas, los helados y demás exquisiteces que se ofrecían.

La mesa de la fruta es la que a Eme se le antojó la más llamativa. Se llamaba «Bocados Sabrosos» y la leyenda que la presentaba rezaba:

> Melón y sandía,
> en buena compañía.

—Tenemos que escoger cinco postres nuevos para el restaurante. Anota tus preferidos y más tarde haremos una puesta en común.

Le sorprendió la responsabilidad que su jefe le adjudicaba. La renovación de la carta de postres del restaurante del hotel estaba ahora en sus manos, ¿debería escoger los peores solo para fastidiarlo? Era un pensamiento malévolo, aunque gratificante.

Se acercó a la siguiente mesa, seguida muy de cerca por Noel.

—¿Cómo estás, marinero?

Eme se giró al reconocer la voz grave y cargada de sensualidad de Melisa Campanello. Esta vez llevaba la interminable melena recogida en un cuidado moño. Un pasador de plata sobre la oreja le confería a su peinado un toque sofisticado a la vez que juvenil.

Noel suspiró.

—Hola, Meli.

—No me has devuelto las llamadas.

—He estado bastante ocupado.

En aquel momento, Melisa apuntó su mirada por primera vez hacia ella.

—Ya. Supongo. Antes tenías siempre algo de tiempo para las viejas amigas. Pero hace mucho que me bajaste de tu barco, ¿verdad?

—¿Has venido a incorporar algo nuevo para tu hotel?

—En realidad, no. Tenemos la mejor carta de postres de toda Sevilla y lo sabes. Solo me he pasado porque estaba segura de que vendrías. Tenía ganas de verte, Noel Vargas. Hay un postre relacionado con el mar que me trae muy buenos recuerdos, ¿quieres que lo probemos juntos?

Melisa acortó la distancia que los separaba y Eme sintió que el aire se espesaba alrededor. A riesgo de parecer fantasiosa, notaba que entre aquellos dos fluía una corriente extraña y eléctrica que comenzaba a erizarle la piel.

—Ya hemos probado lo suficiente. Ahora, si nos disculpas, debemos seguir trabajando.

Noel la sujetó por el codo y la empujó hacia el lado opuesto de la habitación. En unas cuantas zancadas, se había colocado fuera. Y Eme estaba a su lado, enfadada y preguntándose de qué iba todo eso.

De regreso en el coche, Eme continuaba rumiando sus pensamientos; tal eran el desconcierto y el rencor que la abrumaban

que imaginaba escuchar sus propios gruñidos en medio del silencio.

—Seguramente te hayas preguntado qué era todo eso sobre el mar, los barcos y el extraño discurso de Melisa. —Eme quiso responderle que ella no se estaba preguntando nada, pero habría sido una mentira tan inmensa que dudaba de que Noel pudiese creerla—. Nunca se lo cuento a nadie porque no me gusta hablar de ello. Pero fui capitán de barco. Ayudar a la gente de la mar era mi pasión y era mi vida. Aunque un triste acontecimiento cambió el curso de mi destino y tuve que aparcar mis sueños para encargarme del hotel.

—Yo no soy quién para meterme en su vida, señor Vargas —lo interrumpió ella—. No hace falta que me dé explicaciones.

—Pero estabas molesta, lo he notado…

—Solo me escuece un poco el hecho de haber tenido que renunciar a una rica comida que me apetecía mucho. Pero no se preocupe, puedo superarlo.

El resto del trayecto discurrió en el más absoluto de los silencios. Eme no quería sentirse halagada, no debía; pero no pudo dejar de experimentar una sensación de victoria que distaba mucho de su necesidad de revancha. La confesión de Noel significaba mucho, pues el dolor que él sentía al recordar la pérdida de ese sueño de juventud que había sacrificado en beneficio de la familia era un puñal que le desgarraba hasta los huesos.

Y había querido compartirlo con ella.

Se recostó sobre la puerta del vehículo y se entretuvo en ver pasar las nubes que caminaban por el cielo.

Aunque un poso de nostalgia se había acomodado en algún rincón de su pecho al hacerse cargo de una realidad incómoda: también ella les había dicho adiós a todos sus sueños y necesitaba con urgencia un motivo para volver a respirar.

27
LONDRES, DOS AÑOS Y DOS MESES ATRÁS

Ninguna felicidad es eterna. Tampoco la que le debemos al amor.

Durante las semanas posteriores a la celebración del matrimonio, el Ángel que conocí tiempo atrás regresó en todo su esplendor. Me dedicó bonitas palabras, a menudo me esperaba a la salida del taller y me sorprendía con un regalo o cualquier disparatada propuesta. A veces, mientras caminaba, descubría que lo llevaba detrás, siguiéndome como un perrito fiel. Aseguraba que se había vuelto «Mayadependiente» y, a pesar de que mi carácter y la costumbre de resolver mis propios asuntos hacían que constantemente entrase en conflicto conmigo misma, sentía que empezaba a acostumbrarme a serlo todo para él, a apoyarme en su necesidad y a admitir que Ángel también se había convertido en mi única familia.

Había terminado, en definitiva, por claudicar. Me animaba el hecho de verlo contento de nuevo, de que él hubiese terminado por integrarse de modo definitivo en la vida londinense. Parecía adaptado, feliz. Incluso su último trabajo como profesor de español en un colegio privado de niños con necesidades especiales lo mantenía motivado. Ángel tenía una licenciatura y también había completado, como parte de su formación en Hostelería, un curso de formación docente en Madrid. Y, aunque renegaba de aquel futuro para el que lo habían preparado a conciencia, su frustración afloraba a la hora de firmar contratos que consideraba por debajo de su categoría.

Que Ángel era un ser complicado lo supe desde el principio. Su intensidad podía llevarte al cielo o al infierno de una sola vez. Se entregaba en cuerpo y alma a cada causa que emprendía y era vulnerable a los halagos, que necesitaba como el comer. Si no se sentía querido, protestaba y reclamaba atención. Llegaba a agotarme con sus exigencias y, al mismo tiempo, saber que yo era el centro de su mundo me transformaba en una reina poderosa.

Y cada noche nos dedicábamos a amarnos, a saborearnos la piel. Tenía la impresión de que sellar nuestra unión de una manera oficial era el paso que nos faltaba para terminar de establecer un vínculo de confianza a la medida de los dos.

Sumidos en este océano de autocomplacencia pasamos cuatro deliciosos meses, con sus dieciséis semanas, sus ciento veintidós días, sus dos mil novecientos veintiocho horas y ciento setenta y cinco mil seiscientos ochenta minutos.

Hasta que llegó *la llamada*.

Era una oscura tarde de noviembre. Ángel y yo estábamos tumbados en el sofá. Veíamos una película. Yo apoyaba la cabeza en su regazo y él me acariciaba el pelo. La pantalla de su teléfono móvil se iluminó, dando paso a aquel sonido estridente que aborrecí desde aquel día. La longitud del número y el prefijo que lo acompañaba indicaban que provenía de España.

Ángel se puso en pie de un salto y a mí me rebotó la cabeza sobre el cojín. Con pasos apresurados, se metió en el baño y cerró la puerta tras de sí. Agarré el mando a distancia y detuve la reproducción. Después me incorporé. Dudé entre acercarme hasta la puerta del baño y pegar la oreja, pero eso no casaba con mi estilo. Así que me quedé erguida en el sofá, con el corazón latiéndome de forma apresurada, como si fuese el portador de una horrible noticia. Sentí frío, tanto que tuve que arroparme con la manta. Notaba la ausencia de Ángel igual que si se hubiera alejado unos cuantos kilómetros.

Fueron solo unos minutos, pero a mí se me antojaron una eternidad desesperanzadora.

Por fin se abrió la puerta y el horrendo presentimiento que me acuciaba se convirtió en una realidad aún más terrorífica.

—Mi madre ha muerto —anunció sin mirar a ninguna parte. Una mezcla de dolor, culpa y arrepentimiento tensionaba los músculos de su rostro.

Las siguientes veinticuatro horas fueron frenéticas: hablamos con el colegio para explicarles lo ocurrido y tramitar un permiso para que Ángel pudiera ausentarse durante unos días, preparamos la maleta y encontramos una plaza en un vuelo directo a Sevilla que salía al amanecer.

Ángel no quiso que lo acompañara; me pidió que le permitiera ir solo. Aunque deseaba darle todo mi apoyo, comprendí que era mejor así; no era el momento de conocer a la familia, seguramente estarían cargados de reproches y Ángel necesitaba ese encuentro a solas para recomponer una a una las piezas de su relación rota.

Lo dejé ir. Lo acompañé hasta el aeropuerto y lo abracé, recordándole cuánto lo quería y animándolo a ofrecer su mejor cara y a mostrarse fuerte. Sabía que la situación que enfrentaría no sería fácil y si hubiese podido hacerme pequeñita e incorporarme a su equipaje, no lo habría dudado. Estaba dispuesta a todo por él. Sin embargo, no tenía a mano el frasco con la poción mágica de *Alicia en el país de las maravillas* y mi misión acababa ahí. Una vez él llegase a España, estaba resuelta a mantener el contacto con el objetivo de apoyarlo y ser para él ese paño de lágrimas que tanto necesitaba.

Adivinaba que nunca regresaría el mismo Ángel que se marchaba en aquel momento. Estaba herido e iba a requerir de mucho más que

cariño para recuperar el aliento.

Pero yo era la única persona en el mundo que lo quería y no pensaba fallarle. Siempre estaríamos juntos. Nos lo habíamos prometido mutuamente.

I promise to care for you with love and friendship whatever the future may bring.

Lo vi alejarse sin mirar atrás y algo en mi interior se quebró en mil pedazos.

Supe en ese preciso instante que, de alguna manera, ya lo había perdido.

28
MIS NIÑAS DE ALFARERÍA

Para mis niñas de Alfarería,
gracia, sal y simpatía.
Porque no hay mal de espíritu que no se cure con un buen postre.
Vuestro amigo,
Noel

—¡Este hombre es la bomba! ¡Cada día me enamora un poco más!

—Y encima es un poeta.

—¿Un poeta? ¡Anda ya! Si lo mejor que tiene es que está para mojar el pan.

—¡Espe!

—Sí, me lo dices siempre, que soy una vieja verde, ¡y a mucha honra! Y tú una romántica, Sela. Por eso te va como te va.

Las risas inundaron el espacio y Eme, que bajaba en aquel momento las escaleras, se encontró con que en medio del patio habían improvisado una reunión. Todas y cada una de sus vecinas estaban arremolinadas en torno a algo. Hasta Rancio trataba de hacerse un hueco y se afanaba por meter la patita entre el montón de piernas que le impedía el paso.

—¡Ey! Ven, acércate —le pidió Amélie con su marcado acento francés.

La curiosidad se sobrepuso a la reticencia y, al momento siguiente, la propia Eme se incorporaba al círculo de mujeres que asomaban la cabeza para tratar de distinguir lo que fuera que acaparaba la atención de todas.

El murmullo que las voces generaban fue aplacado por Esperanza, que levantó una mano.

—Nos ha llegado un regalo y estamos disfrutándolo antes de abrirlo porque trae un precioso mensaje. —Alargó la tarjeta que pasó de mano en mano hasta llegar a Eme.

Eme leyó el contenido y arrugó el ceño.

—Cualquiera diría que no te ha gustado.

—Me sorprende, eso es todo.

—A mí también, pero favorablemente. Tienes un jefe con estilo, eso no me lo puedes negar.

—Y eso que aún no hemos visto el contenido de la caja —apuntó Rosella.

Eme reparó en que sobre la mesa, ahora visible, descansaba una enorme caja de cartón. Una tarjeta con forma de sol la recorría de

parte a parte. En ella estaba escrito:

Para mis niñas de Alfarería

—No es casualidad que haya escogido esta tarjeta para dedicárnosla. Quiere decir que somos unos soles —aventuró Esperanza.

—¡Por supuesto! —la animó Nicole.

—Ya sé que es un poquito mayor para vosotras, pero esto os advierto: que no encontraréis mejor mozo en toda Sevilla, que además de guapo y simpático, tiene su propio hotel.

—¡Esperanza!

—¡Coño, Sela! Que el amor no se engorda con el aire, sino con billetitos.

—Eres la más práctica del mundo.

Esperanza hizo un mohín.

—Solo nos queda averiguar si tiene novia… Pero tiempo al tiempo, porque estamos invitadas a su restaurante otro día.

—¡Pobrecillo! —exclamó Eme sin poder reprimirse.

—A lo mejor encajaría mejor contigo —manifestó Rosella, evaluándola con la mirada—. Estáis más próximos en edad.

—Es usted una pésima celestina —le reprochó Eme.

—Ya veremos… —Esperanza dijo esto en un susurro, aunque Eme pudo oírla con claridad.

—Bueno, ¿abrimos la caja o nos vamos a quedar mirándola toda la mañana? —reclamó Nicole.

—¡Es que es tan bonita!

Las dos ancianas decidieron cederle los honores a Eme, que retiró el lazo que la decoraba antes de separar las tapas de cartón.

—¡Anda! ¡Son pasteles! —señaló Rosella.

—¡Y otros postres! —agregó Esperanza.

—Pero ¡qué ricos! —se relamieron las francesas.

Hasta el gato emitió un maullido para sumarse a la fiesta. Eme, en cambio, se había quedado muda. Reconocía entre aquellos dulces muchas de las delicias a las que se vio obligada a renunciar la tarde anterior como consecuencia de la precipitada huida de la cata en la escuela. Le costaba reconocerlo, pero estaba conmovida por el detalle. Intuía que Noel le estaba enviando un mensaje muy directo. Era una manera peculiar de pedir perdón. Una con estilo, tal como apuntaba aquella estupenda viejecita, picarona y risueña, a la que pocas cosas le pasaban desapercibidas.

Eme podía ser más o menos rencorosa, pero no era una ingrata. Decidió pasar por el despacho de Noel para agradecerle el detalle antes de incorporarse a su puesto de trabajo. Aún contaba con unos minutos y un formalismo como aquel no le ocuparía demasiado tiempo.

Se dirigió hacia la parte del hotel donde este se encontraba. Mucho antes de alcanzar la puerta, le llegó el sonido de unas voces. Por lo acalorado del tono, era obvio que allí dentro alguien discutía.

—¿Por qué te empeñas en castigarme? ¿Qué gran pecado he cometido para ganarme tu odio eterno?

—Yo no te odio, Noel. Solo soy justa.

—¿Tú te llamas «justa» cuando lo que quieres decir es «vengativa»? Y ni siquiera has llegado a explicarme por qué. ¡Si fuiste tú la que me traicionaste!

—¡Tú me habías abandonado mucho antes!

Eme se aproximó y descubrió con horror que, junto a la puerta, estaba Candela.

—Era mi trabajo, María José. Tú conocías las condiciones antes de comprometerte conmigo.

—¿Condiciones? ¿Es que el amor se basa en condiciones?

—¡Nunca! Por eso no puedo entenderlo, ¿por qué pones trabas a mi relación con mi hija? Yo la adoro, ella me necesita.

—Pues haberlo pensado antes.

—¿Antes de qué, María José? ¿De que te liaras con ese tipo? ¿De que te largaras y nos dejaras y estuvieras más de un año sin preocuparte por la niña?

Eme le puso las manos en los oídos a Candela, que la miró con horror. Negando con la cabeza, Candela colocó sus manitas sobre las de Eme y se las retiró.

—¡Te lo merecías! —continuó María José—. Para que te enteraras de lo que se cuesta criar a un hijo, soportando los llantos, las noches en vela.

—¡Por Dios, que es tu hija!

—¡Pero no la soportaba! Yo siempre te esperaba, pero, cuando regresabas, ni siquiera me veías. Solo tenías ojos para Candela.

—¿Estabas celosa de tu propia hija? Estás loca, María José.

—Puede. Y tú tienes la culpa.

—Si tan poco te importa la niña, ¿por qué quieres llevártela otra vez?

—Porque a ti sí que te importa. Y voy a hacer hasta lo imposible para joderte, Noel. Quiero que sufras.

—¡Qué hija de puta!

María José prorrumpió en una carcajada.

—No lo sabes tú bien. Voy a hacerte todo el daño que pueda. Prepárate.

—A mí puedes hacerme lo que quieras, pero deja a un lado a Candela porque si no…

—Si no, ¿qué? ¿Vas a pegarme? Tendrás que matarme si quieres que te deje en paz. ¡Venga, mátame! ¡MÁTAME!

—¡Noooooooooooo! ¡Papá!

El lamento de Candela terminó por arrebatarle la poca cordura que le quedaba. En el mismo momento en que Eme peleaba contra el pomo de la puerta, desde el otro lado, Noel la abría y se precipitaba al exterior. Se abalanzó sobre Candela, que lloraba desconsolada, y la acunó entre sus brazos.

—¡Ratita! Estoy aquí, ratita. Todo va a estar bien. Perdóname, bonita. Te hemos asustado, pero no pasa nada, te lo prometo.

—¡Nos vamos! Candela, recoge tus cosas.

Noel se aferró con más fuerza a la niña.

—Está nerviosa, ¿no lo ves? Necesita tiempo.

—Pero debemos volver a casa.

Candela gimió, el rostro escondido en el pecho de su padre.

—Déjala conmigo esta noche, quiero hablar con ella.

—No se puede. El tren sale en una hora. Venga, Candela. Ya no eres una niña. No puedes comportarte así.

—¡No quiero irme, papá!

—¡Joder con la niña! La estás poniendo en mi contra y eso te va a salir caro en el juicio, Noel.

—¿De verdad es necesaria tanta crueldad? —protestó él.

—¡Suelta a tu padre, Candela!

—¡Señora! —Eme, que se resistía a retirarse hasta confirmar que Candela estuviese bien y había permanecido hasta ese momento como mera espectadora de la escena, le dirigió a la ex de Noel una mirada helada—. Ya está bien de dar el espectáculo. Esto es un hotel y tenemos clientes. Los problemas personales se resuelven en la intimidad.

—¿Y esta quién coño es?

—Esta tiene nombre y se llama María Palacios —respondió ella misma—. Y tengo un vecino que es inspector de policía y estaría encantado si yo lo llamase para que levantase un atestado. Hoy he visto y escuchado unas cuantas cositas comprometedoras y créame, puedo tener muy mala leche cuando me enfado. Y estoy empezando a enfadarme. Le recomiendo que se dé un paseo y que vuelva más tarde. Seguro que ese tren puede esperar. Mientras que su hija, no. ¡Ven, Candela!

Sorpresivamente, la niña se separó de su padre y tomó la mano que Eme le tendía.

—Voy a presentarte a ese gato perezoso al que te prometí que podrías dibujar.

—¡Vaya con la recepcionista! —le comentó Mariano más tarde a Noel tras conocer toda la historia. Todavía estaba alterado y le sudaban las manos—. ¿De verdad ha podido con la diabla de tu ex?

—Este primer *round* lo ha ganado, pero no me fío. Ya conoces a

María José, seguro que le tiene preparado un castigo peor que el infierno.

—Pero la niña de ojos azules no es manca y sabe defenderse.

Noel suspiró.

—No me gusta haberla involucrado en esto. No es justo.

Mariano le puso una mano en el hombro.

—Las mujeres son seres extraños, Noel. Ellas solitas saben muy bien cómo complicarse la vida. ¡Por eso me casé con un hombre! —bromeó.

29
UNA ESTANCIA ENCANTADORA

> El hotel es pequeño y no ofrece comodidades. En la página web prometen una estancia encantadora, pero esta promesa tiene la misma validez que la palabra de su dueño, que es un impresentable. No le recomiendo a nadie quedarse allí.

—A excepción de unas cuantas poco significativas, las direcciones IP se sitúan en el extranjero. Vamos a necesitar un poco más de tiempo, pero tranquilos, no nos rendimos. Continuaremos con la investigación abierta hasta que arroje resultados.

—Y esas direcciones poco significativas —se interesó Noel—, ¿tienen todas el mismo origen o provienen de lugares distintos?

Lope Romero se atusó el bigote y achinó los ojos.

—Es usted muy agudo, señor Vargas —expuso apuntándolo con el bolígrafo que sostenía—. Todas proceden del mismo pueblo.

—¡Constantina! —exclamaron ambos al unísono.

—¡Lo sabía! —añadió Noel—. Hasta puedo recitarle la calle y el número de la casa.

—Veo que tiene algunos enemigos, Noel.

—Incluso el Papa, que es un enviado de Dios, tiene detractores. Yo soy solo un simple mortal. —Se encogió de hombros.

Lope rio.

—¡Pues cuídese de la furia de los humanos! Los hay con muy mala uva, tanta que le pueden tirar por tierra el negocio.

—¿Qué dicen esos comentarios? —preguntó Eme.

—En el informe que os he preparado tenéis todos los datos, vecina. Aquí —señaló con el dedo—, a la izquierda, se identifica la IP y el lugar donde esta se sitúa, y a la derecha —su dedo se desplazó por el papel— se recoge el comentario con detalle del día y la hora en que se escribió. Lo curioso del caso es que estos comentarios que salen del pueblo son más antiguos y nada tienen que ver con la demanda que nos interesa. Tienen en común, eso sí, el hecho de que no son reseñas amables, y la mayoría están referidas al propietario del hotel más que al establecimiento. Un poquito de inquina se palpa. ¿Hemos dejado algún corazón roto por el camino?

—Muchas gracias por su colaboración, inspector —manifestó Noel, evitando dar una respuesta a la pregunta—. Regresaremos cuando tenga noticias.

—Ojalá sea pronto —anotó Eme.

—Haremos todo lo posible, como siempre —asintió Lope

enarcando una ceja.

—Muchas gracias por acompañarme. Se me están acumulando los motivos para estar en deuda contigo.

—A mí también me interesa conservar mi trabajo —aseguró Eme, decidida a restarle importancia al asunto. Ciertamente, la cuenta de favores aumentaba. Pero la deuda que Eme deseaba cobrarse más pronto que tarde nada tenía que ver con aquellas pequeñas concesiones que ella le hacía.

—Te lo digo en serio, Eme. Todavía no he tenido la oportunidad de comentar contigo lo que hiciste el otro día por Candela. A su regreso, estaba serena, incluso contenta.

—Pues dele las gracias a Rancio, no a mí. Él hizo la magia.

—¿Ese gato del que siempre hablas se llama Rancio?

—Es el gato de Rosella. Aunque, últimamente, por el tiempo que pasa en mi apartamento, tengo la impresión de que ha decidido cambiar de dueña.

—Parece que tienes ese don.

Eme hundió sus ojos en los de Noel.

—¿Qué don?

—El de hacerte imprescindible para los demás.

Aquellas palabras estrangularon cualquier resquicio de buen humor. Inspiró profundamente porque sentía que le faltaba el aire.

—No quiero ser imprescindible para nadie. No me gusta que dependan de mí.

Eme se había puesto seria de repente y Noel supo que, tras sus palabras, se escondía una experiencia traumática que todavía le causaba dolor. Decidió cambiar de tema.

—Me consta que Candela está entregada a la causa porque me ha enviado fotos de los bocetos. Está dibujando una versión muy personal de Rancio, eso sí te lo advierto. Porque al gato le ha crecido un flequillo sospechosamente pelirrojo.

A Eme pareció hacerle gracia.

—Su mundo es rojo, por lo que veo. Es un color que destaca en cada uno de sus dibujos. Y estoy segura de que tiene mucho que ver con el vínculo. Se siente orgullosa de su pelo, de sus orígenes. De su padre —agregó Eme, provocando que la boca de Noel se estirara en una sincera sonrisa.

—Es mucho más madura y sensata que yo que llevo toda la vida renegando del tono bermejo de mi cabello. Odio destacarme y es difícil pasar desapercibido con estos rasgos. Mi madre tenía ascendencia irlandesa: su padre, nuestro abuelo, fue un famoso lobo de mar, maleante y pendenciero. Es un recuerdo que la familia preferiría borrar para siempre.

Permanecieron en silencio mientras caminaban. Había muchos

recuerdos, reflexionaba Eme para sí misma, que ella desearía eliminar. Pero la vida no estaba contenida en un documento de ordenador ni se manejaba con un teclado donde la tecla *Suprimir* te liberaba de todo lo incómodo que te estorbaba.

Se detuvieron en el puente de Isabel II que conectaba las dos orillas sevillanas. Había un cisne, solitario y majestuoso, surcando el agua más abajo. Los barcos turísticos y de recreo se mezclaban con las tablas de padelsurf, las piraguas y los botes de remo de los deportistas. Habían descendido las temperaturas y el clima era ciertamente agradable. El río Guadalquivir ofrecía un aspecto mucho más atractivo que aquellos primeros días cuando Eme salía a desahogar su frustración dando furiosas pedaladas con su bicicleta. O eso le pareció a ella.

Tal vez fuese la compañía, pensó por un fugaz momento. Pero enseguida declinó la idea por absurda.

Lo cierto era que reconocía que Noel Vargas era un conversador estupendo y que a menudo —tal vez más a menudo de la cuenta, se reprochó— la hacía olvidarse de sus preocupaciones. Hasta en el silencio le agradaba sentirlo cerca, caminando a su lado. Porque Vargas se mostraba intuitivo respecto de sus necesidades y sabía en qué momento debía callar. Era muy de agradecer, pues la mayoría de las personas disfrutaban escuchándose a sí mismas, aun a riesgo de aburrir o fastidiar a sus interlocutores. Era un mal común hablar por hablar, como hacerlo para cubrir una necesidad personal. Uno nunca podía olvidar el respeto que se les debe a los demás.

Noel se giró y, apoyándose contra la barandilla del puente, señaló al frente.

—¿Qué opinas de la torre? —preguntó de forma inesperada.

Dos chicas que pasaban en ese momento se volvieron a mirarlo, y es que el atractivo de Noel era innegable. Pero él no pareció percatarse, ya que sus ojos estaban fijos en una construcción de ciento ochenta metros de altura, de color terracota.

—Parece una gigantesca barra de labios —afirmó Eme.

—Es Torre Sevilla, también conocida como «Torre Pelli» en honor a su diseñador, el arquitecto César Pelli. Es el rascacielos más alto de Sevilla.

Eme escuchó las explicaciones y se preguntó cuál era el propósito de la conversación. Con la brisa, el cabello de Noel se agitó y le cubrió los ojos. Aquel día se lo había tomado libre para resolver cuestiones personales, ya que, además de la visita a la comisaría, tenía una reunión programada con su abogada para preparar la demanda por la custodia compartida. Tampoco llevaba el acostumbrado traje de chaqueta con el que administraba los negocios de su hotel, sino unos vaqueros y una sencilla camisa de color azul que contrastaba con su

blanca piel y resaltaba la oscuridad intrigante de sus ojos.

Vio como él se apartaba el pelo con la mano. Era pecosa y tenía dedos largos y finos.

Eme visualizó esa mano sobre su piel y contuvo un escalofrío.

¿Qué le pasaba? ¡Si ella lo odiaba! Debía odiarlo. *Necesitaba* hacerlo.

—Y ahora, ¿de qué va este juego? —preguntó de forma brusca, enfadada consigo misma por atreverse siquiera a ver a Noel como otra cosa que no fuese su enemigo—. Debo regresar al trabajo, señor Vargas.

—Soy el director del hotel y, en consecuencia, tu jefe. Puedes tomarte un par de horas si yo te lo pido, ¿no? —expuso Noel con un tono que a Eme se le antojó pretencioso.

—¿Para pasear, charlar sobre cosas intrascendentes y pararnos a contemplar el paisaje? ¿Soy su empleada o su esclava? —Lo expuso de una manera tan cruda que incluso a ella le dolió mientras lo decía.

Eme reanudó el paso, dejando a Noel atrás. Se giró y vio que, en aquel instante, él arrugaba los ojos. Parecía desconcertado y eso la satisfizo. Sin embargo, unos pocos segundos más tarde, Noel estaba ya a su altura.

—Señorita María Palacios, me alegra saber que es usted una trabajadora responsable. Y eso me confirma en mi decisión. Porque había pensado en ti para acompañarme a un próximo evento que tenemos pendiente. —La expresión de su rostro era divertida y Eme sintió que perdía alguna batalla que ni siquiera sabía que estaba librando—. Sé que eres la persona indicada y no puedes negarte.

30
BIENVENIDOS A NUESTRO HOGAR

> Bienvenidos a nuestro hogar. Les deseamos que tengan una feliz estancia y disfruten de Silleda, de nuestro paisaje y gastronomía.
>
> Estamos a su servicio para atenderles en todo aquello que puedan necesitar.

Silleda era un municipio pontevedrés situado a unos cuarenta kilómetros de Santiago de Compostela por carretera. Había un VTC esperándolos en el aeropuerto y el conductor se mostró muy amable, organizando el equipaje en el maletero y poniéndolos al día sobre la temperatura que los esperaba y la riqueza del paisaje de la comarca del Deza, donde Silleda se integraba.

Durante el trayecto, Noel volvió a sacar a relucir ese don de gentes que lo caracterizaba y el hombre se entusiasmó tanto que solo le faltó invitarlo a su casa en el momento de la despedida.

Recostada contra la tapicería del vehículo, Eme se preguntó cómo se había dejado convencer para llegar hasta allí. Todo se había resuelto en unos pocos días, sin que tuviese opción a lamentarse ni la más mínima posibilidad de negarse a acompañarlo. De alguna manera, y muy en contra de su habitual forma de proceder, se había visto arrastrada a aquel viaje del que esperaba traerse una idea más concreta sobre las debilidades de su jefe.

Al enemigo había que mantenerlo cerca, se convenció a sí misma. Y procuró apartar la vocecilla que le recordaba con fatal ahínco el placer que había experimentado cuando, al ocupar los asientos en el avión, sus brazos se rozaron o la forma en que su sangre se convertía en una lava densa y cálida que se deslizaba peligrosamente por sus venas cada vez que él detenía su mirada melada en alguna parte de su cuerpo.

Tras hacer el *check-in,* cada uno se dirigió a su habitación para soltar las maletas. Noel se sentía extrañamente eufórico, era un viaje de trabajo y no debería tener un motivo especial para ello; de hecho, solían fastidiarle las eternas reuniones, las conversaciones forzadas, aquella sinergia obligada que se establecía entre empresarios cuando se encontraban fuera de casa. Sin embargo, salir de su zona de confort era agradable, y hacerlo con María Palacios como compañía suponía un reto estimulante.

Era un hecho que ya le costaba disimular que le atraía esa mujer.

Y no lo hacía solo de una manera física, sino que le llamaban poderosamente la atención sus comentarios, sus conclusiones, la enigmática mirada con la que parecía analizarlo en todo momento; los denodados esfuerzos por provocar reacciones, su esmerado sentido de la justicia, el modo en que se empeñaba en disimular la pasión que la poseía siempre que un hecho la conmovía. La había visto actuar cada vez que las ancianas necesitaban ayuda o en las ocasiones en las que Candela estaba al borde de un ataque de nervios.

Y admiraba la delicada contundencia con la que había resuelto las situaciones.

Aunque tratara de ocultarlo tras una gruesa capa de aparente dureza, María Palacios tenía un corazón enorme que le ocupaba el pecho de parte a parte. Y ese mismo corazón era el que había conseguido, a base de mostrar sus bondades, poner el suyo a latir bastante a menudo. Era algo inesperado, sobre todo para él. Porque hacía mucho tiempo que había cerrado su vida al amor, decidiendo que la única chica en el universo que podría interesarle era Candela.

Y, no obstante, ahora, cada vez que evocaba los rasgos del rostro de la señorita Palacios, su mirada clara, el perfil de su nariz contra el cielo, la expresión de sus ojos al observarlo mientras hablaba o la forma en que su boca se torcía cuando luchaba por reprimir una sonrisa, se sentía morir.

Era cierto que tenía grandes problemas y demasiados frentes abiertos que requerían de su atención antes de lanzarse a relación alguna. La sola palabra «relación» le producía escalofríos. No había tenido buenas experiencias; María José estaba empecinada en destruirle la vida y ni siquiera tenía un buen motivo que la justificara. Luego estaba Melisa, que había supuesto un desahogo en un momento en el que se sentía frustrado y molesto por lo injusto de su destino. De aquella noche se había arrepentido hasta la saciedad, y estaba pagando caro su error porque a ella le costaba aceptar una negativa y los encuentros, que se producían de forma habitual debido al trabajo, le resultaban cada vez más sofocantes.

¿Cómo iba a pensar en mujer alguna desde cualquier perspectiva que no fuese la de pasar un buen rato y divertirse? Y, a pesar de todo, Eme lo intrigaba e incitaba a profundizar más y más.

Era la primera noche de las cuatro que compartirían en Silleda. Noel leyó la tarjeta que le habían dejado sobre la mesa, junto al cesto con flores y frutas. Era un hombre de detalles y aquel le pareció encantador. Anotó la idea para incorporarla a su propio negocio; hasta entonces, dejaban a los clientes unos caramelos, el típico bolígrafo publicitario y una libretita. No estaría de más añadir un mensaje personalizado e incluso, se dijo, un imán o cualquier otro pequeño objeto relacionado con la cerámica, que era el rasgo distintivo de su

hotel y del barrio en el que este se establecía.

Se dio una ducha, se cambió de ropa y bajó al restaurante, donde había quedado con Eme para cenar. Llevarla hasta Galicia no había sido una treta; realmente confiaba en ella más que en ninguna otra persona en el hotel para llevar a cabo la importante misión de promocionar su actividad. También estaba Mariano, pero él era el más indicado para gestionar el hotel en su ausencia, además de que a Parra le habría costado un disgusto con Martín dejarlo atrás, pues hacía mucho que este le pedía que se tomase unas vacaciones para viajar a alguna parte en familia (o lo que era lo mismo, ambos junto con Atún y Natilla, sus dos perros).

Eme lo esperaba en la entrada del restaurante, nerviosa. Se había quitado el pantalón y la camiseta con los que había emprendido el viaje para sustituirlos por un vestido que realzaba las curvas de su estilizado cuerpo. Noel sintió un pellizco que comenzaba en el estómago y descendía con rapidez hacia una parte bastante comprometida de su anatomía.

Se obligó a serenarse. Quedaban unos cuantos días por delante y muchos momentos; si Eme percibía cualquier actitud extraña, estaba convencido de que todo acabaría antes de empezar. No deseaba perder a una empleada excepcional, pero tampoco a la mujer que despertaba los sentidos que durante años había mantenido dormidos. Necesitaba darse la oportunidad de conocerla y descubrir por qué notaba sensaciones extrañas en el corazón y la piel.

—¿Qué tal está tu habitación? —comenzó preguntando una vez que estuvieron sentados con la carta delante.

—Una pasada. Tiene vistas al jardín y está decorada de forma muy coqueta.

—Sí, la verdad es que este es un hotel precioso. Esperemos que la comida esté a la altura. Me gustaría que estuvieses cómoda —manifestó un poco después tras observar que Eme se removía en su asiento y evitaba sostenerle la mirada—. Debemos aprovechar el tiempo, trabajar, pero también conocernos. Una relación fluida entre los dos ayudará a mejorar el ambiente cuando regresemos. Creo que lo estamos haciendo bien, María —expuso ahondando en sus pupilas ahora que ella había fijado la vista (por fin) en él.

—Estoy cómoda, señor Vargas —aseguró ella, aunque, obviamente, mentía.

—Entonces, ¿por qué no dejamos los formalismos? Puedes tutearme.

—No hace falta. Hablarle de usted es una señal de respeto. Y yo lo respeto.

—Los amigos se tutean —insistió él, ansioso por derribar aquella barrera, la primera de unas cuantas que le impedían llegar hasta ella.

—Pero no somos amigos. Usted es mi jefe y yo soy su empleada.

La obviedad de su conclusión lo obligó a desistir. Se había quedado sin argumentos.

—Sé que antes de venir te has puesto al día sobre la feria. ¿Quieres saber en qué consistirá nuestro trabajo a partir de mañana?

Eme hizo todo lo posible por esquivar los temas personales, pero fue inútil. Tras la primera hora, el ambiente se fue relajando y ella lo hizo a la vez, perdiendo la noción de dónde y con quién se encontraba. ¿Cuánto hacía que no disfrutaba de una velada acompañada por un hombre que le hiciese cosquillear el estómago? Porque cada vez que el dichoso Noel Vargas posaba la vista sobre ella, su cuerpo reaccionaba de modo involuntario.

Se preguntó si debería replantearse su plan. Tal vez ir un poco más allá en su venganza le procurase satisfacción. Era algo con lo que no había contado, sentir esa fuerte atracción por la persona que era el objeto de su ira. ¿Podría utilizar en su favor el hecho de que Noel pareciese también interesado en ella?

No eran imaginaciones suyas; sus gestos, la forma en la que ahora se dirigía a ella, escogiendo cada palabra con sumo cuidado, eran pruebas más que suficientes de que se afanaba por agradarla.

Y Eme llegó a la conclusión de que el hecho de que pareciese que caminara a su alrededor pisando huevos la divertía.

—Tengo mis sospechas sobre quién podría ser —estaba comentando Noel—. Pero no quiero adelantarme. Mientras no existan pruebas fehacientes, prefiero ser prudente.

—¿Ha elaborado una lista de posibles enemigos? ¿Es que se ha ganado el odio de muchas personas en los últimos tiempos?

—¿Hasta el punto de codiciar la ruina del hotel y de todos los que trabajan en él? No creo haber hecho nada tan grave en la vida como para merecerlo —afirmó él. Y Eme pensó que se podía hacer daño de muchas maneras, incluso sin ser consciente de ello.

—La verdad es que María José no parece tener muy buen recuerdo de usted.

Noel la miró como si le hubiese clavado un puñal.

—Ella me acusa de haber querido más a mi hija que a ella. ¿Qué clase de madre tiene celos de su hija?

—¿Por qué no pelea por ella?

—¿Por Candela? Tenemos un juicio pendiente, pero, antes de que ese momento llegue, debo reunir pruebas. No quiero que me tumbe la demanda. No tengo margen de error porque me juego la vida.

La declaración de amor no le pasó a Eme inadvertida. Era obvio que quería mucho a Candela y, por un breve instante, empatizó con él.

—Fue muy duro ver a la niña escuchar las palabras de su madre

tras la puerta. Sentí rabia, vergüenza ajena. —En efecto, Eme había sufrido una mescolanza de emociones que todavía la hacía tiritar de la cabeza a los pies.

—Yo creo que ha perdido el norte. Está tan ciega y sedienta de venganza que se ha olvidado incluso de lo que es. Ni mujer, ni madre. Solo alguien dispuesto a verter todo su rencor en la persona que menos lo merece. Creo que debería mirarse un poquito el ombligo. Culpar a los demás de los propios errores es la vía más sencilla de huir de la culpa. Pero también la más injusta.

Sus palabras golpearon a Eme. ¿Culpaba ella a los demás de sus propios errores? ¿Estaba también ciega a causa de su sed de venganza?

Probablemente, así era, se dijo.

Pero tenía buenas razones para ello y eso justificaba el hecho de que obviara las virtudes que Noel pudiese tener.

31
TURISMO ANDALUZ

El sur, un extraordinario abanico de destinos por descubrir.
Cultura, gastronomía, tradición.
Visita nuestras ciudades y alójate en nuestros maravillosos establecimientos.
¡Una experiencia única te espera!

—Me llamo Aleixo —respondió el chico.

—¡Pues no tienes un nombre muy andaluz! —comentó Eme.

—Soy gallego, me temo que no puedo ocultarlo. Creía que vendría una chica a ocuparse del expositor, pero tu jefe dijo que ella tiene otras tareas que atender, así que me han contratado para publicitar vuestros hoteles durante los próximos cuatro días.

Eme se despidió de él y se marchó a buscar a Noel. La mañana no se estaba desarrollando de la manera en que ella lo esperaba. Se aburría. Hubiera preferido atender el estand; sospechaba que ella podía ser la chica de la que Aleixo hablaba. Por qué Noel había decidido eximirla de la responsabilidad era un misterio. ¿Prefería acaso que estuviera desocupada, paseándose por el pabellón y saltando de sala en sala?

Por fin lo distinguió a lo lejos; charlaba con un grupo de empresarios. Desde la distancia, Noel le hizo un gesto para que se acercara.

—Esta es María Palacios, mi jefa de recepción. —Sintió un regustillo agradable ante la mención, ¿desde cuándo había ascendido? ¿Era una estrategia de Noel colocarla en aquel puesto de trabajo frente al grupo al que se dirigía?

Algunos de los hombres le dedicaron miradas de aprobación. Esa mañana había escogido un vestido largo estampado y una chaqueta a juego en tonos claros que destacaba el color de sus ojos y sabía que le favorecía.

—Cada vez tengo más ganas de visitar su hotel, señor Vargas —comentó uno de los empresarios sonriendo tontamente sin apartar la vista del canalillo de su escote, que se adivinaba tras la tela.

Eme experimentó náuseas. Aquel tipo era un baboso insoportable y ella no pensaba tolerar su comportamiento.

Abrió la boca para replicarle, pero Noel se le adelantó.

—Tendrá que buscar otro alojamiento porque no aceptamos cernícalos ni zopencos, don Bernal.

Los hombres rieron, pero el aludido compuso un gesto ofendido antes de despedirse.

La jornada comenzó a mejorar en el momento en que Noel decidió escoltarla a todas partes.

—Lamento lo ocurrido antes y también haberte dejado sola. Tenía negocios que cerrar y estas reuniones son de todo menos divertidas.

—No te preocupes —respondió Eme, y a Noel no se le escapó el detalle de que hubiese abandonado de repente el tratamiento formal con el que solía castigarlo—. He estado bien, mariposeando por aquí y por allá. Aleixo, el chico encargado del expositor, me ha puesto al día de todas las actividades programadas. Las hay realmente interesantes.

—No sé si «interesante» es la palabra correcta.

Eme lo miró a los ojos con fijeza.

—Dirigir un hotel en la ciudad que a uno lo vio nacer, ¿no es una aventura apasionante?

—No diría que «apasionante» fuese el mejor calificativo para este trabajo, pero es el que me ha tocado en el sorteo de la vida. En vez de lamentarme, procuro sacarle partido a cada día.

Eme lo admiró por ello, aunque sintió lástima.

—Una vez me dijiste que eras capitán de barco.

—Lo fui, pero hace tiempo de eso. Tanto que parece un sueño —comentó con melancolía.

—¿De qué manera ayudabas a la gente de mar?

Noel abrió los ojos. Parecía sorprendido por su interés.

—Pertenecía a Salvamento Marítimo. Estás en contacto con mucha gente: Guardia Civil, pescadores, los trabajadores del puerto. Y luego están los compañeros del barco, que se convierten en tu familia. Es un servicio esencialmente solidario y por eso me encantaba. Ayudar a los demás es lo que más me llena.

A partir de ahí, Noel le relató algunas de las misiones que había llevado a cabo. Los remolques de las embarcaciones que encallaban a causa de las tempestades o de las que sufrían el ataque de las orcas en el Estrecho de Gibraltar. El modo de narrar y la pasión con la que describía cada escena dejaban patente que su corazón se había quedado anclado a ese mar que tanto anhelaba.

Se había puesto triste y Eme sintió una absurda necesidad de abrazarlo. ¿Para consolarlo o para ahogarlo más en ese nudo que se formaba alrededor de su cuello cada vez que se hacía consciente de lo que había perdido?

No lo tenía demasiado claro; su única certeza tras navegar en la profundidad tempestuosa de la mirada de Noel era que, de no mantenerse lejos, podría llegar a ahogarse en ella.

—No solo está para hacerle tres favores; además, es encantador.

—Los hombres pelirrojos me fascinan. ¿Lo habéis visto sin chaqueta?

—Cuando mueve el brazo, se le marcan los bíceps.

—¡Menudo polvazo tiene!

La conversación fue subiendo de tono y las chicas fantasearon con la cantidad de maldades que serían capaces de hacerle al objeto de su deseo.

Muy cerca, Eme aguzaba el oído. Lo que había comenzado como una broma, empezaba a dejar de parecerle gracioso. Noel Vargas desprendía magnetismo y él ni siquiera parecía consciente de ello. Se paseaba de acá para allá estableciendo contactos, anotando en su agenda, ofreciendo a sus potenciales clientes una lección de saber estar y simpatía.

Había prometido mantenerse cerca de ella y así fue durante la mayor parte del tiempo, aunque Eme prefirió en ocasiones observarlo desde la distancia. La intensidad de las emociones que le provocaba su cercanía la abrumaba. El cambio de actitud que él había experimentado hacia ella en los últimos días, también. De sentirse agradecido a pretender convertirse en un amigo mediaba un abismo. Tenía un plan y estaba resuelta a llevarlo a cabo.

Nada de lo que Vargas hiciera la inclinaría a cambiar de opinión.

—Un tipo se estaba poniendo pesado y el señor Vargas me lo ha quitado de encima —relató Aleixo sin ocultar su fascinación. Todos lo adoraban. En cualquier lugar, en cualquier contexto, Noel sabía hacerse querer y Eme llegó a preguntarse si en verdad estaba equivocada y él no tendría un solo defecto.

Había aceptado tutearlo como parte de la estrategia que había diseñado para llevárselo a su terreno. El primer objetivo era continuar acortando distancias. Conseguir que él le regalara su confianza, incluso que dependiese de ella. Así sería más fácil después.

Desde el estand, lo descubrió en el centro de una charla. Esta vez sus oyentes eran los turoperadores. Noel le había explicado que deseaba contratar algunos paquetes con excursiones. Extender su oferta a las playas vecinas o incluso a esas zonas de sierra que no quedaban lejos. Sevilla era una ciudad grandiosa y llena de posibilidades, pero él tenía inquietudes y en su punto de mira estaba ampliar el negocio.

—Quién sabe si en el futuro podamos abrir establecimientos en otras provincias —le había comentado. Parecía soñar a lo grande.

Pero esos sueños tenían fecha de caducidad, se dijo Eme. Porque ella estaba decidida a convertirse en su verdugo.

Desde donde se encontraba, Noel le dedicó una sonrisa. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no devolvérsela.

No había atravesado España para involucrarse en una cita romántica y aquel era Noel Vargas, su acérrimo enemigo, el hombre al


que había decidido odiar por encima de todas las cosas.

32
LONDRES, DOS AÑOS ATRÁS

—Pero no porque ignores el problema este va a desaparecer —le reproché.

Era algo que odiaba de Ángel, el hecho de que tratase de ocultar la realidad bajo un velo de indiferencia. Éramos tan distintos en ese punto que a veces me preguntaba por qué estábamos juntos. Mirar la vida de frente y afrontar las dificultades eran las máximas que conducían mis decisiones en todo momento.

Me di cuenta de que nuestra relación no era tan perfecta como la imaginaba, que tenía sus fisuras. Últimamente, se me antojaba un globo pinchado que empezara a desinflarse.

—Maya, yo quiero ser el mejor hombre para ti. Pero no sé cómo. No puedo. ¡Perdóname! —Se echó otra vez a llorar y yo sentí que me desesperaba.

—Ángel, ya he tenido la suficiente paciencia. Han pasado tres semanas desde que volviste. He querido darte tiempo, pero todo tiene su límite. El mundo no gira a tu alrededor, ¿sabes? Yo también tengo problemas, pero me sobrepongo. Deja de esconderte y sal ahí fuera.

—Debes creerme cuando te digo que lo intento. Pero no me sale. —Volvió a llorar—. Lucho cada día por llegar a ser el hombre que tú necesitas, el que te prometí que sería. Pero lo que siento aquí dentro —se golpeó el pecho— es una losa que pesa demasiado.

Suspiré. Hacía muchos días que escuchaba las mismas palabras y comenzaba a aburrirme. Yo era una chica joven, con ganas de salir y comerme la vida a mordiscos. Pero Ángel me la complicaba con su actitud derrotista.

Le había perdonado el hecho de que hubiese prolongado su estancia en Sevilla por cinco semanas. Debería haber regresado en cinco días, pero nunca llegó a tomar ese vuelo. Lo esperé en el aeropuerto durante horas. Tenía un oscuro presentimiento; Ángel no me había llamado ni respondía a mis mensajes desde que se fue. Volví a casa, preguntándome de qué iba aquello. Estaba molesta, pero decidí darle su espacio y aguardar a su regreso para hacérselo saber. Él lo había dejado todo por mí y el reencuentro con su familia suponía una dura prueba que superar. Era muy consciente de que le afectaría, aunque nunca sospeché que lo hiciera hasta el punto de abandonar todo lo que llevábamos años construyendo.

Porque Ángel no solo se olvidó de mí, también faltó al compromiso que tenía con su trabajo. Y en aquel momento pagaba las

consecuencias, pues, además de haber abierto una brecha en nuestra relación de pareja, se había quedado en paro.

Al principio, lo había pagado conmigo, mostrándose irascible y culpándome a mí de todos sus males. Parecía esforzarse en castigarme y ofrecía respuestas crueles a mis preguntas. Como si desease hacerme daño a propósito. Hasta el gesto de su rostro había cambiado y a menudo me parecía que su cara se desfiguraba al hablarme.

Aunque estaba cerrado en banda y se negaba a hablar sobre ello, yo sabía que algo muy grave debía de haber ocurrido durante el tiempo que había pasado fuera, en Sevilla.

—Te arrepientes, ¿verdad? De haberte casado conmigo. De conocerme.

—No te pongas dramático, Ángel. Tú eres el que has provocado esto. Te has pasado cinco semanas incomunicado, sin dar señales de vida. Y regresas hecho un auténtico despojo. ¡Yo te echaba de menos! Lo mínimo que podrías haber hecho es preguntarme cómo estaba.

Terminaba siempre suplicando que lo perdonara, arrodillado a mis pies.

—No me dejes, Maya. Tú eres mi todo.

—¡Pero yo no quiero serlo! Solo aspiro a ser esa persona que camina a tu lado.

Notar la dependencia que tenía de mí era sentir que el lazo que me oprimía la garganta se apretaba en torno a ella. Apenas podía soportarlo.

Con el paso de los días, la tristeza, la ansiedad y la sensación de vacío persistían y yo no podía hacer nada por él. Era una espectadora en una obra terrorífica y no encontraba las armas para cambiar el curso de los acontecimientos. Auguraba un final aciago donde nuestra separación era inminente. Mientras él asumía que su salvación dependía de mí, yo sentía que no quería esa responsabilidad.

Se me podría acusar de frívola y recordarme que el compromiso que habíamos adquirido me obligaba a mantenerme fuerte y a su lado. Pero nadie que no haya convivido con una persona depresiva puede juzgarme. Porque yo deseaba ayudarlo, pero él no se dejaba. Los días pasaban y él se mostraba cada vez más hundido. Apenas comía; pasaba las horas encerrado, tirado en la cama en medio de la oscuridad.

—Me siento inútil —solía decir. Había perdido la energía y las ganas de vivir.

Otras veces, se mostraba inquieto. Tenía pensamientos sobre la muerte y amenazaba con autolesionarse. En la rutina yo encontraba un respiro, aunque me iba al trabajo sumida en la angustia, temerosa de regresar y encontrármelo herido.

Esto empezó a afectarme hasta el punto de que yo también me

sentía nerviosa, impaciente. El amor es fortaleza, pero también puede ser debilidad. Y yo me notaba más vulnerable cada día.

—Tal vez debería haber aceptado lo que mi familia me ofrecía —comentó una vez.

Aquel fue el comienzo de una tanda de reproches. Le pedí que se fuera, que regresara con ellos.

—Soy la oveja negra de la familia. El hijo descarriado. ¿Cómo iban a aceptarme de vuelta? Ni siquiera estuve cuando mi madre, agonizando, me llamaba.

—¡Pero eso no es culpa tuya!

Estaba enredado en una espiral de culpa y desesperanza.

Una tarde, me armé de valor y marqué uno de los números de teléfono que encontré en su agenda. Pertenecía a uno de sus hermanos. Estaba dispuesta a rogarles, a hacer lo que fuera necesario para que le devolvieran la confianza.

Hasta a renunciar a él.

—Pero está mal. Está realmente enfermo y necesita ayuda —expliqué tras plantearle la situación y pedirle que lo visitaran o, al menos, que hablaran con él, que le dijeran cuánto lo querían y que no lo culpaban de nada de lo ocurrido.

—Tú eres su mujer, ¿no? Ahora debes encargarte de él. En la salud y en la enfermedad —expuso la voz al otro lado con suma frialdad.

Por favor, yo no puedo hacerlo sola…

—Él ha escogido quedarse ahí, contigo. No podemos hacer nada.

Quería gritarle, pero había cortado la comunicación.

Y lo único que se me ocurrió fue liarme a patadas con una papelera.

Aquella noche terminé durmiendo en la comisaría.

33
TE ESPERO EN EL VESTÍBULO

Si todavía estás vestida, me gustaría reunirme contigo.
Te espero en el vestíbulo en diez minutos, necesito comentarte algo.

Después de tres días a tope en el Salón Turístico creando alianzas comerciales, sondeando al público, promocionando y reforzando la marca, llegó la última noche. Eme había sufrido dos horribles decepciones: la primera, al ser convocada a una cena «de equipo», cuando hubiera preferido que la velada se desarrollase en la intimidad, a solas con Noel; la segunda, al comprobar que una de las comensales era la engreída y desagradable Melisa Campanello, que no había escatimado las ocasiones para acercarse a Noel, por una parte, mientras por la otra deslizaba comentarios en contra de Eme.

Melisa parecía tener el don de la ubicuidad, pero, sobre todo, una capacidad por encima de lo común para ofender sin que se le notara ni perder la compostura. Más de una vez trató de poner a Eme en ridículo y ambas mantuvieron un duelo dialéctico del que Eme logró a duras penas escapar indemne. Era una mujer atractiva que los envolvía a todos en su conversación y coqueteaba lo justo para mantenerlos interesados. Aunque no ocultaba que su principal objetivo era Noel, al que trataba de encandilar con todas las herramientas a su alcance: su mirada felina, un vestido que se le adhería a las caderas, cuyo escote dejaba poco espacio a la imaginación, y una estrategia basada en retarlo constantemente mientras le demostraba, acaparando la atención del resto del sector masculino, que ella era el plato más apetitoso de la mesa.

Gracias a Aleixo y otros chicos, blogueros en su mayoría, aunque también profesionales, formadores y empresarios del sector, Eme consiguió a duras penas superar dos horas y media de charla, intercambio de impresiones y bromas.

Cuando la cena hubo concluido, se despidió de todos y decidió encerrarse en su habitación. No le apetecía seguir viendo como Melisa hacía hasta lo imposible por despertar el interés de Noel; hasta toquetearlo, a pesar del rechazo que él parecía mostrarle.

No se planteó en ningún momento que fuera una cuestión de celos. «A ninguna mujer le gusta perder frente a otra», fue la conclusión a la que llegó finalmente, tras desplomarse sobre el colchón, enfadada. Había imaginado otra clase de noche. Una en la que pudiese avanzar en su conquista. Porque Noel Vargas debía ser

suyo de cualquier forma. Quería llevarlo hasta el cielo para estrellarlo contra el suelo después. Saboreaba el instante en que él se rindiera a sus encantos. En el que la estrechara entre sus brazos y le susurrara cuánto la necesitaba y quería.

De esta manera pasaron unos treinta minutos. Iba a quitarse la ropa cuando recordó que le faltaba agua. Así que salió al pasillo para hacerse con una botella. Había allí unas máquinas expendedoras que tenían un poco de todo.

Lo que vio le heló la sangre: Noel se dirigía hacia su dormitorio, seguido muy de cerca por Melisa. Noel no se percató de su presencia; en cambio, Melisa advirtió que no estaban solos. Dejó que Noel se adentrara en la habitación y se quedó rezagada un momento. Se giró y cruzó la mirada con Eme.

En sus ojos, podía leerse la palabra «triunfo».

Noel no daba crédito a lo que acababa de ocurrirle. Melisa había llegado demasiado lejos. Esta vez, metiéndose en su dormitorio sin recibir una invitación con la esperanza de repetir una noche que él deseaba precisamente olvidar. No fue agradable, incluso tuvo que usar palabras que no le habría dedicado ni a su peor enemigo. Pero deseaba alejarla para siempre, amén de castigarla por su inapropiado comportamiento en la mesa.

Melisa le había lanzado una horrible amenaza antes de marcharse, aunque poco le importaba a él después de haber logrado la soledad que necesitaba para ordenar sus ideas. Le había costado admitirlo, pero ya no podía negárselo por más tiempo: la joven y enigmática María Palacios significaba mucho para él. Cada uno de los insultos que Melisa le había dedicado se le había clavado en la piel igual que un dardo envenenado.

Para evitar males mayores, había contenido las ganas de ponerla en su sitio y hasta simuló haber caído en su red; luego, en el instante justo en que Melisa esperaba coronar la faena, le asestó el golpe definitivo, ese que supondría un daño para su ego imposible de superar.

—Me das asco —le había asegurado—. No me hace gracia la manera en la que tratas a los demás. A partir de hoy, abstente de contactarme. Vamos a limitar nuestra relación al ámbito de lo profesional.

Había logrado desquitarse y restituir el honor de la señorita Palacios como el caballero que anhelaba ser; no obstante, también se había ganado el odio de Melisa, que lo perseguiría por toda la eternidad.

Si todavía estás vestida, me gustaría reunirme contigo.
Te espero en el vestíbulo en diez minutos, necesito comentarte algo.

Eme dio un salto en la cama al leer aquel mensaje. Era de Noel y terminaba con un emoticono de dos manos en posición de rezo. Corrió al baño para asegurarse de que el maquillaje estaba perfecto, se peinó el cabello y se puso brillo en los labios.

Por suerte, aún no se había deshecho de la ropa. Con el pantalón negro de lino y la camiseta de topos, se sentía a gusto. Se calzó las sandalias y salió, ignorando el pellizco que le constreñía la boca del estómago.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que vio a Noel y a Melisa entrar en la habitación? ¿Cinco, diez minutos?

La entrevista que debían de haber mantenido se le antojaba demasiado breve como para significar cualquier cosa que no fuese una conclusión en favor de sus intereses, determinó plena de satisfacción.

El encanto de Silleda los envolvió apenas se adentraron en las calles del pueblo. La riqueza del entorno y la magia misteriosa de la preciosa Galicia contribuyeron a que el paseo se convirtiera en la excusa perfecta para disfrutar de su mutua compañía.

Noel se sentía nervioso, aunque lo atribuyó a la cantidad de cosas que tenía en mente, y no a la cercanía de María Palacios; ella, por su parte, notaba que se estremecía cada vez que él apoyaba la mano en su brazo para conducirla a alguna parte o cuando, después de uno de sus comentarios, él sonreía, pero se convenció de que su reacción se debía al frío. Era una noche fresca y la camiseta apenas le cubría los hombros.

Al verla temblar, Noel se deshizo de su chaqueta y se la colocó por encima.

—El ejercicio me ha entonado los músculos y estoy acalorado —mintió cuando ella protestó por el gesto.

No deseaba que el paseo terminase nunca y, a la vez, anhelaba afrontar el siguiente paso, ese que tanto miedo le daba por la posibilidad de un rechazo. Ya estaba harto de negarse el amor; su fracaso con María José era cosa del pasado. Ahora deseaba crear un futuro y, si era o no junto a María, solo el tiempo lo diría.

—He pasado unos días estupendos. No es la primera vez que asisto a la Feria, pero nunca la había disfrutado tanto —confesó, buscando la mirada de ella.

—Yo también he estado muy a gusto. —Estaban de vuelta en el hotel, en el jardín de entrada. Noel se resistía a dar por concluida la noche y encadenaba un tema tras otro; sus viajes a bordo del buque, las anécdotas relacionadas con el hotel, los detalles de los dibujos de Candela… Cualquier chorrada con tal de prolongar aquel momento.

Había un banco con cojines frente a una mesita baja de madera. Noel propuso que se sentaran allí. Eme aceptó y él lo interpretó como

una respuesta afirmativa a la propuesta que colgaba suspendida en el aire desde la primera vez que, mirándola a los ojos, la vio como solo un hombre puede ver a una mujer.

—Tengo un código ético y jamás me lo salto —expuso tras colocar su mano sobre la de Eme y percibir la corriente de energía que se establecía entre los dos—. Las mujeres me han hecho demasiado daño y me había prometido a mí mismo que la única chica que tendría cabida en mi vida sería mi hija—. Pero no sé lo que me pasa contigo, no me lo explico, María Palacios.

Ella se mojó los labios y a Noel lo asaltó una oleada de necesidad. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer y su cuerpo ardía en deseos.

—No se trata solo de atracción física; lo que experimento cuando te tengo cerca va mucho más allá de eso.

Eme dejó que le acariciara la mejilla. Ella también lo deseaba, con una furia difícil de contener que le cabalgaba las venas como un caballo impetuoso. Aproximó el rostro y lo besó. Sus labios se unieron y, por un instante, Eme sintió que era transportada a un mundo paralelo donde nada importaba más que el olor de su piel, su aliento, el sonido intermitente de su respiración.

Pero era demasiado pronto para rendirse. Así que se apartó de él y, musitando una disculpa, se despidió para regresar a su habitación.

El juego acababa apenas de comenzar.

34
PESCADO PODRIDO

> MOTIVO DE LA RECLAMACIÓN:
>
> El ceviche llevaba el pescado podrido. Nos ofrecen otro plato a cambio y no aceptamos porque hemos venido a este restaurante para probar el ceviche, que tiene fama.
>
> El camarero trae la cuenta y descuentan el pescado, pero nos cobran la carne, las bebidas y los postres. Deberían habernos compensado regalándonos el almuerzo. Nos vamos muy decepcionados. No repetiremos.

—¿Cómo que el pescado está pasado?

Noel enfrentó a Edu, el jefe de cocina. Aquel día se le estaba haciendo cuesta arriba. Habían pasado cuatro desde que volvieran de Galicia y el hotel parecía un circo: problemas con la línea de internet, que se había caído durante horas; problemas con los clientes; problemas en la cocina.

Y ni siquiera había tenido tiempo de enfrentar a María y preguntarle cómo se sentía.

Tampoco había surgido la oportunidad en el viaje de vuelta. En el avión coincidieron con algunos de los participantes de la Feria y a Noel no le pareció el contexto más apropiado para abordar el tema.

Cabían unas cuantas interpretaciones en torno a su huida, aunque la experiencia sugería que elucubrar y llegar a conclusiones nunca es sano. Prefería aguardar a que fuese ella misma la que le explicase en qué punto estaban sus sentimientos. Él tenía los suyos claros; su corazón despertaba de un largo sueño y le exigía que profundizase en las sensaciones.

Y estaba dispuesto a hacerle caso.

Edu sudaba y no era a causa del calor porque, si bien faltaba menos de una semana para inaugurar el verano, hacía bastante fresco. Era un junio raro; habían tenido episodios de lluvias inesperadas y la temperatura oscilaba de tal manera que resultaba imposible acertar con la ropa. El tiempo estaba tan loco como su corazón.

—Jefe, no sé qué puede haber pasado. Y no es capricho de un cliente; los platos vienen devueltos de diferentes mesas. Yo mismo comprobé esta mañana que las piezas eran de la mejor calidad. Marinamos el pescado y estaba en reposo en el refrigerador. La mezcla estaba preparada, las chicas eran las encargadas de combinarla con el pescado.

Noel se acarició la barbilla donde el pelirrojo de su pelo adquiría un tono más anaranjado.

—Cámbiales los platos por la lubina y no les cobréis la comida. Hoy invita la casa.

—Pero, jefe, la lubina es mucho más cara…

Noel arqueó una ceja. La conversación se daba por terminada. Era un hombre de soluciones y, una vez tomaba una decisión, no reculaba.

—La cosa está chunga, hermano —lo interceptó Guille en su camino hacia la recepción donde esperaba encontrar a María Palacios —. Hay una mano negra que está haciendo lo posible por jodernos la vida. Primero, las reseñas; después, la línea de internet y ahora la comida. Yo creo que deberíamos poner a alguien a vigilar.

—¿Quieres que contratemos a un detective para que investigue si hay alguien perjudicando el negocio? ¡Has visto muchas películas, Guille!

—Tú no me hagas caso, pero ya te lo advierto, Noel: aquí pasan cosas raras. —Se acercó a él y le susurró al oído—: Y todo comenzó cuando llegó esa chica.

Noel notó que su cuerpo entero se rebelaba. Un estremecimiento lo recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Te refieres a Eme? —Guille asintió—. No digas tonterías. —Pensó en la cantidad de veces que María Palacios los había ayudado a solventar situaciones: con los clientes, en el comedor o la terraza; hasta en los asuntos personales, como aquellos referidos a Candela. Y ¿qué podía tener ella contra el hotel? Era absurdo y no podía siquiera tolerar una sospecha.

—A mí también me parece simpática. Aunque un poco rara —continuó pinchando Guille—. ¿Por qué le cuesta tanto hablar de sí misma? Lo he intentado, pero se cierra como una concha cuando se le pregunta por sus cosas —anotó Guille.

Noel quiso rebatirle, pero el comentario de su hermano lo había dejado fuera de juego. En los segundos que siguieron, repasó mentalmente las conversaciones que había mantenido con ella. Se dio cuenta de que no sabía nada sobre su pasado, sobre su vida antes de aparecer en el hotel. Solo que había estudiado fuera y que cumplía con sus funciones de forma magnífica. Habían charlado mucho en los últimos días, pero de cuestiones superficiales. Ella sí se había interesado por sus preferencias y él no había dudado en admitir que echaba de menos su vida en el mar. Le había ofrecido detalles sobre la clase de relación que mantenía con su exmujer. Hasta sabía que tenían un juicio pendiente por la custodia de su hija y que él reunía pruebas para arrebatársela.

La duda le corroyó la voluntad por un momento. Ciertamente, María Palacios era todo un misterio. Sin embargo, de ahí a que hubiese llegado con el propósito de destruirlos mediaba un abismo.

—Quizá no le apetece hablar contigo. No todas las mujeres caen

rendidas a tus pies, Guillermo Vargas —concluyó.

Guille sonrió con picardía.

—Si lo que crees es que te digo esto porque he intentado ligar con ella y me ha rechazado, te equivocas. Eme es muy mona, pero no me siento tentado a conquistarla. Tengo una chica. Aún no os la he presentado, pero me gusta mucho.

—Enhorabuena, hermano. —Le palmeó la espalda—. Lo digo en serio. Y espero que esta vez no metas la pata como la última vez. Esa vida disipada que llevas te puede traer problemas. Sería estupendo que sentaras de una vez la cabeza.

Se dio la vuelta, pero Guille lo detuvo.

—Voy a tener mis ojos puestos sobre ella —amenazó—. A mí también me gustaría que tú sentaras la cabeza. Que encontraras a alguien bueno, que te merezca. —Le guiñó un ojo—. No te fíes de cualquiera, ¿vale?

Noel lo dejó atrás, pensando en que su hermano no era tan despistado e indiferente como aparentaba. Definitivamente, parecían importarle los negocios familiares, pero, sobre todo, se preocupaba por las personas que quería y eso hablaba en su favor.

Sonrió mientras se dirigía a la recepción. Guille había madurado —aunque estuviese algo paranoico— y eso lo hacía feliz. Pero ahora le tocaba encargarse de sus propios asuntos.

Eme estaba detrás del mostrador, atendiendo a unos clientes. Esperó hasta que hubo terminado antes de acercarse a ella.

—No te he visto mucho en los últimos días —comenzó—. Y creo que tenemos una conversación pendiente. —¿Lo rechazaría María en aquel instante? ¿Se habría arrepentido de lo ocurrido en Silleda y decidido alejarlo para siempre?

La duda lo mantuvo sin respiración mientras aguardaba. Había dado el paso definitivo. Se lo había jugado a todo o nada.

Eme le sostuvo la mirada unos segundos y él tragó saliva.

—Es cierto, deberíamos hablar. —La expresión de su rostro no revelaba intención alguna. ¿Era un sí o un no? ¿Aceptaría la propuesta que Noel deseaba plantearle?

Creyó que le apretaban un nudo en torno a los pulmones. Le faltaba el aire.

—¿Te parece que quedemos esta noche? Podemos ir a cenar a un sitio que conozco. Te gustará.

—Esta noche estoy libre —aseguró Eme.

Y a Noel el corazón le dio tres volteretas en el pecho.

Tenía una cita con María Palacios que podía suponer el principio de algo.

No planearía. No diseñaría estrategias.

Solo se dejaría llevar por lo que la piel le dictara.

35
TAL VEZ

Tal vez la próxima vez…

Cuando comenzó a arreglarse para salir a cenar con Noel no sospechaba que la noche terminaría de la manera más inesperada para ambos.

La meteorología amenazaba con convertirse en una ciencia compleja; si aquello no era atribuible al cambio climático, ella era una marcianita en cualquier otro planeta del espacio sideral. Las lluvias, que habían comenzado unas horas atrás, se habían vuelto torrenciales desde hacía un rato.

Eme salió al corredor y se asomó al patio; el agua corría de un lado a otro y sus vecinas, aquellas dos ancianas temerarias, trataban de achicarla con unos cubos.

Rancio estaba encaramado a la mesa y maullaba con desesperación.

—¿Se han vuelto locas? ¿Es que no ven el peligro al que se exponen?

Sus gritos llamaron la atención de las francesas que abrieron la puerta de su apartamento y salieron también.

—¡Tengo miedo! —exclamó Nicole—. No me gusta la lluvia.

—¡Venid a echar una mano! —chilló Espe—. El agua está subiendo y viene llena de barro. Hay que salvar el mobiliario.

—¡Son ustedes las que deben ponerse a salvo! —insistió Eme—. Pueden caerse o pillar un resfriado, ¡hagan el favor!

Terminaron todas en la planta baja, haciendo lo posible por agrupar las sillas, las macetas y otros enseres en la escalera. La familia que vivía en el segundo izquierda también echó una mano. Solo faltaba Lope, que estaba trabajando.

Las horas pasaban sin que el temporal amainase. Esperanza consolaba a Rosella, que lloraba sin parar. El agua había penetrado en sus apartamentos y alcanzaba ya unos cuantos centímetros de altura. Todos sus muebles, sus objetos personales, estaban empapados.

Eme dejó de pensar en sí misma y se volcó en ellas. Las convenció para que desistieran de recoger agua. Nicole y Amélie se las llevaron a su apartamento y se ocuparon de secarlas y les prestaron ropa y zapatos para que se cambiaran mientras esperaban a que todo se resolviese.

Entretanto, Eme le puso un mensaje a Noel explicándole la

situación. Él se ofreció a colaborar, pero había alerta roja decretada y aconsejaban evitar salir con los vehículos a la carretera. Eme rechazó la ayuda y pospusieron la cena para otro día. Al día siguiente, le dijo él, llegaba Candela, que pasaría unos cuantos días en Sevilla. De modo que la cita tendría que esperar. Pero las circunstancias mandaban y la prioridad de Eme en aquel momento era recuperar la normalidad en el patio de vecinos; cubrir las necesidades básicas de las ancianas y darles tranquilidad y algo de cariño.

Se reunió con el grupo que contemplaba con resignación el espectáculo desde un asiento de primera fila en el apartamento de las francesas. Todos estaban allí: Esperanza, Rosella, la familia Ordóñez al completo, Eme y las chicas.

—He llamado al propietario y este, al seguro —comunicó la señora Ordóñez—. Pero dicen que no pueden hacer nada. Tienen un montón de partes de incidencias.

—De estas cosas se ocupa el Consorcio de Compensación de Seguros —aportó su marido—. Debemos presentar una reclamación para que vengan a peritar los daños.

—¡Ay, madrecita de mi alma! —exclamó Rosella—. Mis cuadros, mis álbumes de fotos… Mis recuerdos.

—¿Y qué coño importan los recuerdos? ¡El presente es lo que hay que vivir, mastuerza! Ni siquiera el futuro. Si nos quedan dos telediarios, ¿para qué preocuparnos por esas fotos antiguas? —la regañó Espe, dándole un pellizco que hizo reaccionar a su amiga.

—¡Esperanza!

Las dos tenían un aspecto cómico vestidas con la ropa de las chicas, el cabello alborotado, los ojos hinchados a causa del llanto —en el caso de Rosella— y las gafas mal colocadas sobre la nariz —en el de Esperanza—. A Eme le dieron ganas de reír.

Y es lo que terminó haciendo.

—¡Mírala qué divertida está! —le reprochó Esperanza—. Como el agua no te ha mojado la casa como a nosotras, te parece gracioso, ¿verdad? —La miró de arriba a abajo—. ¿Y a dónde ibas tan mona, a pescar?

La risa de Eme era contagiosa y todos estallaron en carcajadas, recostados en las camas, hasta el punto de olvidarse de que, más allá de las ventanas, la lluvia arreciaba.

Luego pasaron un buen rato charlando sobre las inundaciones que, en tiempos pretéritos, asolaron el barrio. Las ancianas contaron que sus padres vivieron algunas muy notables.

—Mi madre era una niña cuando el agua subió casi ocho metros sobre el nivel del suelo. Fue en 1812 —contó Esperanza.

—El río crecía y se desbordaba por la fuerza de la corriente. Hasta que construyeron la esclusa, estuvimos muy expuestos —explicó

Rosella.

La tarde había resultado agotadora y los bostezos se fueron encadenando. Descansar se convirtió en una prioridad. Así que se hizo el reparto de habitaciones: Rosella y Esperanza compartirían el apartamento con las francesas mientras que Eme se haría cargo de Rancio. Aunque Rosella se atrevió a proponer que le hiciera hueco en su casa, ella se negó. De ninguna manera estaba dispuesta a ofrecer alojamiento a una de sus vecinas. Aquella vieja cotilla era una descarada y era obvio que no había abandonado el objetivo de meter la nariz en sus asuntos, se dijo.

Pero el único invitado a compartir sus secretos era Rancio que en aquel momento introducía el hocico en los zapatos que Eme tenía expuestos en el vestíbulo. Si el gato se preguntó qué hacían allí, eso jamás lo sabremos. Tampoco mostró demasiado interés en ellos, ya que, tras pasear su rasposa lengua por el interior, decidió que pelarse con el paraguas que descansaba cerca era un entretenimiento mucho más interesante. Tras unas cuantas fintas, dejó atrás la entrada de la casa para caer rendido junto al sofá.

Solo de madrugada cesó la tormenta, aunque para entonces el daño estaba ya hecho. Ninguno de los habitantes del patio de vecinos esperaba la sorpresa que les deparaba el nuevo día: el patio debía ser desalojado, pues las estructuras del edificio se habían visto dañadas por el efecto de la lluvia.

Y mientras se realizaban los trabajos de reparación, que durarían como mínimo una semana, todos deberían buscarse un nuevo acomodo.

36
LA VISITA DE LOS COCODRILOS

> (…) y ya se escuchaba a algunas ranas croar. De alcanzar la segunda, se esperaba la visita de los cocodrilos.

—¡Gatito malo! Te he dicho que tienes que estarte quieto para que yo pueda dibujar tu retrato.

Como si hubiera entendido la regañina de Candela, Rancio agachó la cabeza. Cuando volvió a levantarla, sus labios estaban estirados en un gesto que era lo más parecido a una sonrisa pícara que Eme había contemplado en su vida.

Un maullido.

Otro.

Y otro más.

Candela terminó por abandonar el escritorio donde estaba sentada y, en unos cuantos pasos, se había colocado junto a Rancio. Le golpeó la cabecita con un dedo.

—Si quieres una chuche, pórtate bien. Apenas acabamos de comenzar y ya me estás dando demasiado trabajo.

—¿Por qué no os tomáis un descanso? —sugirió Eme—. Podríamos salir a merendar. ¿Te gustan las tortitas?

A Candela no le apasionaban las tortitas, aunque sí le resultó atractiva la idea de merendar en la calle.

—Te vamos a dejar solo un rato —anunció apuntando hacia el gato—. Ese será tu castigo y espero que a mi regreso hayas reflexionado —dijo esto forzando la voz y Eme se preguntó si no estaría imitando a alguien. ¿Tal vez a su madre?

Rancio la miró de hito en hito. A la vista estaba que un poco de tranquilidad no le iría mal. Desde hacía dos horas, había soportado que le colocasen un sombrero, cuatro pares de zapatos, dos diademas y un tutú de color morado. Toda paciencia tiene un límite, hasta la gatuna, y Eme temía que llegara el momento en que Rancio sufriese un ataque de rebeldía.

Sintió que volvía a respirar una vez fuera del piso de Noel. Todo había sucedido de una forma tan precipitada que no había tenido tiempo de asimilarlo. No había despuntado el alba cuando Noel llegó al patio de vecinos. En aquel momento, evacuaban a las ancianas. Esperanza pasaría los siguientes días en la casa de una amiga que fue también su compañera de trabajo y acababa de quedarse viuda; a Rosella la esperaba Carmen, su hija. Rancio no estaba invitado, pues

Carmen aseguraba que su hijo era alérgico al pelo de gato. Aunque no había decidido dónde quedarse y cuidar del animal podría complicarle la búsqueda de una habitación en cualquier otra parte, Eme se ofreció a llevarse a Rancio consigo. Rosella, que no había parado de llorar desde la tarde anterior, le agradeció el gesto regalándole una brillante sonrisa.

—De todas formas, ese gato es un poco tuyo —expuso mientras Eme lo sujetaba entre sus brazos—. Desde que llegaste, pasa más tiempo en tu apartamento que en el mío.

—Ella es más guapa y más joven que tú —zanjó Esperanza—. Es lógico que todos la quieran más que a ti.

Ni en las situaciones más comprometidas perdía su sentido del humor ni la capacidad de hacer que los demás olvidasen sus problemas. Porque, a partir de ahí, ambas se enzarzaron en una disputa dialéctica que solo concluyó al irrumpir en escena Noel.

—¿Cómo están mis niñas de Alfarería?

Hasta Eme sintió ganas de lanzarse a sus brazos —cosa que habían hecho las ancianas sin dudarlo— al comprobar cómo las palabras de aliento que les dedicaba recomponían los pedazos.

—Cualquier tristeza hay que echarla *pa fuera* con un hombre como tú cerca —manifestó Esperanza tras escucharlo—. ¿Dices que podemos ir a comer a tu restaurante siempre que queramos durante estos días?

—¿Gratis? —matizó Rosella, por si las moscas.

—Tengo el hotel lleno y no hay habitaciones disponibles. De no ser así, todos ustedes estarían invitados a quedarse con nosotros —expuso—. Así que alimentarlas es lo mínimo que puedo hacer para ayudar.

—También puedes hacer otra cosita —dijo Esperanza—. Puedes llevarte a la niña contigo, que es la única que queda por colocar. Seguro que te sobra espacio. Porque vives solo, ¿verdad? —Sus ojos se abrieron a la vez que sus cejas se movían de arriba abajo de modo intermitente. Con lo exagerado del gesto, las gafas se le resbalaron y a punto estuvieron de caer al suelo.

Eme apretó los dientes ante tamaño descaro. Sentía una horrible vergüenza. Era cierto que solo quedaba ella por acomodar. Las francesas se habían marchado más temprano al piso de unas amigas de la academia; la familia Ordóñez se instalaría con la abuela y Lope, que aún no había vuelto de su turno, había comentado que su hermana y su cuñado le harían un hueco.

—Por supuesto que María puede venirse a casa —respondió Noel sin pensarlo y Eme sintió que su corazón reía como loco y era incapaz de latir a un ritmo normal.

—¿María? —preguntó Rosella.

—Venga, tira, que Carmen se está impacientando —la apuró Esperanza—. Y por aquí ya está todo resuelto, ¿verdad? —planteó con una sonrisita traviesa.

Las ancianas habían vuelto a ganarle la partida, aunque esta vez agradecía que se hubiesen salido con la suya porque no imaginaba un mejor lugar para alojarse.

El destino favorecía de nuevo sus planes.

Afortunadamente, también le daba un respiro, ya que convivir con Candela se le antojaba una tabla de salvación en medio de la tempestad que se había desatado en su interior. Porque deseaba y a la vez la aterraba la perspectiva de compartir la intimidad de Noel.

—Pero recuérdame por qué estás aquí —insistió Candela, devolviéndola a la realidad.

A Candela le encantaba escuchar historias. Y demandaba los detalles; cuanto más truculentos fueran, más disfrutaba del relato.

—… y llovía tanto tanto tanto que tuvimos que inflar la barca que usamos en verano para la playa, subirnos encima y remar para poder atravesar el patio.

Candela batió las palmas.

—¡Qué guay! ¡Cuéntame más!

—El agua casi llegaba a la primera planta y ya se escuchaba a algunas ranas croar. De alcanzar la segunda, se esperaba la visita de los cocodrilos.

—¡Me encanta, no pares!

La merienda se había convertido en un cuentacuentos. Candela le pidió a Eme escribir la historia y ella anotó cada palabra en el cuaderno de dibujo que la niña llevaba siempre con ella.

—Voy a añadirle los dibujos, ¿vale? Será nuestra primera historia juntas. —Un brillo muy especial había anidado en sus ojos, que la miraban con expectación.

Eme vaciló mientras rumiaba una respuesta. «La primera historia», ¿adelantaba una segunda, una tercera e incluso una lista infinita de ellas?

Un ramalazo de placer se extendió por su cuerpo. Pero no podía comprometerse en una causa cuando tenía la certeza de que no podría cumplir con ella.

—Termina el batido, Candela. Tu padre está a punto de regresar y deberíamos volver a casa.

La pequeña agitó la cabeza y su pelo rojizo levantó una bocanada de aire. Luego frunció el ceño y a sus ojos asomó esa mirada que le era tan característica. Durante unos segundos, la taladró con ella. Y el abismo que se adivinaba en el fondo la trasladó hasta otro lugar y hasta otro momento. Contuvo un suspiro.

Aquel único cuento y sus dibujos era todo lo que Eme podía

ofrecerle por el momento. Una cosa era engañar a un adulto (y con un motivo justificado) y otra mentirle a una niña inocente.

El tiempo se había agotado y, con él, las excusas. Era el momento de regresar al piso. Temía abrir la puerta y empaparse otra vez de su olor, descubrir cada uno de los detalles que conformaban su intimidad; absorber con sus sentidos todo cuanto concretaba su esencia.

Temía sentirse demasiado contenta por el hecho de verse obligada a permanecer allí, cerca de él.

Porque no podía sentirse bien. No tenía derecho a esa felicidad.

Ninguno de los dos lo tenía.

37
LONDRES, UN AÑO Y OCHO MESES ATRÁS

Había salido un poco más tarde del taller, pues Madame Purpurina no estaba satisfecha con los últimos patrones y tuvimos una reunión urgente. Una vez fuera, me apresuré a regresar a casa. Le había enviado unos cuantos mensajes a Ángel explicándole que iba a demorarme y el motivo, pero no había recibido respuesta. No me pareció raro, ya que él se mantenía en aquel estado de negación y tristeza que tanto nos afectaba a los dos. Había perdido el interés por todas las cosas y apenas se comunicaba, ni verbalmente cuando estábamos juntos ni por teléfono cuando yo me iba a trabajar, que era la única actividad más allá de cuidarlo que me permitía.

Los últimos meses habían sido una auténtica montaña rusa de emociones; mi corazón se había resquebrajado multitud de veces y me había dejado el pellejo tratando de ayudarlo a salir de su depresión. Me dolía y me enfadaba verlo dejar pasar las horas sin hacer nada. Incluso recurrí, sin que él lo supiera, a ayuda profesional. Necesitaba que alguien ajeno a nuestra relación me aportara las herramientas para mantener la calma. Los estados de ánimo de Ángel variaban de manera continua y pasaba de la irritabilidad, la frustración, el enfado a las ganas de llorar y el desconsuelo. La mayor parte del tiempo estaba cansado, apático, falto de energía. Se negaba a comer y se encerraba en sí mismo cuando le pedía que buscásemos soluciones a nuestro problema.

Nuestra vida sexual se había reducido a la nada. No es que en aquel momento fuera lo más importante, pero echaba de menos sus abrazos, el calor de su cuerpo y el cariño que me negaba recurrentemente.

A veces lo odiaba por ello y me sentía muy culpable. Sabía que estaba enfermo y que su comportamiento escapaba a su propia voluntad. Pero me rebelaba que no se plantease siquiera salir de su agujero y me sentía cada vez más sola.

Solo lo tenía a él y yo también necesitaba que se preocuparan por mí.

Subí las escaleras y saqué del bolso las llaves. Las introduje en la cerradura, como venía haciendo en las últimas semanas, porque Ángel solía estar acostado, las giré y, mientras empujaba la puerta, un funesto pensamiento me apresó el alma.

Antes siquiera de verlo lo sentí en la piel: allí estaba Ángel, en

medio de la habitación, con una cuerda alrededor del cuello y el cuerpo colgando, flácido, desafiando a la gravedad.

Caí de rodillas en el suelo con los ojos desorbitados y la respiración agitada.

Me quedé sin voz, me quedé sin aire. Lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que él estaba allí, frente a mí, pálido y desvaído como un muñeco de trapo.

—Adiós. Angelito. —La voz ronca de la cacatúa resonó en medio del silencio.

Por primera vez desde que hube llegado, aparté la mirada de aquel horror para dirigirla hasta la jaula, que yacía sobre la mesa.

Allí estaba Triana, estrenando sus primeras palabras.

38
LA VIDA ES BONITA

> Nunca estarás sola. La vida es bonita y te esperan cientos de aventuras. Los amigos también llegan. A veces vienen disfrazados y cuesta reconocerlos a primera vista. Pero un día los vemos sin sus disfraces y, de repente, nos damos cuenta de que estaban ahí. Es solo que hay que mirarlos con ojos mágicos.

—¿La estás alojando en tu casa?

—No es asunto tuyo.

—Te desconozco, Noel. Tú no eres así.

—Así, ¿cómo? Mira, Nadia. Últimamente te estás tomando ciertas licencias y no me gusta.

—¿Porque te digo lo que todo el mundo piensa?

Noel se cruzó de brazos. ¿Estaban sus empleados hablando a sus espaldas o Nadia se apoyaba en sus compañeros para lanzarle aquel órdago poniendo en tela de juicio sus decisiones?

—Acabas de conocerla, ¿cómo puedes fiarte de ella? No sabes de dónde viene ni si se quedará. Yo he estado a tu lado durante los últimos dieciocho meses. Te conozco, sé lo que necesitas.

—¡Nadia! ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Que te quiero!

Lo soltó a bocajarro, sin que Noel estuviese preparado ni lo esperara, y él sintió que sus palabras lo golpeaban.

Cerró los ojos y tomó aire. ¿Había alguna manera de digerir una noticia como esa? Y ¿qué debía hacer con Nadia en adelante?

—Pero esto no va de eso. —La tomó de las manos—. Y tú te estás equivocando, Nadia. Eres apenas una niña y voy a disculparte por eso. Pero te lo advierto: no metas tus narices en mis asuntos. La próxima vez, no seré tan comprensivo.

Continuó su camino, dejándola atrás. Nadia solo estaba confundida, se convenció a sí mismo. Y él se había mostrado amable con ella, solo eso. Desde ese momento, la evitaría en la medida de lo posible para que no hubiese malas interpretaciones. Aunque no le consentiría que le reclamara por sus acciones. Se sentía muy satisfecho de haber incorporado a María a su vida. Y aún más estaba disfrutando de su estancia en su casa. La convivencia con ella era fácil y parecía entenderse a las mil maravillas con Candela. Hacía mucho que su hija no se veía tan motivada, tan contenta. Era un apoyo para Candela, que le contaba sus secretos.

Una tarde, Noel llegó a casa y las encontró charlando en la cocina. Candela había discutido con una amiga.

Se quedó rezagado, para respetar el nudo de confianza que ambas mantenían.

—Es la única amiga que me queda. Desde que cambié de colegio, me siento muy sola. Nadie me quiere allí.

María le reveló que ella también fue una niña solitaria.

—Tenía muy pocos amigos y ni siquiera los necesitaba.

—¿Con quién jugabas?

—Jugaba sola.

—¿Y no te aburrías?

—Nunca. Porque tenía imaginación.

Candela se quedó pensativa.

—Como tú, que tienes tu propio mundo y lo reflejas en tus dibujos —le hizo ver María.

—Pero no es bueno estar solo —concluyó Candela—. Especialmente, cuando uno desea tener amigos.

—Una vez tuve un amigo y se parecía mucho a ti —recordó María —. Fue en la playa, hace mucho mucho tiempo. Yo era algo más pequeña de lo que tú eres ahora, y él tenía tu edad, quizá un año más. Lo pasamos muy bien.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo recuerdo, pero sí que tenía la piel clara, como la tuya, pecas y una sonrisa preciosa y que me prestaba sus juguetes e incluso construimos juntos un castillo de arena, con conchas y piedrecitas.

—Y estabas feliz.

—¡Por supuesto! Fue el mejor día de mi vida. Jamás lo olvidaré —comentó María soñadora.

—Entonces, ¿por qué yo debería conformarme con estar sola si es mucho más divertido hacer las cosas en compañía? —expuso la pequeña con esa lógica aplastante que asiste a los niños.

—Tienes a tu padre que te adora.

—Papá no tiene nueve años —resumió Candela—. Yo necesito sentirme querida por otras personas de mi edad. Si no, ¿para qué vivir?

La voz de María se volvió grave cuando manifestó:

—Jamás digas eso, Candela, ni siquiera en broma. Aunque tengas problemas, siempre puedes superarlos. Pero nunca digas que no quieres vivir.

A partir de ahí, hizo un alegato en favor de la belleza de la vida. Habló de una manera tan apasionada que daba la impresión de que lo hacía con conocimiento de causa. Hasta anotó un mensaje en el cuaderno de Candela, pidiéndole que lo leyera cada vez que se sintiese desesperada, y Noel se preguntó si habría sufrido alguna clase de experiencia cercana a la muerte.

—¿Esta soy yo? —preguntó Candela. Al parecer, María había

trazado un dibujo junto al texto.

—Eres tú. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—Tú también dibujas muy bien —aseguró Candela tras valorarlo durante unos segundos—. Me gusta. ¿Todas estas personitas son amigos?

—Montones de ellos —afirmó María—. Y otros muchos, tantos que no cabrían en la hoja.

—Los amigos están bien, pero yo me quedo con los zapatos que me has puesto —determinó Candela, en un alarde de originalidad—. Nunca he tenido unos zapatos como esos, tan bonitos y brillantes. Ni de ese color.

—Algún día los tendrás —prometió María.

En otras ocasiones, las encontraba preparando platos de comida, haciendo manualidades o molestando a Rancio, el gato.

De vez en cuando, ambas se confabulaban en su contra y resultaba divertido ver sus esfuerzos por provocarlo. Se estaba aficionando a tener a María cerca de una manera peligrosa, era consciente, pero de ahí a dudar de su integridad o sus intenciones mediaba un abismo.

Justo en aquel instante, Eme atravesaba el patio. Acompañaba a unos clientes hacia la terraza. Ella lo saludó con una inclinación de cabeza y él le devolvió el gesto.

—¿Por qué sonríes? —A su lado estaba Mariano.

—¡Joder, Mariano! ¿Es que eres un espectro? ¿Apareces de la nada y te plantas a mi lado sin avisar?

—¡Disculpe, señor Vargas! Hay que ver qué susceptible estás. A ver cuándo cambias ese gesto avinagrado que tienes. ¡No todos conspiramos en tu contra! —lo acusó Mariano con tono burlón—. Solo venía a informarte de que «tus niñas» están sentadas ya en el restaurante y que piden que te pases cuanto antes para saludarte, como siempre. No sé qué les has dado, pero las tienes comiendo de la palma de tu mano.

—Quizá sea al revés —murmuró Noel al tiempo que se despedía.

Mariano se quedó contemplando su espalda. Una mueca de satisfacción le estiraba los labios. Como el perro que se relame después de haber descubierto un suculento hueso. Se dijo que Noel arrastraba unos cuantos problemas, pero sonreía cuando ella estaba cerca. Eme parecía ejercer un raro influjo sobre su carácter. Noel había cambiado y eso lo alegraba. ¡Hacía tanto tiempo que no se relajaba y disfrutaba de la vida! El sufrimiento y la tristeza habían apagado durante años el brillo de sus ojos. Pero ahora sus pupilas relucían cada vez que aquella chica aparecía. ¡Hasta se permitía bromear!

Solo esperaba que la intuición que lo había impulsado a

contratarla fuese acertada. Que ella actuase conforme a sus expectativas.

Porque de otra manera, a Noel iba a tocarle perder de nuevo.

Y eso nunca jamás se lo perdonaría.

39
BIENVENIDOS A LA FIESTA

¡Bienvenidos a la fiesta! Deja tus penas fuera y súmate a la diversión. ¡Es verano! Tiempo de chapuzones. Hoy sumérgete en nuestros chupitos. El hotel invita. ¡Yujuuuuu!

Eme estaba tan nerviosa como una adolescente antes de un baile. Hacía mucho que no salía y había olvidado lo que significaba asistir a una fiesta. Ni siquiera tenía ropa apropiada; Amélie y Nicole la habían ayudado escogiendo para ella un vestido y prestándole complementos favorecedores para que luciera «como una diosa».

Se había saltado su propia norma de no mirarse al espejo; aquella noche el deseo de deslumbrar estaba más que justificado. Y se reconoció atractiva. Su plan estaba en marcha, de hecho, se encontraba en una fase que podríamos denominar como avanzada. Preocuparse por su atuendo formaba parte de la estrategia.

Candela se había marchado esa misma tarde con su madre y era la primera noche que Noel y ella estarían solos. La reparación de los daños del patio se había prolongado más de lo previsto; aún se preveía que tuviesen que pasar tres o cuatro noches fuera. Y Eme no quería desperdiciar ninguna de ellas. Lo anhelaba y lo temía con la misma intensidad. Porque hacía mucho tiempo que no se encontraba a solas con un hombre y, especialmente, con uno como Noel, que la atraía física e intelectualmente.

No se estaba enamorando de él, se repitió por enésima vez; los detalles que apreciaba en su comportamiento, el modo en que trataba a los demás y se preocupaba por ellos, no eran más que una fachada. Noel era un hombre de negocios, sabía tirar de diplomacia cuando lo creía oportuno. Y el hecho de que cada una de las personas, hombres y mujeres por igual, que entraban en su círculo pasasen a engrosar de forma automática lo que parecía ser su club de *fans* solo ponía de manifiesto que era un hombre con un poder de seducción innegable, concluyó Eme.

—Estás preciosa esta noche —la saludó Noel. Guille, que estaba a su lado, asintió de modo exagerado.

—Acuérdate de que tienes mi tarjeta —le dijo a Eme—. Puedes llamarme cuando quieras.

Los tres rieron. Eme pensó que Noel también estaba imponente con el pantalón chino y la camisa a rayas. Su *look*, más informal, lo hacía además parecer más joven. No es que Noel fuese mayor, pero la responsabilidad que cargaba sobre los hombros le confería el aspecto

de alguien demasiado adulto.

Aunque había prometido no probar una gota de alcohol, decidió darse una tregua porque la ocasión lo merecía. Había mojitos, que no estaban entre sus bebidas favoritas. Pero se sentía dispuesta a beberse los charcos si hiciera falta con tal de convertirse en la justiciera que pretendía ser. Necesitaba darse aliento, embriagarse del ambiente, de la alegría contagiosa de sus compañeros.

—Esta fiesta es la mejor del mundo —afirmó a su lado Edu—. Cada año nos superamos. Espera a que arranque la música.

Mariano le dio unas palmaditas en la espalda.

—La música lleva sonando más de una hora, amigo —le dijo y le arrebató la copa que sujetaba—. Ya sé que el estado de ánimo es bueno, pero vamos a controlarnos un poco, ¿vale?

Había acudido con su marido, Martín, que era todo lo opuesto a él: bajito, con el rostro ovalado y pequeños ojos achinados; su rasgo más destacable era una mata de pelo castaño que habría servido para cubrir la cabeza de Mariano además de la suya. A pesar de las aparentes diferencias, destilaban amor. A leguas se notaba que se querían y que eran perfectamente compatibles en todos los aspectos.

Noel debía atender a los asistentes, pero encontraba la manera de aparecer junto a ella de cuando en cuando y dedicarle simpáticos comentarios. También bailaba y lo hacía magníficamente bien. Y sonreía. Era un gesto que comenzaba a hacérsele familiar. Porque en los últimos días lo había visto sonreír a menudo.

Desde la barra, le dedicó la sonrisa más amplia, la más sincera que le había regalado jamás. Y las piernas de Eme se convirtieron en dos columnas de gelatina que apenas la sujetaban.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

Al girarse, se topó con los ojos de Nadia que ardían de rabia.

—Vienes con aire de misteriosa y luego te haces la víctima para llevártelo a tu terreno. Pero yo te conozco; sé de qué están hechas las mujeres como tú. Te tengo calada, señorita Eme. Aléjate de Noel antes de que ocurra cualquier cosa de la que tengas que arrepentirte.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando un consejo. Hazme caso.

Después se escabulló, justo en el instante en que Noel se acercaba. Y Eme decidió ignorarla. Se le daba bien hacer eso. Nadia no podría frenar el ímpetu de su venganza; nadie lo haría. Había llegado al hotel con un propósito y acariciaba ya el momento de saborear el triunfo.

Ninguna jovencita enamorada de su jefe le impediría que este fuera suyo.

Aceptó la copa que él le tendía rozando los dedos de Noel con los suyos y no se resistió a relatarle palabra por palabra la conversación que había mantenido con Nadia cuando él le preguntó.

—No quería llegar a estos extremos, pero ya no se puede evitar: debo hacer algo —zanjó Noel.

Antes de que la fiesta tocara a su fin, Nadia era despedida.

40
DE AMOR Y TATUAJES

Siempre juntos, hermano.

Noel volvió a abrazarla por la espalda y depositó tiernos besos sobre su hombro. Estaba pletórico, feliz. Sentir de nuevo el cálido cuerpo de una mujer bajo el suyo había resultado una experiencia sobrecogedora. Se dijo que María era todo lo que necesitaba y que colmaba su espíritu; antes de conocerla, determinó, no sabía lo que era el amor.

Había mantenido relaciones con otras mujeres e incluso se había comprometido en matrimonio, pero entonces era demasiado joven y aquello fue la consecuencia de una situación sobrevenida de la que quiso tomar responsabilidad. La forma en que su corazón se agitaba cuando María estaba cerca no dejaba lugar a dudas. Como tampoco lo hacía ese calor sofocante que le recorría las venas al advertir su presencia, escuchar el sonido de su voz y vislumbrar su sonrisa, esa que no regalaba a cualquiera.

La piel nunca engaña y la suya vibraba reclamando unirse a la de María otra vez. Tenía el vello de punta, como si lo hubiesen obligado a pasar la noche a la intemperie en la Antártida.

Colocó sus manos sobre el vientre de María, el contacto lo excitó todavía más. Aunque se obligó a mantener la cordura; no quería asustarla, que ella sacase horribles conclusiones sobre su necesidad. Se había propuesto demostrarle que su deseo iba mucho más allá del plano físico. Porque anhelaba tener acceso a su mente, a todos sus secretos y, sobre todo, a su corazón.

María se giró y quedaron frente a frente. Ella adelantó la cabeza para besar sus labios. ¿Debería preguntarle si lo había disfrutado tanto como él? Era un caballero y los caballeros esperaban a que las chicas se desahogaran cuando ellas lo consideraran preciso.

No atosigarla. Darle su tiempo y su espacio.

Tenía esos propósitos, aunque le resultaría difícil mantenerlos si ella continuaba mirándolo de aquella manera.

Porque en aquel instante María lo recorría con la vista sin ningún pudor: comenzó en el nacimiento del cabello, estudió cada rasgo de su rostro con sus misteriosos ojos azules. Los deslizó luego por su cuello, por su torso.

Entonces detuvo el escrutinio, al descubrir el tatuaje que lo atravesaba.

—Gaviotas… —murmuró María—. El ave marina por antonomasia. Siempre me ha desconcertado ese animal. Su mirada, la manera en que es capaz de atosigar a los turistas cuando estos llevan comida.

—Se han vuelto muy osadas, pero es por culpa del ser humano porque la escasez de alimento en su hábitat amenaza su supervivencia. Ahora viajan hasta las ciudades en busca de lo que no encuentran en el mar.

Eme abrió la mano y, con dedos suaves, le acarició el pecho. Por fin se había desvelado el misterio y conocía cuál era el dibujo que Noel escondía tras la ropa.

Las gaviotas descendían hasta el ombligo, donde había un ancla. Pero también se mezclaban con otras aves, de menor tamaño, cuya silueta en forma de ballesta era inconfundible.

Eme deslizó su dedo índice por la cola corta y ahorquillada de una de ellas.

—… Y vencejos… —musitó.

Los vencejos subían desde el vientre de Noel hasta su pecho y había un punto en el que se confundían con las gaviotas. Estas, blancas y majestuosas, contrastaban con aquellos, más pequeños y oscuros. Justo debajo de ese punto, había una leyenda.

Siempre juntos, hermano.

Eme notó que algo en su interior se resquebrajaba y cada uno de aquellos pedazos de lo que quiera que fuera se le clavaron igual que puñales en medio del alma.

—¿Qué significa? —se atrevió a preguntar, aunque le temblaba la voz.

Noel inspiró hondamente antes de contestar.

—Es un homenaje que le hago a una de las personas que más he querido en la vida.

Ambos permanecieron en silencio durante los siguientes minutos.

—Se trata de mi hermano —aclaró por fin Noel sin poder ocultar la emoción que anudaba su garganta—. Murió hace casi dos años.

—Lo siento mucho.

—Lo echo horriblemente de menos, cada día. Era mi hermano mayor y lo significaba todo para mí. Si no fuera por la rabia que siento, no podría mantenerme vivo. Necesito este rencor que me consume para respirar.

—¿Y a qué se debe ese rencor? —indagó Eme, decidida a hurgar en la llaga.

Noel lo pensó un instante. ¿Podía compartir sus secretos más inconfesables con María? ¿Debía?

Y llegó a la conclusión de que era necesario. Sin ese paso, jamás

lograrían ser felices. María era desde ese momento una de las personas más importantes en su vida y un apoyo fundamental. Abrirse en canal los ayudaría a acercarse.

—Mi hermano tenía una mujer, alguien por quien lo dejó todo. Y ella no supo cuidar de él. Él la necesitaba, pero no estuvo a la altura de las circunstancias. Si lo hubiera querido, lo habría dejado ir.

La historia en los labios de Noel se le antojó demasiado dolorosa. Los sentimientos habían alcanzado la máxima intensidad y Eme tuvo que tirar de fuerza de voluntad para reprimir la explosión que pugnaba por dar al traste con el poco autocontrol que le quedaba.

El odio que descubrió en el fondo de los ojos de Noel la estremeció por entero. Incapaz de sostenerle la mirada, cambió de posición.

—Yo también perdí a alguien que amaba y no hay un solo día que no lo extrañe. El rencor es una emoción sanadora. Yo también la comparto, Noel. —Se había puesto tan seria que Noel sintió que era otra voz la que le hablaba, más grave y firme.

—¿Por eso viniste a Sevilla, para curar tus heridas?

Eme dejó escapar una risa irónica que a ambos les resultó desalentadora.

—Hay heridas tan hondas que es imposible curarlas.

Noel le tomó la mano.

—Tal vez juntos —propuso con desesperación. Porque había advertido que entre María y él se había abierto una profundidad imponente y peligrosa.

Un hueco que era difícil de llenar con palabras y ni siquiera con amor.

—Creo que mi hermano estaba destinado a ser un ángel, como lo dictaba su nombre. Y desde ahí arriba sé que debe de andar cuidándonos a todos —expuso en un intento de romper el hielo que los cubría a los dos.

Pero Eme no comentó nada. Se había perdido en el abismo de sus pensamientos y en aquel momento se encontraba muy lejos.

41
LONDRES, DE QUINCE MESES A TRES MESES ATRÁS

—Me traicionó, y nunca podré perdonárselo. Prometió estar conmigo y se ha ido. ¡Me ha dejado sola, Fanny! —chillé, balbuceando apenas las últimas palabras.

—No estás sola. Me tienes a mí. A Thomas, a todos tus amigos. Siempre vamos a estar contigo.

Fanny aprovechó que yo negaba vehementemente con la cabeza para apartar la copa que yo tenía delante. Le hizo un gesto al camarero para que la retirara. Ya eran cuatro las copas vacías que hacían fila sobre la barra. De seguir así, me esperaba un futuro muy negro.

Y ella se sentía en la obligación de rescatarme.

—Pero yo quiero estar con él. —Levanté un dedo que se quedó bailando en el aire.

Después, rompí a llorar. Era triste, muy triste ver en lo que me estaba convirtiendo: era una chica joven, con toda la vida por delante. Pero que había vivido demasiado. Nadie se merecía pasar por una experiencia tan traumática.

—Vente conmigo. —Su último novio había vuelto a Estambul y ella se había quedado sola—. Deja ese apartamento que te está consumiendo. Deshazte de sus cosas, Maya. Ángel ya no está y nunca va a regresar. ¡Tienes que asumirlo de una vez! Perdona que sea tan brusca, pero creo que necesitas que alguien te abra los ojos, que te devuelva al mundo. A este que tenemos aquí y ahora. Y no a ese paralelo en el que tú te has quedado estancada desde que Ángel se fue.

La miré, con los ojos nublados por la emoción. La poca lucidez que me quedaba me dictaba que llevaba razón. No podía seguir en el lugar que había compartido con Ángel, donde había sido tan feliz con él. Ni mantener un duelo eterno, aunque me rompiera cada vez que me hacía consciente del dolor que me embargaba. En aquel tiempo, había vertido ya demasiadas lágrimas.

Hasta el punto de quedarme seca.

Y así es como, después de seis meses infernales, rompí la primera cadena que me impedía avanzar. Sintiéndome una traidora, indigna del amor que Ángel había mostrado por mí. Me había aferrado tanto a su recuerdo que había borrado lo ocurrido en los últimos tiempos. Como si solo hubiera conocido al Ángel alegre y cariñoso del inicio, el que me adoraba y me hacía tan feliz.

Necesitaba tiempo. Para aprender a olvidar. Para continuar. Para restañar las heridas. Así que me mudé con Fanny. Dejé atrás más de cuatro años de historia y me centré en el trabajo.

La ausencia se fue diluyendo con el paso de los días. El vacío, no; ese permanecía. Como un espacio profundo y oscuro de dolor donde me refugiaba cada vez que me quedaba sola. Allí me sentía cómoda. Me sentía en paz conmigo misma. Porque dejar de echarlo de menos se me antojaba una felonía.

—Este es tu mejor trabajo. El más elegante, el más profesional que has elaborado hasta ahora. Enhorabuena. —Isla tomó uno de los zapatos y lo sujetó entre los dedos—. Clásico y funcional. La combinación perfecta.

Me quedé mirando el mocasín con los ojos desorbitados. Como si fuese uno de mis riñones que acabara de serme arrebatado. Las ganas de incorporarme y, de un zarpazo, obligar a mi jefa a restituírmelo me asaltaron.

Por un momento, perdí la cordura.

Por fortuna, Thomas se interpuso; estiró la mano y solicitó a Isla que se lo mostrara. Luego volvió a colocarlo delante de mí en la mesa, junto a su compañero.

—No le des alas, Isla. No nos conviene que se le suba a la cabeza. Después de criarla, no querrás que nos muerda la mano, ¿verdad? Ahí fuera hay una competencia brutal y seguro que se la rifan. —Me guiñó un ojo y compuso una mueca ridícula. Thomas se esforzaba por hacerme reír con sus ocurrencias, pero yo había perdido las ganas.

Y así es como fue pasando el tiempo. Un día, otro más. Una semana, dos, tres, diez, muchas más. Tras ese periodo, ocurrieron cosas que volvieron a remover todo el sufrimiento que anidaba en mí. Hasta entonces, me había resistido a realizar una visita que era, a la postre, ineludible. Ángel había conocido durante su trabajo como profesor a un abogado. Este era el que llevaba los papeles relacionados con su fallecimiento. Me había llamado en varias ocasiones, pues Ángel había dejado un testamento y el plazo para cumplir con sus últimas voluntades se agotaba. Pero yo me negaba a escuchar una palabra al respecto porque eso significaba aceptar que él se había marchado para siempre.

Una mañana de fin de semana estaba en casa experimentando con los colores para mis diseños y curioseando las últimas tendencias en revistas cuando sonó el timbre. Fanny estaba en Manchester por trabajo y yo no esperaba visita. Me incorporé para dirigirme hasta la puerta.

Al abrirla, descubrí a un hombre de unos cincuenta años de estatura media y rostro afable. Sonreía. Me tendió una tarjeta donde podía leerse:

—Buenos días, Maya. Mi nombre es Jasper Davies y soy el abogado de su marido —se presentó—. Siento molestarla en un día como hoy, pero hay asuntos urgentes que requieren de su atención.

La irrupción de Davies en mi vida supuso un cruel giro de los acontecimientos. Para empezar, me trasladó una solicitud para repatriar sus restos que provenía de la familia de Ángel.

—No voy a autorizar que se lo lleven —zanjé tras escucharlo—. Ellos se desentendieron de él, no quisieron ayudarle cuando lo necesitaba. Él solo me tenía a mí.

—Su marido no dejó decidido nada al respecto y es muy probable que, basándose en eso, reciba usted una demanda.

—No me importa. Ya lo he perdido todo, ¿qué más pueden arrebatarme? Ángel se queda en Londres.

Davies era un tipo inteligente y sabía hasta dónde podía tensar la cuerda. Aunque procuró hacerme entrar en razón con sensatas palabras, terminó por claudicar.

—Si ese es su deseo, se lo trasladaré a la familia —comentó en tono profesional.

El siguiente punto a tratar era la necesidad de cumplir con la última voluntad de Ángel.

—He venido personalmente porque se nos agota el plazo establecido. Ángel era el propietario de un hotel en su ciudad natal. Desde su fallecimiento, su familia se ha hecho cargo de la gestión del negocio. Pero él le ha legado a usted la titularidad. Y era su voluntad que lo administrara.

No quería tener nada que ver con aquella gente. Ni siquiera me alegraba que Ángel hubiese pensado en mí como heredera de un negocio que, en justicia, les pertenecía a ellos. Pero lo que más me sorprendía era el hecho de que él se hubiese tomado la molestia de contratar a aquel hombre para organizar un futuro sin él. ¿Desde cuándo sabía que se iría? ¿De verdad había planeado su muerte de una forma tan estremecedoramente minuciosa? Era delirante.

Las peores emociones se removieron dentro de mí. El recuerdo de lo vivido me agitó como una coctelera y regresaron las ganas de vomitar, aquella sensación de encontrarme fuera de mi cuerpo, que temblaba como una hoja.

Súbitamente, estallaron en mi pecho sentimientos muy negativos; en contra de Ángel, pero también de su familia.

Me hice consciente de que volvía a estar sola, y no es que me resultara una sensación desconocida. Pero ahora que había conocido lo que era tener a alguien a mi lado, la soledad se me antojaba tan cruel como una puñalada por la espalda.

Yo, que había sido reservada para el amor, me había abierto, y

sufría en consecuencia mi castigo. Debí mantenerme lejos de él, aunque ya era tarde para lamentos.

—Está bien —resolví tras unos minutos durante los que mil pensamientos estallaron en mi cerebro—. Me quedo con ese hotel. —El sabor de la venganza en los labios era como un sorbo de agua en medio del desierto. De alguna manera, me tomaría la revancha. Apoderándome de una de las propiedades más preciadas de la familia Vargas.

Y lo vendería. Bajo la condición de que ellos fueran apartados para siempre del hotel, para que sufrieran como yo lo había hecho.

—Pero hay que cumplir con un requisito —me advirtió el abogado, que escudriñaba mis ojos a la espera de una reacción—. Ángel agregó una cláusula: usted debe pasar al menos tres meses en el hotel para que la transmisión se haga efectiva.

Abracé a Fanny como si fuera la última vez que nos veíamos en la vida. Tal era el desconsuelo que me embargaba.

—Debes recuperar tu vida, te lo debes y se lo debes —manifestó.

Me limité a asentir, mordiéndome los labios para evitar que la emoción me delatara.

—Cuida de Triana, por favor. Junto con ese maldito hotel, es lo único que me queda de él.

Como si me hubiese oído, las palabras «Angelito» y «adiós» resonaron en medio de la habitación.

—Descuida. Yo también la quiero un poquito. Esa cresta ochentera que luce me tiene loca. Le voy a enseñar a decir «Maya» y «guapa» para que te reciba cuando vuelvas —bromeó.

Me faltaba una sola cosa por hacer antes de tomar el vuelo. Eran las seis y media cuando llegué al taller. Por suerte, aún estaban allí Isla y Thomas. Algo nerviosos, me aseguraron que no habían vuelto a casa porque tenían que entregar al día siguiente unos diseños y por eso se habían demorado en la oficina. Me encogí de hombros; las explicaciones sobraban y a mí me esperaba un avión.

—¿Por qué quieres llevarte estos zapatos? Todavía no hemos sacado las piezas del modelo original para escalar.

—Lo siento, Isla. Pero cuando diseñé esos zapatos, siempre tuve en mente a una persona. Y no deseo que nadie más los lleve puestos.

Thomas e Isla intercambiaron una mirada de preocupación.

—Pero ¿te has vuelto loca? Las tiendas esperan que les enviemos la última colección. Y yo contaba con esos mocasines como cabeza de cartel.

—Pues tendrás que pensar en otros zapatos —porfié—. Recuerda que fue un trabajo que hice fuera del taller y con mis propios materiales. Nunca me comprometí a que formasen parte de la

colección.

—Seguro que a la vuelta Maya nos compensará con unos cuantos diseños fabulosos —intercedió Thomas.

Isla bufó y yo le dediqué una mirada de agradecimiento a Thomas. Reparé en que había restos de purpurina salpicando sus mejillas. ¿Habría probado nuestra jefa su maquillaje sobre su rostro? Al verse sometido a mi escrutinio, Thomas carraspeó.

—Vas a llegar tarde, Maya. ¡Coge tus zapatos y vuela!

—Pero no me falles —intervino Isla—. Has prometido volver en tres meses y te vamos a estar esperando con mucho trabajo.

Guardé los zapatos en la maleta y me despedí de ellos.

Iban a ser unas vacaciones muy largas.

42
ES DECISIÓN DEL TRIBUNAL

> «Y aunque cabe recordar que la custodia compartida es un "régimen normal y deseable", en este caso, dados los antecedentes de hecho, es decisión del Tribunal mantener la custodia exclusiva de la madre, doña María José Valero Torras».

En la sentencia, la jueza valoraba el hecho de que la madre tuviese facilidad para conciliar la vida laboral y la familiar, que hubiera trasladado su residencia a Constantina, donde tenía arraigo, y que hubiese matriculado a la pequeña en un colegio de la localidad. No se habían tenido en cuenta los deseos de la niña, porque era menor de doce años, ni tampoco las alegaciones que Noel y su abogada habían presentado para que la custodia fuese compartida o al menos se modificara el régimen de visitas.

Había evidencias en contra de María José, pero la magistrada hacía decidido obviarlas: con respecto a las grabaciones, no se habían admitido a trámite como prueba porque habían sido realizadas sin conocimiento de la otra parte; en cuanto a los comentarios en contra del hotel y de su propietario, los había considerado como «una travesura» «un acto de despecho» que no condicionaba ni perjudicaba la actividad habitual del establecimiento.

«La relación entre los progenitores no favorece el establecimiento de la custodia compartida, ya que de las declaraciones respectivas se colige que no existe esa comunicación fluida que se requiere a tal efecto», continuaba la sentencia. En otra parte, decía: «El objetivo de esta resolución es evitar que la menor se vea afectada y perjudicada, pues, debido a su corta edad, necesita rutina y estabilidad, lo que no hace recomendable introducir cambios importantes en su vida cotidiana».

Noel estaba indignado.

—Todavía podemos recurrir, no desesperes —le pidió su abogada—. De alguna manera, ya lo esperábamos. Es así en más del sesenta por ciento de los casos.

—Pero ella no la merece y yo sí —afirmó Noel con rotundidad—. Solo quiere a nuestra hija para chantajearme.

—Lo sé, Noel. Y comprendo tu frustración. Pero este varapalo solo nos servirá para resurgir. Más fuertes, mejor preparados. Solo es una cuestión de tiempo.

El tiempo podía jugar a favor o en contra y Noel sentía que perdía días, momentos de compartir cosas con Candela. Deseó con todas sus

fuerzas que aquella pesadilla terminara. Pero no dependía de él. La justicia, por el momento, no estaba de su parte. Así de injusta y ciega era aquella diosa.

Lo que más temía era darle la noticia a Candela. Aunque trataba de mantenerla ajena a la disputa que mantenía con su exmujer, ella era demasiado inteligente y demandaría una respuesta. Emocionalmente ya estaba tocada, alargar el proceso no haría más que contribuir a confundirla.

Al menos tenía a María, se convenció. En el patio de vecinos todo estaba a punto para que sus residentes regresaran; de hecho, la mayoría estaba ya de vuelta en sus hogares. Sin embargo, él le había pedido a María que se quedara unos días más en su piso. No quería que se fuera y sabía que Candela también se sentía cómoda con su presencia.

María Palacios se había convertido en la tabla de salvación que necesitaba para continuar a flote.

43
LO APOSTÉ TODO POR ELLA

> Con el amor de mi vida. Lo aposté todo por ella y aquí seguimos. Ella es luz, es primavera. Es mi bombón alicantino. De no ser por ella, yo volaría. Porque siempre quise ser un vencejo.

Cuando Noel llegó a casa, no estaba precisamente de buen humor. Pero su ánimo terminó de ennegrecerse al descubrir que en la puerta lo esperaba Nadia.

—No quiero hablar contigo, Nadia. Ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir. —Le dio la espalda y empujó la puerta.

—Lo siento mucho, Noel.

—Entonces es cierto… —Le había costado asimilarlo. Cuando Edu le comentó que una compañera había confesado haber visto a Nadia manipulando el pescado aquel día, no le dio crédito. Pero ahora ella le confirmaba que las sospechas estaban justificadas. La traición le dolía demasiado.

—Es cierto, he hecho cosas de las que me arrepiento. Estaba enfadada, celosa.

—¿Y eso te autoriza a tirar a la basura el trabajo de tus compañeros? ¿Sabes cuánto dinero perdimos ese día, la preocupación que nos causaste? Y ¿cómo te atreviste a contradecirme cuando ordené que no se cobraran las comidas? ¡Los clientes se quejaron del trato recibido! Pues no, Nadia, no pienso perdonarte. Te has pasado, has abusado de mi confianza y ya no quiero tenerte cerca. —No era el mejor momento; el resultado del juicio no favorecía un resultado amable para la conversación. Necesitaba descansar, y abrazar a María. Ella se había convertido en su refugio en los últimos días. Aquella convivencia inopinada era un paso importante para los dos, pero no se arrepentía de haberlo dado. Conocerla más a fondo y sentir que ella lo arropaba cada noche con su tibia calma y su cuerpo era todo lo que le pedía en ese momento a la vida.

—En cambio, a ella sí que quieres tenerla cerca.

Noel resopló.

—¿Cuándo vas a entenderlo? Quiero a María Palacios. Es la mujer que me calienta el corazón… y otras muchas partes de mi cuerpo —concretó, deseoso de zanjar la cuestión de una vez por todas—. Y todo el que la ataque a ella estará atacándome a mí.

—Esa mujer que tienes en un altar, ¿te ha hablado de su pasado? ¿Te ha explicado por qué está aquí y qué es lo que busca acercándose

a tu familia?

Noel le dedicó una mirada airada. No le apetecía responderle.

—Vuelve a casa. Olvídate de que una vez fuimos amigos.

—Noel, escúchame… —Lo agarró del brazo, pero él la apartó con brusquedad.

—¡Ya basta, Nadia! ¡Me estoy cansando de tu actitud!

—Voy a hacerte caso y me iré, pero antes debo enseñarte algo.

Nadia extrajo de su bolso el teléfono móvil. Tocó la pantalla y accedió a las aplicaciones.

—Aquí tienes, Noel. Mira. Esa santita que has convertido en tu novia. ¿Quieres saber cómo se llamaba antes de llegar aquí?

Solo por terminar con la escena, Noel miró lo que ella le enseñaba. Y en aquel mismo instante, a su alrededor todo se derrumbó.

Ni siquiera sintió el bramido de su corazón, porque este se le había caído a los pies. Se quedó inmóvil, esperando a que un rayo le cayera encima y lo partiera en dos. Cualquier cosa menos soportar la horrenda sensación que lo abrumaba hasta el punto de asfixiarlo.

Allí estaba María, *su* María, en una foto con su hermano. Llevaba el pelo largo con reflejos dorados y estaba peinada de una manera distinta. Pero era ella. Ángel la abrazaba y ella sonreía. Y era una sonrisa que él desconocía. Tan diferente parecía de la chica que había llegado al hotel tres meses y medio atrás que le costó reconocerla.

—Tu hermano tenía un perfil en Instagram donde compartía imágenes y comentarios sobre su vida en Londres, Noel. Esta es de hace tres años. Mira el texto, ¿quieres que te lo lea?

Noel estaba mudo, incapaz de contestar. Su corazón experimentaba latidos irregulares, como si estuviera enfermo. Era una sensación física insoportable. Pensó que en cualquier momento su caja torácica explotaría y que los pedazos volarían por el aire, igual que los restos de una masacre.

—«Con el amor de mi vida. Lo aposté todo por ella y aquí seguimos. Ella es luz, es primavera. Es mi bombón alicantino. De no ser por ella, yo volaría. Porque siempre quise ser un vencejo» —leyó Nadia. Y sus labios se curvaron en una sonrisa triunfal—. No lo sabíais, ¿verdad? Porque no la creó con su nombre, sino que se hacía llamar «Avefeliz». Y ella no es María, sino Maya. Maya Palacios. Al menos, no mintió al darnos su apellido.

Después de infligirle el mayor de los daños, Nadia se fue por donde había venido. La traición de María no disculpaba la que ella misma había llevado a cabo, y así se lo hizo saber, con duras palabras que ocultaban el infinito dolor que experimentaba.

«Lo aposté todo por ella», decía su hermano.

También él lo había apostado todo. Por ella. Por la mujer que una

vez les destrozó la vida y que ahora regresaba para golpearlos de nuevo.

No había sido capaz de recobrar el aliento cuando María llegó.

—Recoge tus cosas. No quiero que vuelvas nunca más. No quiero que Candela te vea aquí cuando regrese. —Ni siquiera estaba enfadado, sino roto. Estaba muy acostumbrado a recibir bofetadas sin manos, pero aquella lo había dejado al borde de un agujero profundo e inmenso al que no debía precipitarse.

María le ofreció una mirada de comprensión, pero no dijo nada. Se mantuvo erguida, con los ojos fijos en los suyos, desafiándolo.

—¡Cómo habrás disfrutado! ¡Cómo te habrás reído de mí! Y yo he caído con todo el equipo porque sí, *Maya* Palacios, estaba enamorado. Hasta las trancas y más allá. Y después, ¿qué? ¿Cuál era tu plan? ¿Pisotearnos a todos, destruir nuestras existencias, torturarnos un poquito más?

—Yo solo quería causaros la mitad del dolor que me hicisteis pasar a mí.

—¿Dolor? ¿Tú te atreves a hablarme de dolor? —planteó Noel entre lágrimas. Las emociones habían terminado por robarle esa pose de autocontrol tan estudiada. Estaba desbordado y aparentar se le antojaba un esfuerzo ridículo.

—Puedo y lo haré. Del de tu hermano, del mío. El único delito que cometimos fue querernos. Desear estar juntos. Y vosotros lo rechazasteis solo por eso. Nunca quisisteis conocerme, ¿os preguntasteis alguna vez cómo me sentía yo?

—¿Te importábamos a ti nosotros? Porque, de ser así, lo habrías empujado a reconciliarse con su familia. Él tenía responsabilidades, ¡tenía un negocio!

—¡Pero lo odiaba! No quería regresar porque sentía que lo asfixiabais con vuestras expectativas.

—En cambio, contigo vivió una vida genial. Pasando penalidades, aceptando trabajos que no estaban a su altura.

—¡Tú no sabes nada de nuestra vida! De lo que soñamos, de lo que construimos Ángel y yo. De sus esfuerzos por agradaros, para que estuvierais orgullosos. Por eso sufría. Por eso penaba.

—¿Ahora pretendes culparnos de lo que pasó?

—Si os hubierais prestado a ayudarlo cuando os lo supliqué… Aquella vez, cuando os llamé por teléfono, fuiste tú quien lo alejaste definitivamente de vosotros.

Noel supo a qué se refería. ¿Cómo olvidarlo? Estaba de permiso entonces. Y muy enfadado. Cuando escuchó al otro lado la voz de Maya hizo lo imposible por herirla.

—Entonces estaba desesperado. Mi madre lloraba cada día y me pedía que él regresara. La aventura de Ángel tuvo una importante

repercusión en toda la familia. Él no solo tenía compromisos, sino también una deuda de cariño con todos nosotros. ¿Cómo iba a estar dispuesto a escucharte cuando tú ignorabas nuestras necesidades? Reconoce que tu egoísmo fue más grande, como lo fue después tu odio. Porque fuiste tú la que escribió esos comentarios, ¿verdad? —preguntó una vez que encontró la manera de controlar la voz—. La que provocaba cada uno de los accidentes, para fastidiarnos.

Desde ahí, Noel le dedicó todos los reproches que se le ocurrieron, adjudicándole la responsabilidad de cada uno de los acontecimientos desafortunados que se habían producido en su vida en los últimos meses. Sabía que estaba siendo injusto, pero no le importaba. No había ofensa comparable a la que ella le había dedicado a su familia.

—Lo apartaste de mí cuando más lo necesitaba. Fuiste miserable. Y todo ¿para qué? Para dejarlo morir, que es como haberlo matado con tus propias manos.

No calculó las consecuencias de sus palabras. Y el ataque fue efectivo porque Maya había sido tocada y hundida.

Antes de marcharse, dejándolo atrás, murmuró unas palabras que Noel no llegaría a escuchar.

—Nunca te podré perdonar…

44
POETA

¿Quieres ser mi amiga?

No   Sí X

—No me puedo creer que lo supieras todo este tiempo.

—En ocasiones, tu hermano se ponía en contacto conmigo. Me contaba cosas, se desahogaba. Y me enviaba fotos. Así que la reconocí en cuanto entró por la puerta. Sé que Ángel adoraba a esa mujer. Lo era todo para él.

—Tanto que se olvidó de que tenía familia.

—Eso no es así. También me preguntaba por vosotros. Le dolía la separación. Os echaba mucho de menos —aseguró Mariano.

—No lo demostraba.

—El hecho de que se enamorara y se marchase a vivir su historia no significa que no os quisiera. Necesitaba ser libre y allí lo lograba.

—¿Dices que fue libre, que fue feliz? ¡Y mira cómo acabó!

—No puedes ser tan injusto, Noel. Recuerda que tú no estabas aquí todo el tiempo. Mientras navegabas, yo estuve a su lado. Y puedo asegurarte que en el hotel, a cargo de todas esas responsabilidades que él no había escogido para sí mismo, era terriblemente desdichado.

Noel sintió que el nudo que le apretaba el pecho se estrechaba.

—¿Quieres decir que yo no conocía a mi hermano? ¡Era mi vida, mi ejemplo a seguir!

—Solo afirmo que guardaba sus secretos. Y que es un hecho que nunca quiso heredar la gestión del hotel. El poema que escribió y que grabaste en ese jarrón que atesoras en tu despacho no fue una casualidad. Si alguien le hubiese preguntado qué es lo que anhelaba ser, habría dicho que poeta.

Ridículo. Todo aquello se le antojaba ridículo a Noel.

—Antes de conocer a Maya Palacios y decidir instalarse en Inglaterra, Ángel era un hombre feliz.

—Digamos que lo aparentaba.

—Y ella ha estado boicoteando nuestro hotel. Ha hecho hasta lo imposible para cobrarse su venganza. ¿Y tú todavía te atreves a defenderla?

—Sabes que no suelo equivocarme con las personas, por eso permití que se quedara. Quería darle la oportunidad de conoceros, para que cambiase de opinión. Intuía que había venido con un

propósito que nada tenía que ver con el trabajo, pero también esperaba que el tiempo y la manera en que se relacionaba con vosotros la hicieran recapacitar.

—Pues yo creo que solo esperaba el momento justo para darnos la estocada. ¿Crees que su estancia en Sevilla es casual, que se incorporó al hotel decidida a formar parte de nuestra familia? Esa cláusula que Ángel incluyó en su testamento es la que la ha motivado a hacer todos sus movimientos. Pero, como las serpientes, en vez de venir de frente, ha preferido colarse en nuestras vidas para descubrir nuestros puntos más vulnerables antes de asestarnos el golpe letal.

—Maya no es mala. La he estado observando y dudo mucho de que su intención fuera la de perjudicaros. Quizá haya estado equivocada durante mucho tiempo, pero también vosotros la habéis juzgado sin conocerla. No le habéis dado una oportunidad.

—No quiero hablar más de ella, para mí ha dejado de existir.

Durante los últimos días, Noel había alimentado el odio que lo consumía. Recurriendo a imágenes, a conversaciones. Recopilando aquellos momentos en los que había encontrado a Maya hurgando en los cajones o rebuscando en los archivos del ordenador. Confirmándose en su opinión: aquella actitud extraña, los silencios, las reservas… le daban la razón. Lo ocurrido tras las inundaciones y el desalojo del patio solo había sido una quimera. Un sueño tan dulce como doloroso. Necesitaba pensar lo peor de ella para superarlo.

—Tú pareces solidarizarte con ella, pero claro, también nos traicionaste de algún modo. Porque hablabas con Ángel a nuestras espaldas.

—¿Hubieras preferido que lo dejase completamente solo?

—Hubiera preferido que me lo contaras.

Mariano se mordió la lengua. Porque recordarle a Noel que él vivió su vida lejos de la familia mientras pudo le parecía demasiado injusto. Que tampoco estuvo en muchos momentos en que lo necesitaban. Porque, desde el fallecimiento de Ángel, Noel había purgado sus pecados con sangre, sudor y lágrimas.

—Creo —manifestó en cambio— que este tema no tiene más recorrido. El *show* debe continuar. Veremos si tengo o no razón cuando afirmo que todavía nos esperan unas cuantas sorpresas con respecto a Maya.

—¡Dios no lo quiera!

—Y sí, debo pedirte perdón. Solo tenía la ilusión de que Maya se reconciliase con la familia, de que ambas partes comprendieseis que la muerte de Ángel no fue culpa de nadie y de que pudieseis continuar de una vez y descargar vuestras conciencias.

—Tu plan era demasiado ambicioso.

—¿La habrías aceptado en el hotel de haber sabido quién era?

—¡Nunca!

—Pero hasta que Maya apareció, habías olvidado lo que era sonreír.

—No vayas por ahí, Mariano. No quieras tocarme la moral.

La conversación con Mariano no logró calmar la agitación que le sacudía el espíritu. El engaño era deplorable y no podía justificarse en ninguna circunstancia. Lo que más le dolía era el hecho de que ella se hubiera colado en todas las facetas de su vida. Aquella mañana, cuando Candela le preguntó por ella y le pidió que le dijera que la llamase porque tenía una noticia importantísima que darle, había sentido ganas de estrangularla. Había pasado justo lo que él deseaba evitar a toda costa: que María Palacios o, mejor dicho, Maya Palacios, porque ese era su nombre, había provocado un daño irreparable que, como un virus, se extendería hasta aquellos que más le importaban y a quienes necesitaba proteger.

Otra vez había amado y había perdido. Se sentía profundamente estafado.

—Puedes contármelo a mí.

—Pero es algo entre Eme y yo.

—Y yo también deseo compartirlo contigo.

Tras varios intentos, Candela le confesó que había hecho una amiga.

—Como Eme me aconsejó, papá, le he quitado el disfraz a Paola y he descubierto debajo a una niña muy simpática. ¿Sabes que le gusta dibujar y las canciones de Vanesa Martín como a mí?

¡Menuda ironía! Maya Palacios hablando de disfraces cuando ella era la que usaba el más retorcido de todos para esconderse.

—Me alegro mucho, ratita. ¿Quieres que la invitemos a casa la próxima vez o que vayamos con ella al cine?

—¡Claro! Pero solo si viene Eme.

A Noel lo invadió la desesperación. Él solo quería olvidar, pero todo lo arrastraba hacia ella como una ola implacable e inmensa, hasta Candela.

La ilusión en los ojos de su hija estaba a punto de matarlo. No se sentía capaz de decepcionarla, bastante lo había hecho ya al fracasar en su propósito de tenerla junto a él.

Pero tampoco podía mentirle.

Así que se limitó a abrazarla.

45
LA BOFETADA

> Solo pueden permitirse soñar aquellos que no viven en la realidad. Los que hemos recibido la bofetada, perdimos nuestra ingenuidad y nuestras ambiciones para siempre.

Ya no tenía sentido permanecer allí por más tiempo y, sin embargo, Maya encontraba docenas de excusas para prolongar su estancia en Sevilla. Habían pasado dos semanas. Y tenía que admitir que lo extrañaba. El sentimiento de nostalgia se extendía a todos los vínculos que había establecido en la ciudad desde que llegara: aquel entramado de conexiones en el patio de vecinos, los compañeros del hotel, Candela… Sentía una pena inmensa cuando pensaba en ella.

Quería aferrarse a ese cariño que le habían brindado tan generosamente porque sí, tenía que reconocerlo, que la habían acogido, a pesar de su mal carácter, de sus silencios y de sus intentos denodados por interponer barreras.

Había tenido mucho tiempo para reflexionar y sus paseos por una y por la otra orilla del río la habían convencido de que, cuando Ángel decretó que ella tuviera que pasar aquel periodo en Sevilla, había sido consciente de lo que ocurriría. Tras conocer su última voluntad, ella pensó que todo era una broma de mal gusto; ahora sabía por qué él quiso que fuera ella quien regresara al lugar donde él fue feliz y lo que esperaba de ella. En aquellos meses cerca de su familia, Maya había sido capaz de comprender los motivos que los llevaron a comportarse de la manera en la que lo hicieron y por qué la detestaban.

También en sus paseos descubrió la razón por la que Ángel amaba aquellos rincones. Por qué se apasionaba por Sevilla y la extrañaba hasta el punto de sangrar por dentro. Porque Sevilla era una ciudad que se entregaba por entero. Que abría los brazos y, una vez que te dejabas envolver en ellos, quedabas embrujado por toda la eternidad.

Todavía no se había atrevido a fijar una fecha para su partida, y eso que el calor apretaba. El gris plomizo del cielo londinense no se le antojaba tan agradable como el soleado y luminoso techo sevillano. Extrañaba ya las calles, la alegría contagiosa de sus habitantes, pero, sobre todo, la de los que se habían convertido de una forma inesperada en sus amigos.

Aunque la última semana tenía la sensación de que todos la evitasen, como si estuviesen enfadados con ella, como si le recriminasen su conducta. Hasta Rancio parecía más interesado en vagabundear por el patio que en colarse en su apartamento como el

polizón descarado que siempre fue.

—¿Estás de vacaciones? —Rosella la miró con suspicacia—. Últimamente, pasas mucho tiempo en casa. ¿No hay trabajo en el hotel?

Maya valoró las posibles respuestas. De nada servirían las evasivas porque Rosella seguiría metiendo el dedo en la llaga hasta obtener la respuesta deseada. Lo cierto era que no le importaba porque aquella vieja chismosa se había convertido en parte de su familia.

Las ancianas llevaban unos cuantos días detrás de ella, observándola. Cuanto antes supieran que el lazo que la ataba al hotel y a su propietario había sido roto definitivamente, antes terminaría con la situación.

—Ya no trabajo allí.

En ese instante, llegaba Esperanza.

—¿Has dejado solito a mi amor? ¿Estás loca? ¿Sabes cuántas mujeres aprovecharán para sacarte ventaja?

Maya dudó entre reír o llorar.

—¿Es que ha pasado algo? —se interesó Rosella al verla vacilar—. ¿Deberíamos ir a hablar con él?

—No hace falta, en serio.

—Pero estás muy triste y queremos remediarlo —insistió Esperanza.

—¿Quieres que te prepare un postre de chocolate o cualquier otra cosa que te guste? —se ofreció Rosella.

Esperanza se llevó las manos a la cabeza.

—¿Es que te has propuesto envenenarla, estropearle el estómago? ¿No ves que ya tiene el corazón roto?

Maya se dijo que todo lo que tenían de perceptivas les faltaba de prudentes.

—No tengo mucho apetito.

—¿Lo ves? ¡Estás enferma! —anotó Rosella.

Aquella mañana consiguió esquivar sus intentos por ayudarla. Aunque sabía que la labor caritativa de sus vecinas aún le depararía muchos dolores de cabeza. Ella no podía sospecharlo, pero la preocupación de las ancianas obedecía a un aviso de las francesas que les mostraron un papel escrito a mano que habían hallado en la escalera donde Eme reflejaba sus pensamientos en un tono depresivo.

Y si el día era complicado, todavía más penosa resultaba la noche, el momento en el que Maya se encontraba más a menudo sola con sus reflexiones. Era el instante que dedicaba a repasar su último encuentro con Noel.

«Lo apartaste de mí cuando más lo necesitaba».

«Fuiste egoísta».

«Y todo para dejarlo morir, que es como haberlo matado con tus propias manos».

Las frases se repetían en bucle, machacándola. Tenía que reconocer que la estocada había sido dada con maestría. Y ella no fue capaz de replicarle porque, en el fondo, quería protegerlo y no deseaba ahondar más en su herida. Había un sentimiento que se había esfumado y era el rencor. Y eso la hacía sentir más desdichada si cabe, pues ya no tenía adónde agarrarse ni un propósito en la vida que la animase a continuar.

Lo había perdido todo, hasta su odio.

Y encima estaba contaminada de una emoción que le resultaba una vieja conocida: la añoranza. Extrañaba su mirada acariciadora, sus besos apasionados, el rítmico sonido de su respiración mientras la abrazaba al dormir, el roce de sus manos… ¿Desde cuándo no sentía aquel delicioso contacto sobre su piel? Habían sido apenas unos días, pero los atesoraba en su memoria como monedas de oro. Igual que sus conversaciones. Especialmente, aquella durante la que él le confesó que la quería e insistió en llamarla María, explicándole que así la sentía un poco suya porque los demás la conocían como Eme.

—Además, es un nombre precioso —decretó.

«Pero no es mi nombre».

La confesión murió en sus labios entonces; Maya se acogió a la necesidad de prolongar la fantasía que estaban viviendo y eligió continuar siendo María.

Y esa decisión se convirtió en su jaula.

Porque no hay palabras más inútiles que las que nunca fueron dichas.

Debían de ser las cinco o las seis de la mañana, pues aún no había despuntado el alba. Le había costado mucho conciliar el sueño, por eso tardó en reaccionar a los gritos de auxilio. Era sábado, las chicas habían salido de fiesta y aún no regresaban. La familia Ordóñez se había despedido la tarde anterior porque pasarían el fin de semana en la playa. Tampoco se escuchaba a Lope, pues las voces eran femeninas.

Se levantó de un salto, se colocó un pantalón corto y una camiseta y se asomó al patio.

Comprobó que el escándalo provenía de la planta baja y que las voces correspondían a las ancianas. Desde arriba, vio que Rosella estaba de rodillas y que se aferraba a una de las piernas de Curro; con la otra, el hombre pateaba a Esperanza que estaba tendida en el suelo.

—¡Para! —El grito aspaventó a Curro, que miró hacia arriba.

Para cuando Maya llegó abajo, el muy cobarde ya había huido y Rosella abrazaba el cuerpo inerte de Esperanza. Estaba de lado, en

posición fetal; en aquella postura, se la veía más pequeña y desvalida si cabe.

Maya se sintió desolada. Sin pensarlo, corrió a buscar su teléfono y llamó a la única persona que sentía que podía ayudarlas.

No le molestó que Noel no se hubiera dignado a mirarla desde que, dos horas atrás, irrumpiese en el patio. En esos momentos, solo importaba que Esperanza fuese capaz de superar el trance.

Según les había narrado Rosella, Curro había aparecido borracho como siempre y, tras aporrear la puerta del apartamento de su madre, se había liado a golpes con Esperanza, que se había interpuesto entre los dos. Rosella no hallaba consuelo ni en las palabras alentadoras de los sanitarios ni en el abrazo de Noel, que no se separaba de ella. A Maya la conmovió aquel gesto, el cariño que él manifestaba, la dulzura con la que le acariciaba la cabeza mientras le aseguraba que todo iba a salir bien. Fue un pensamiento egoísta, pero deseó ocupar aquel lugar entre los brazos de Noel. Ella también había sufrido el impacto del episodio y precisaba apoyo.

Obviamente, Noel sería la última persona dispuesta a dárselo.

—Este energúmeno, ¿no debería estar preso? ¿No tenía antecedentes por agresión sexual? —abordó Noel a Lope cuando este llegó al hospital.

—Las chicas no llegaron a interponer la denuncia. Aquella noche, Curro se arrodilló ante su madre, le suplicó que lo perdonara y le prometió que se desintoxicaría. La señora Rosella convenció a las chicas para que desistieran de su propósito.

—Y por eso pasan estas cosas —rezongó Noel.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Rosella, que estaba acurrucada en una de las sillas de plástico de la sala de espera.

—Debería irse a casa a descansar. Tal vez el señor Vargas o su vecina, la señorita Palacios, puedan acompañarla —sugirió el inspector.

—No pienso moverme de aquí hasta asegurarme de que ella estará bien.

—Es usted la que no estará bien si permanece aquí —la regañó Maya.

Rosella cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza. La discusión terminaba ahí.

Las horas discurrieron con agónica lentitud. Tras la marcha de Lope, que había tomado declaración a los intervinientes y se dirigía a detener al agresor, y una vez pasado el peligro, acomodaron a Esperanza en una habitación para mantenerla en observación durante las siguientes horas. Dormía cuando entraron a verla.

—Tengo cinco hijos, pero ella es toda la familia que me queda.

No quiero vivir sin ella —gimoteó Rosella que se había sentado junto a la cama y le sujetaba una mano a su amiga.

—Si yo la espicho, tú morirías detrás, pero de hambre. Es una cocinera pésima, ¿sabes, Noel? —expuso Esperanza, con un ojo abierto.

—¡Espe!

—Soy incombustible. Todavía no ha llegado mi hora. Ya os lo dije, que no pienso morirme hasta los ciento veinte y yo siempre cumplo lo que prometo.

Maya pudo respirar tranquila, al menos en ese momento. Porque enseguida tuvo que afrontar la fría despedida de Noel y las miradas interrogativas de las ancianas, que se repartían entre los dos.

Entonces tomó una decisión: ya no dilataría la situación por más tiempo.

Aunque aquello supusiera una separación definitiva de Noel y de la familia Vargas, había llegado la hora de resolver el futuro del hotel.

46
DESAPARECIDA

URGENTE
Candela Vargas Valero
Desaparecida el 16 de julio en Sevilla
9 años, 1,24 estatura, complexión delgada, ojos oscuros
Su rasgo más característico es el pelo, de color rojo

—¿Qué quieres decir con eso de que has perdido a nuestra hija? —Noel estaba aterrado. Una llamada de María José y saltaban todas las alarmas. La niña no estaba en la casa cuando ella volvió y no aparecía por ningún lado—. ¿Has vuelto a dejarla sola? ¿Tienes cerebro, María José! ¡Es una niña de nueve años!

La maldijo por todo: por la preocupación que le ocasionaba, por pretender ser una buena madre cuando no estaba a la altura. Pero, sobre todo, por permitir que su odio hacia él perjudicara lo único bonito que compartían.

—¿Has puesto la denuncia? —le preguntó con voz neutra, haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad de la que era capaz para mantener la calma.

—¡Claro que no! ¿Qué quieres que les diga?

—¡Pues la verdad! Que no estabas cuando ella te necesitaba. ¿Crees que no lo sé? Que no es la primera vez. Que la descuidas porque tu único propósito al mantenerla a tu lado es perjudicarme —le reprochó.

—Eso no es verdad.

Colgó; estaba demasiado enfadado. Y asustado.

Y llamó a la policía. Sabía la repercusión que la denuncia tendría para su ex y, de hecho, anhelaba que por fin algo sucediera. María José merecía un escarmiento y Candela necesitaba el hogar y la estabilidad que solo él podría darle.

Luego se vistió y salió a toda prisa para recorrer los lugares comunes, aquellos donde suponía que Candela podía estar. Si había tomado ese tren, como sugería el agente que lo atendió, debería haber llegado a Sevilla hacía una hora.

Y él estaba resuelto a peinar la ciudad.

Haría lo necesario para encontrarla.

—¡Eme!

—¡Candela! ¿Qué haces aquí?

La niña se incorporó, dejó a Rancio en el suelo y luego corrió para

abrazarse a ella.

—Quería veros. ¡Os echaba tanto de menos!

Maya apretó los labios para reprimir el volcán de emociones que amenazaba con erupcionar dentro de ella. Candela representaba algunos de los días más felices de su existencia. El calor de su piel contra la suya se lo recordaba dolorosamente. La apartó, se agachó y la miró a los ojos.

Los de Candela brillaban de determinación.

—¿Quién te ha traído?

—He venido sola —reconoció y elevó la barbilla.

—¿Desde el hotel? ¿Has cruzado la calle sola? ¡Es peligroso, Candela! No puedes hacer eso. —Los ojos de Candela se agrandaron de forma sospechosa—. Candela, estabas en el hotel, ¿verdad?

Mientras esperaban la llegada de Noel, Maya intentó poner en orden sus alborotados sentimientos. «Mantener la compostura», «modular la voz y los gestos para controlar las emociones» y «evitar mirarlo a los ojos» eran los mantras que se repetía en tanto la pequeña charlaba, contándole sus progresos con cierta amiga de nombre impronunciable que había hecho en el pueblo.

—… y bailamos esa canción en la casa de su abuela. Íbamos conjuntadas: ella, diadema azul y camiseta blanca, y yo diadema blanca y camiseta azul. ¡Fue superdivertido!

—… hice lo que me dijiste, eso de quitarle el disfraz —afirmó en otro momento—. Yo pensaba que era una interesada y, además, mandona. Y ella, que yo era rara. Me lo confesó después. Pero miré dentro de sus ojos, como me aconsejaste, y allí vi una chica genial.

—¡Candela!

Ambas se giraron. La voz de Noel mostraba la preocupación sufrida, el enfado que tensaba sus músculos y el alivio que experimentaba al comprobar que su pequeña estaba sana y salva.

—¡Papi! —Apenas fue un susurro. A las claras se veía que Candela temía la reacción de su padre.

Arrugó la cara, a la espera de una regañina. En cambio, él se arrodilló y abrió los brazos, invitándola a fundirse con él.

—¿Sabes lo asustado que estaba? ¿Por qué no me llamaste? Yo te hubiese recogido y te habría traído a casa.

—A casa, sí, pero no aquí —le susurró Candela al oído.

Era un argumento contundente porque Candela le había pedido muchas veces visitar a Eme o hablar con ella por teléfono, y él había desviado la conversación en cada una de las ocasiones. Era una nueva prueba de que a una niña con su nivel de inteligencia no se la podía engañar.

—Ahora debemos irnos. Tenemos una seria conversación que

mantener, señorita.

La expresión risueña de Candela mudó a otra de pavor. Era una comedianta y Maya sonrió, a pesar de la tensión que se palpaba en el ambiente. Menos mal que sus vecinas habían salido a comprar flores y guirnaldas para adornar el patio y la fachada de cara a la próxima Velá del barrio, que comenzaría en unos pocos días. De haber presenciado la escena, en especial, el frío intercambio de saludos entre Noel y ella, la habrían acosado durante días para tratar de sacarle una confesión sobre el estado de su relación o lo ocurrido días atrás.

Solo de pensarlo, experimentó un escalofrío.

—¿Podríamos, al menos, llevarnos a Rancio?

Noel negó con la cabeza.

—No podemos, Candela. Esta es su casa y la echaría de menos. Cada uno debe estar en el lugar al que pertenece —afirmó, dedicándole a Maya una mirada elocuente.

—Pero puedes venir a visitarlo siempre que quieras —aseguró Maya.

Esta vez la mirada de Noel fue dura.

—Vámonos, pequeña. Seguro que te apetece un helado. Hoy voy a tomarme el día libre, para estar contigo. ¿Te apetece?

—¡Mucho! —La niña dio unos saltitos alrededor de su padre. Luego se volvió e hizo un puchero—. Hasta pronto, Eme.

Ella agitó la mano a modo de despedida.

—Hasta pronto, bonita.

—Gracias por llamar y también por haberla cuidado hasta mi llegada —añadió Noel con frialdad.

Luego tomó de la mano a Candela y ambos salieron a la calle.

Maya se desplomó en una de las sillas del patio.

Iba a necesitar algo mucho más eficaz que un mantra la próxima vez que tuviera que verse cara a cara con Noel.

47
TU FAMILIA TRIANERA

Deseamos que tengas una próspera y satisfactoria vida y que pronto vengas a contárnoslo, porque te echaremos de menos.

Te quiere,

Tu familia trianera

—Y nos hemos reunido hoy aquí para concretar la sucesión en lo que se refiere al Hotel Altozano Triana, situado en la calle Alfarería número…

»… Los tres meses preceptivos se han cumplido, de modo que la propiedad se transfiere en este acto a la señora doña Maya Palacios Berenguer, con DNI… y domicilio en…, viuda de don Ángel Vargas Muñoz, con DNI…

»Desde este momento se constituye en única propietaria del establecimiento, si bien la gestión y dirección del mismo, mientras la titularidad se mantenga, continuará perteneciendo a la familia del finado.

—Pero renunciamos. No queremos gestionar ese hotel. Te lo cedo por completo —dijo dirigiéndose a Maya—. Puedes venderlo, alquilarlo o tirarlo.

—¿Estás loco, hermano? ¿Vas a regalarle lo que es nuestro? Esta tía es una hija de puta y nos ha engañado a todos. No merece ni el aire que respira.

—Cállate, Guille.

—Pero es una delincuente. ¡Si hasta falsificó sus documentos! —expuso Guille con furia.

—¿Y qué nos importa? Al fin y al cabo, es lo que él quería, ¿no? Fue su voluntad.

—Pero no estaba en sus cabales —opuso Aurora. Era una morena guapísima de ojos rasgados que debía de estar cerca de los treinta. Tenía el cabello largo y ondulado y ese aspecto agitanado que en general la gente de fuera les presume a las sevillanas.

Maya asistió al intercambio de opiniones entre los hermanos como una espectadora en un partido de tenis. Cuando supo que ya se había fijado una fecha para la reunión en la notaría, experimentó alivio. Aunque también una honda pena: el final había llegado, nada la retenía ya en Sevilla; una vez que se puntualizaran ciertos detalles y se formalizara la sucesión, ella volaría rumbo a ese lugar de donde no debería haber salido nunca, tal como le había recordado Noel.

—Además, si dejas la dirección del hotel, ¿qué harás a partir de ahora? —porfió Aurora.

En aquel momento, los cinco sentidos de Maya se centraron en la posible respuesta.

—Volver al mar.

El corazón de Maya aceleró los latidos y este sonido reverberaba en sus oídos al punto de ensordecerlos. ¿Noel regresaba al mar? Y ¿adónde se trasladaría?

—Pero Noel, te recuerdo que es crucial para obtener la compartida disfrutar de una estabilidad laboral. ¿Qué vas a hacer con Candela?

Era la misma pregunta que se estaba haciendo ella.

—Tengo planes, pero no creo que este sea el lugar ni el momento de discutirlos —zanjó con brusquedad.

Noel pensó con ironía que, de alguna manera, María Palacios o, mejor dicho, Maya Palacios, le había hecho un doble favor porque lo había forzado a recuperar su libertad al mismo tiempo que le recordaba que no se podía confiar en una mujer.

El notario había salido tras la lectura del documento, dejándoles tiempo para que discutieran lo preciso antes de firmar los papeles. Maya se dijo que Noel estaba soberbio en su traje de chaqueta, con el aspecto de haber trabajado sin descanso y unas ojeras que daban fe de que sus sospechas eran ciertas, pero guapísimo. La expresión concienzuda de su rostro al dirigirse a sus hermanos aumentaba más aún su atractivo.

Ella lo admiró por su valentía y determinación. De haber tenido la certeza de que no la rechazaría, se habría arrojado a sus brazos. Necesitaba pedirle perdón. Durante el tiempo que habían pasado separados, había comprendido y aceptado muchas cosas. Como el hecho de que ambos fueron víctimas de las circunstancias, y no culpables.

En aquel momento, su estómago se contrajo y sintió arcadas. Pero no podía culpar a Noel por odiarla, porque había acumulado suficientes méritos. Los dos habían cometido errores, en realidad. Mientras él no aceptase ese hecho, jamás la perdonaría.

Buscó sus ojos, pero Noel estaba muy lejos de ella, a una distancia irreconciliable. Como cuando dos trenes se cruzan circulando en paralelo por distintas vías. De fondo, escuchaba las voces entremezcladas de los hermanos, que no se ponían de acuerdo.

—Soy yo la que renuncia —declaró, captando la atención de todos—. Es verdad que he cumplido con los términos recogidos en ese documento, pero no me interesan ni el hotel ni los beneficios que pueda reportarme. Sé que Ángel debió de tener sus motivos para incluir esa cláusula en su testamento —continuó—. Y, aunque respeto

su voluntad, no siento que el hotel ni nada que tenga que ver con la familia Vargas me pertenezca. Voy a firmar la renuncia. Podéis quedaros tranquilos —anunció.

Y después se fue.

Cuando Mariano llegó a la notaría, se cruzó con Maya Palacios, que salía. «Como un torbellino», les contó a los que consideraba sus sobrinos, ya que el padre de los Vargas había sido su compadre.

Noel fue el único que pareció no escucharle, pues, desde hacía apenas un par de minutos, buceaba en las profundidades de sus pensamientos.

Unos días después, Maya colocaba sus pertenencias en la maleta. ¡Por fin todo se acababa!

Recibió la ayuda del señor Ordóñez y de las chicas francesas para bajarlas por las escaleras. Nicole y Amélie la abrazaron con efusión.

—¡Qué pena que te vayas! —exclamó Amélie, que había mejorado mucho su español.

—Siempre pensamos que seríamos las primeras en dejar el patio y, sin embargo, te nos has adelantado —aseveró Nicole. El curso había concluido, pero ellas prolongarían su estancia hasta septiembre.

—¿Vendrás a vernos a Lyon?

—Me encantaría —manifestó Maya, incapaz de contener la emoción.

En aquel momento, llegaban Rosella y Esperanza que estaban arregladas y peinadas para la ocasión. La familia Ordóñez al completo se les unió también.

Hasta Lope estaba presente, alegando que no podía faltar a la despedida.

—Mi amiga ha insistido en que hoy es un día importante y debíamos acudir a la cita vestidas de domingo —dijo Esperanza señalándose la ropa.

Maya observó que tanto ella como Rosella traían regalos en las manos.

—Estos son unos detallitos. Para que te acuerdes de nosotros cuando estés lejos. —Rosella le tendió una bolsa. En el interior, había dos paquetes. Antes de abrirlos, leyó la tarjeta que los acompañaba.

> Deseamos que tengas una próspera y satisfactoria vida y que pronto vengas a contárnoslo, porque te echaremos de menos.
>
> Te quiere,
>
> Tu familia trianera

Reprimió las ganas de llorar y agarró con fuerza el primer paquete. Le quitó el envoltorio y comprobó que era una taza grabada con el decálogo del patio de vecinos y una leyenda que rezaba «Tu

familia trianera». Debajo podían leerse las firmas de cada uno de los habitantes del patio y un pequeño dibujo que los representaba.

—Cada vez que beba en ella, pensaré en los momentos compartidos. ¡Muchas gracias!

—Abre el otro —pidió Nicole.

Se trataba de un libro de cuentos con el sugerente título de *Érase una vez en Sevilla* y que, según adelantaba en la sinopsis, reunía historias que estaban entre la realidad y la ficción y que hablaban de tradiciones e historia, de misterios y de secretos.

Un poco como su vida, reflexionó con ironía.

—Lo leeré con mucho cariño —aseguró. Y no mentía, aunque tal vez necesitase un tiempo para sumergirse en aquellos relatos que la devolverían a la ciudad donde había sufrido un nuevo vaivén emocional.

—Y esto es para que te endulces el viaje. —Esperanza le entregó la última bolsa. En el interior, había un bizcocho—. Tranquila que lo he hecho yo.

Todos rieron menos Maya, que finalmente había sucumbido a la fuerza de los sentimientos y estallado en lágrimas. Lágrimas que fueron enjugadas con las muestras de cariño y aliento recibidas.

—¡Vuelve pronto!

—Pero no tardes mucho, no vaya a ser que tengas que venir a vernos al cementerio —bromeó Esperanza.

—¡La madre que te…! —Esta vez fue Rosella la que le sacudió el brazo.

—¡Ay! ¿Te atreves a pegarme? —protestó Esperanza.

—¡Me dijiste que espabilara!

—Pero poquito a poco. Deja que nos acostumbremos, ¿vale?

La escena le sirvió a Maya para recobrar el ánimo. Se secó la humedad que le nublaba la vista, sorbió los mocos y enfrentó a sus amigos.

—Antes de irme, debería presentarme —expuso—. Me llamo Maya, tengo veintiséis años y nací en Alicante, pero he vivido los últimos años en Londres donde me dedico al diseño de calzado. Vine a Sevilla porque debía trabajar en el Hotel Altozano Triana durante tres meses y ahora, pasado ese tiempo e incluso un poco más, regreso a casa.

Por mucho que deseemos prolongarlas, todas las despedidas guardan ese penoso instante de agitar la mano en el aire y contemplar la espalda del que se va. Cuando Maya subió al taxi que la esperaba en la calle para llevarla al Aeropuerto de San Pablo, sus vecinos regresaron, la nostalgia ya a cuestas, al interior del patio.

Pero existe otra máxima indiscutible sobre las despedidas que

seguramente te hayan contado alguna vez y es que todo adiós supone un nuevo comienzo.

Nuevas oportunidades, puertas que se cierran y otras que se abren… Como la del apartamento de Maya. Mientras la familia Ordóñez, las francesas y Lope regresaban a su rutina, Esperanza y Rosella retomaban la suya que incluía comprobar que en la primera planta todo hubiese quedado al gusto del casero.

A veces la suerte está de nuestra parte, como aquella tarde en la que nuestras adorables ancianas descubrieron que la inquilina del primero izquierda había dejado la puerta entreabierta.

Así es como Rosella pudo comprobar que los tres objetos que durante meses estimularan su curiosidad habían desaparecido: ni los zapatos ni el espejo ni aquel original paraguas ocupaban el vestíbulo que ahora lucía, por cierto, desolado y triste.

—¿Por qué están todos estos espejos tapados? —planteó Esperanza.

—Había uno en la entrada que no lo estaba. Tenía un marco precioso —apuntó Rosella pensativa—. Puede ser que solo necesitara uno.

—O que odiara verse —razonó Esperanza. Comprobado estaba que la intuición de la anciana fallaba en muy pocas ocasiones.

De una carrera, Rancio atravesó el pasillo y se coló en la habitación. Las dos mujeres lo siguieron. Había junto a la pared una mesa escritorio y, sobre ella, Maya había dejado algunos bocetos.

—Esta chica es buena en su trabajo —concluyó Rosella tras admirarlos uno por uno.

—Originalidad no le falta. La próxima vez que la veamos podemos pedirle que nos diseñe unos zapatos cómodos y elegantes al mismo tiempo, y no esos ortopédicos horrorosos que suelen adjudicarnos a los mayores —sugirió Esperanza.

Luego de inspeccionar cada rincón del apartamento, Rosella comentó, sin ocultar su decepción:

—Pues al margen de los espejos, no había ningún misterio misterioso por descubrir. Nuestra amiga era más normal de lo que aparentaba.

—¿Qué esperabas? —le preguntó su amiga—. ¿Que tuviera unos cuantos cadáveres escondidos en el ropero?

—Entonces, ¿por qué no quería que entráramos?

—Lo que pasa es que esa chica se dio cuenta de que a ti te gusta mucho oler y ha estado confundiéndote todo este tiempo.

—Tú tampoco has estado muy acertada en tus análisis —le reprochó Rosella—. ¿No afirmabas que entre ella y el director del hotel había *salseo*?

—¿Salseo? Chica, pero ¡qué moderna!

—Unos meses con las francesas y las pilas puestas. Pero no me has contestado…

—Lo afirmaba y lo afirmo. Ahí hubo algo. Las miradas no engañan y yo cacé más de una entre los dos. Ahora que, si no ha sabido echarle el lazo a un tipazo como ese y lo ha dejado suelto, ¡yo no respondo de lo que pueda pasar! Mis encantos no pueden ignorarse —apuntó Esperanza con su característico sentido del humor.

Mientras las ancianas merodeaban por el apartamento, Maya se dirigía hacia el mostrador de facturación de la compañía para dejar la maleta y recoger la tarjeta de embarque. Ya no tenía fuerzas para continuar flagelándose. Había asumido la responsabilidad de sus actos, como también había asimilado que hay cosas que suceden a pesar de todo.

Como el hecho de haberse enamorado de Noel Vargas. Mientras vigilaba, mientras esperaba para descargar el golpe, se había sentido seducida por la honestidad y la capacidad de superación del que hasta entonces consideraba su acérrimo enemigo.

Al advertir el sentimiento, lo había rechazado y también se había rechazado a sí misma. No tenía ningún derecho a ser feliz. Ella, que no había sabido cuidar de Ángel, que no lo supo querer como él lo necesitaba, lo traicionaría de la manera más cruel entregando su corazón a alguien más.

En su descargo, solo podía alegar que, aunque ni siquiera habían pasado dos años desde que Ángel se fue, ella ya lo había perdido mucho antes.

La chica del mostrador le devolvió la documentación, mostrándole una sonrisa.

—Puerta de embarque número 12. Abrimos en unos treinta y cinco minutos. Gracias.

Maya tomó lo que le tendía y le dedicó un breve saludo con la cabeza.

Perder, renunciar, anhelar, echar de menos.

Había llegado el momento de dejar atrás.

El momento de olvidar.

48
PUCHERO ANDALUZ

400 g. de garbanzos
2 zanahorias
2 patatas
2 ramas de apio
2 nabos
1/2 pollo
1/4 kg de carne de ternera
1 hueso de espinazo salado
1 trozo de costilla
1 trozo de tocino mediano o pequeño
1 trozo de jamón
1 hueso blanco
1 puerro
Sal (si fuese necesario)
Agua (unos 4 l aproximadamente)

Para el caldo del puchero: fideos o arroz (opcional), hierbabuena fresca, pan blanco y un chorrito de limón.

—Te lo dije, que Maya Palacios no tiene la culpa de todos los males del mundo.

—De todos no, pero de la mayoría de ellos, sí —porfió Noel.

Acababan de salir de la comisaría donde Lope los había puesto al día de las novedades sobre la investigación.

—Trataron de confundirnos usando servidores *proxies* para comunicarse con el sitio web. Pero nuestros rastreadores han localizado al intermediario y también a ciertos estudiantes que, por otro lado, dejaban sus comentarios maliciosos a cambio de dinero.

—¿Alguien usaba esas tretas para perjudicarnos? —había planteado Mariano.

—Alguien con nombre y apellido y que deben conocer, porque pertenece a su círculo de amistades —había aventurado el inspector.

Noel, que estaba seguro de haber superado a la traicionera Maya Palacios, había notado como el corazón se le caía a los pies en aquel instante. Porque en el fondo albergaba la esperanza de que ella no tuviese nada que ver con lo ocurrido.

La mirada desesperada que le dedicó a Mariano había incitado a este a solicitar a Lope Romero que continuara.

—Pero no nos tenga en ascuas, inspector.

—¿Les suena el nombre de Melisa Campanello?

Noel había sentido que volvía a respirar. Comprendió que necesitaba, más que cualquier otra cosa en el mundo, volver a confiar y a creer.

—¿Melisa? Pero si es una tía estupenda, ¿qué puede tener en contra de nuestro hotel? —se había preguntado Mariano. Pero, al ahondar en los ojos de Noel, obtuvo la respuesta que necesitaba.

Se habían despedido de Lope, agradeciéndole su trabajo y tras interponer una denuncia en contra de Melisa. No podían dejarlo estar porque el daño que ella les había causado suponía pérdidas importantes, tanto económicas como sentimentales.

—No sufras, Noel, porque nos recuperaremos. Solo debemos mantener el nivel y la calidad, tal como lo hemos venido haciendo hasta ahora. Lo demás, vendrá solo. Porque muerto el perro, se acabó la rabia.

Los celos profesionales y personales de Melisa la habían llevado a mostrar un comportamiento infame. Según les había narrado Lope, el episodio de la caída de la línea también era adjudicable a la hostelera.

—Definitivamente, se le ha ido la pinza —fue la conclusión de Mariano.

Aquella tarde Noel no se sentía bien consigo mismo; las dudas comenzaban a germinar en su ánimo. Los motivos que había ido anotando en su lista para odiar a Maya Palacios se iban cayendo uno por uno. Ni los comentarios contra el hotel, ni los problemas con internet, ni el incidente del pescado podrido tenían nada que ver con ella. En cambio, recordaba con una nitidez agobiante todos los favores y buenas acciones que, durante el tiempo que permaneció junto a ellos, había acumulado: el modo en que trataba a los clientes del hotel, cómo se prestaba a ayudar a sus compañeros cuando lo necesitaban; las conversaciones con Candela o la paciencia que demostraba en sus encuentros con las ancianas que, si bien resultaban tiernas, no disimulaban su interés por ella hasta el punto de agobiarla.

«Pero miré dentro de sus ojos, como me aconsejaste, y allí vi una chica genial». Las palabras de Candela lo sacudieron igual que una bofetada. Ella le había sabido quitar el disfraz a Maya mucho antes que él. El rencor y un pasado que le costaba superar lo habían empujado a aborrecerla.

¿Había sido injusto? ¿No había sufrido ella acaso una pérdida equiparable a la suya?

«Al menos deberíamos hablar —se dijo—. Aclarar las cosas, decirnos todo lo que sentimos mirándonos a la cara y sacarnos las espinas que tenemos clavadas en la piel».

Se puso en pie con ese propósito en mente.

Y salió.

—¿A quién vas a adoptar ahora? No pienso secundar tus locuras.

Rosella levantó la cabeza y clavó sus ojillos en su amiga.

—¿Y perderte la diversión de arreglarle la vida?

Esperanza se acercó y olió el guiso que estaba preparando.

—Después de las lentejas, mi plato menos favorito de los que tú elaboras es el puchero.

—Muchas gracias. Tus palabras son alentadoras.

—¿Y quién dice que debamos alentarte? —murmuró Esperanza.

—Te he oído.

—Pues escucha esto también: el bueno de Eulogio, que me adoraba, siempre decía «Esperanza, en la cocina eres una reina, pero para la plancha eres una mendiga porque no es lo tuyo». Y yo no me enfadaba. ¿Sabes lo que hacía? Que le dejaba esas tareas a él, que era el que sabía. ¿Por qué no te aplicas el cuento?

—Buenas tardes.

Rosella y Esperanza dieron un salto.

—¡Pero si es *el hombre*!

—¿Qué tal están mis niñas?

—Ahora que te vemos, estupendamente —aseguró Esperanza, haciéndole ojitos.

—¿Qué necesitas? ¿Has venido a probar mi puchero?

Esperanza aprovechó que Rosella estaba de espaldas para indicarle a Noel con una mueca de horror cuál debía ser su respuesta.

—Otro día quizá —respondió Noel divertido—. Hoy solo he venido a saludarlas. Tengo poco tiempo y me gustaría charlar con Eme.

—Pues deberías llamarla por teléfono —apuntó Rosella.

—Lo tiene apagado o fuera de cobertura. Y la he buscado en su apartamento, pero parece que ha salido. ¿Saben a qué hora regresará?

Ambas mujeres intercambiaron una mirada significativa.

—Maya se ha ido. —Esperanza lo dijo lentamente, como si quisiera acariciarlo con cada palabra.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Ha vuelto a Inglaterra. Allí hacía zapatos, ¿sabes? —le explicó Rosella.

—Pero el apartamento… Pero Rancio…

—Sí, ese gato estúpido la echa de menos. Lleva ahí tumbado desde ayer.

—Y eso que al chico nuevo no le hacen gracia los animales. Por lo visto, es un poco alérgico. El casero no ha esperado mucho para sustituirla…

—Ya le habíamos cogido bastante cariño y va a ser difícil que ese tipo larguirucho y patoso nos encaje —protestó Esperanza.

—Tampoco Maya te gustaba mucho cuando llegó.

Esperanza se encogió de hombros.

—Tú eres más facilona que yo.

Noel se despidió no sin antes prometer que volvería para comer con ellas.

—Y traiga a la niña —pidió Rosella—. Ahora que se ha acostumbrado al gato, seguro que lo extraña.

Noel pospuso la cita que tenía con los proveedores para caminar un rato a lo largo de la ciudad. Tenía que digerir las últimas noticias y, sobre todo, superar el nudo que se le había formado en la zona abdominal.

Maya se había ido. Había vuelto a su vida, a su mundo, a esa zona de seguridad que le pertenecía. En Londres la esperarían su auténtico trabajo, sus amigos, quién sabe si un posible amor que aguardara su oportunidad de concretarse.

Se le había hecho tarde. Aunque tal vez fuera mejor así, pues los dos arrastraban heridas tan profundas que no estaban preparados para aceptarse mutuamente.

Experimentó una intensa oleada de sentimientos al darse cuenta de que el amor que una vez lo desbordó resurgía dentro de él. Que cada una de las emociones vividas lo afectaba de un modo dolorosamente intenso, como si estuviese siendo agitado en una coctelera.

Su piel clamaba por la de *María*. Sus labios demandaban sus besos.

Y supo que superarla le iba a suponer un esfuerzo más grande que la inmensidad del océano.

49
LONDRES, CINCO MESES MÁS TARDE

—¿Durante todo este tiempo habéis sido pareja Madame Purpurina y tú? ¡Thomas! Deberías habérmelo contado. ¿Cuántas veces la hemos despellejado juntos?

—Tenemos una larga historia de idas y venidas.

—Pero cuando discutíamos, tú siempre intercedías por mí.

—¡Porque llevabas razón! Isla puede resultar insoportable cuando se lo propone. Y uno debe saber separar lo profesional de lo personal.

—Pero el mote… ¡Se lo pusiste tú!

—A ella le divierte también.

—¿Isla sabe que la llamamos así? —Me tapé los ojos con la mano—. ¡Qué vergüenza! Ya no voy a ser capaz de mirarla a la cara.

—Créeme: lo harás.

—Pensaba que la odiabas.

—Y lo hago. A veces. Bastante a menudo, por cierto. Aunque no puedo vivir sin ella. Qué le vamos a hacer.

«En esta vida —me dije—, nunca hay que darlo todo por hecho. La vida te sorprende en todo momento y de mil maneras distintas».

—Ahora que lo sabes, es tu turno de contarme tu secreto.

—No hay secreto alguno.

—¿No tienes una superoferta de alguna tienda? Digamos que en Australia…, Singapur…, ¿Canadá?

Negué con vehemencia.

—Frío frío.

—¿Es aquí en Londres? ¡No me digas que te vas a la competencia porque Isla no te lo perdonaría jamás!

Reí.

—Helado como el Polo Sur.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó con desesperación—. ¿Por qué te marchas? ¿Por qué dejas un trabajo para el que eres buena?

Me acerqué y me senté junto a él. Lo miré a los ojos.

—Necesito un descanso, un cambio de aires.

—¡Tómate unas vacaciones!

—Eso no servirá. Quiero desvincularme, liberar cadenas. Alejarme de este lugar que me trae tantos recuerdos. Creo que he sido justa regalándoos los próximos casi cuatro meses. No dirás que no os lo he advertido con el tiempo suficiente. Podéis encontrar a alguien que me sustituya.

—Pero no será como tú.

—Será mejor, y no volveréis a acordaros de mí. —Le regalé una sonrisa—. Yo soy un muermo. ¿Cuántas veces me lo has reprochado?

—Solo fue una etapa en la que te veías extremadamente triste. Mi objetivo era *espabilar a la niña* —dijo estas últimas palabras en español y soltó una carcajada—. ¿Has visto cómo domino el idioma?

—Ahora debes aprender italiano. O griego. Contratad a algún nativo de estos países. Español ya sabes.

Thomas frunció el ceño.

—Ya estoy demasiado viejo para tanto cambio. Te quiero a ti.

—Una vez que presentemos la próxima colección, me iré. No voy a cambiar de opinión por mucho que insistas.

—¿Ni aunque te aumentemos el sueldo?

Agité la cabeza.

—Mi tiempo aquí se ha agotado. Quiero instalarme en otro lugar. Y empezar de nuevo.

—Pero ¿dónde?

—Aún no lo he decidido. París, Roma... Cualquier lugar donde valoren mi trabajo.

—¡Aquí lo hacemos!

Le di un abrazo.

—Lo sé, pero debo continuar. Hay demasiadas cosas que me atan a esta ciudad. Y siento que iniciar otra etapa me sentará bien. He de romper esos lazos.

Me despedí de Thomas esa tarde un poco antes de lo habitual. Había quedado en ir a recoger a Fanny al aeropuerto. Después de seis meses en Estambul, disfrutando, según sus palabras, «de las mieles del amor» con su recién recuperado novio, regresaba a casa.

No la había visto desde que me marché a Sevilla y estaba como loca por que me contara.

—¡Amiga! —Extendió los brazos y yo corrí a abrazarla. Al notar su cuerpo robusto contra el mío, rompí a llorar.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Es porque te he dejado sola estos últimos meses? ¡Lo siento mucho!

Quería decirle que ese no era el motivo y que tenerla de nuevo cerca me había removido muchas sensaciones. Pero estaba atorada, con el corazón en la piel y un nudo estupendo en la garganta.

Así que Fanny aguantó con paciencia los interminables minutos que pasé acoplada a su espalda, con la mejilla en su hombro, empapándola de lágrimas.

—¿Y qué tal está mi cacatúa favorita? —preguntó Fanny un rato más tarde, en la cafetería del aeropuerto donde nos habíamos sentado un momento «para calmarnos»—. ¿Te reconoció cuando la fuiste a recoger? No me hacía mucha gracia dejarla en casa de Amal, pero no

podía llevarla conmigo a Estambul. Hamza tiene seis gatos y no creo que hubiese estado a salvo. ¡Son unos salvajes!

Pensé en Rancio, en lo inofensivo y tontorrón que era, y sonreí.

—¿No me crees? —preguntó Fanny, que interpretaba mi sonrisa como un desafío. Agarró el móvil y fue enseñándome fotos de cada uno de los felinos, revelándome los nombres tanto de los animales como de sus famosas trastadas.

Rancio era mi vara de medir en todo momento. Tanto que me evadí al evocar la tarde en la que Candela lo disfrazaba para la sesión de dibujo y la expresión resignada que el modelo ostentó mientras posaba.

Y solté una carcajada.

—Tienes una risa aterradora. ¿Qué es lo que te ha pasado? Necesito saberlo, porque estás muy, pero que muy rara.

Las siguientes dos horas estuve poniéndola al día. Mientras hablaba, me daba cuenta de cuánto estaba necesitando desahogarme. Era liberador poder compartir con alguien todos aquellos sentimientos que me pesaban sobre el alma.

—Así que te marchaste sin mirar atrás. Sin una conversación para aclarar las cosas. Sin decirle lo que sentías.

—Él no me habría escuchado. Estaba enfadado y con razón.

—Bueno, tú también tenías tus motivos. No es que esa familia te tratase muy bien.

—No me conocían. Y yo no llegué allí con las mejores intenciones.

—Eso es verdad. Fuiste una hija de puta como una casa de grande.

—¡Fanny!

—¿Prefieres que te regale la orejita? Asúmelo, amiga: no te portaste bien.

—Ellos tampoco. Cuando Ángel los necesitó, nos dejaron solos.

—Pero esa fue la vida que escogisteis los dos. Solos, fuera del mundo.

Era una condena sin paliativos a la vez que la verdad más absoluta que me habían cantado en años.

Fanny alargó la mano y, desde el otro lado de la mesa, agarró la mía y me la frotó con cariño.

—La muerte de Ángel no fue ni responsabilidad tuya ni culpa de los Vargas, Maya. Y castigaros por ello no va a conduciros a nada —afirmó con rotundidad—. Volvamos a casa. Hay algo allí que quiero mostrarte.

Fanny inventó una excusa para dejarme sola y me encontré en medio de la habitación, sentada en el butacón de color coral que ella

tanto adoraba, con aquel sobre quemándome la mano, anhelando y temiendo a un mismo tiempo descubrir su contenido.

Fanny no se cortó a la hora de reconocer que había leído el mensaje que contenía. Ella era así: espontánea, sincera, incapaz de aparentar o fingir.

—Me encapriché de una jaula de color lila para Triana. Era más grande y tenía escaleras, columpios y plataformas suficientes como para que estuviese entretenida por mucho tiempo. Así que la compré para trasladarla allí.

»Al vaciar la antigua jaula, me di cuenta de que el suelo estaba algo hinchado. Levanté la parte inferior de la jaula y allí estaba el sobre. No estaba cerrado y ni siquiera llevaba tu nombre, así que lo abrí y extraje la carta.

»Cuando empecé a leer, comprendí a quién estaba dirigida y también su procedencia. Pero ya era tarde para detenerme: la curiosidad era más fuerte que la prudencia. Así que pequé, porque la leí de tirón.

»Luego me debatí entre informarte o no del hallazgo. Y llegué a la conclusión de que no era algo que pudiese comunicarte por teléfono.

> Mi querida Maya:
>
> De todas las cartas que he escrito, esta es sin duda la más difícil. Porque tiene sabor a despedida. Debes saber que te he amado como a nada ni nadie en el mundo. Y que he disfrutado cada día a tu lado, tanto los buenos como los malos. Viéndolo en retrospectiva, no cambiaría un solo momento de los que hemos compartido, porque todos nos pertenecen en la misma medida. Nuestra historia es una de esas típicas de libros, con sus subidas y bajadas, los carruseles emocionales y finales apasionados que no cabrían ni siquiera en las mejores películas.
>
> Te preguntarás entonces por qué hoy decido marcharme, alejarme de ti. Yo también sigo buscando la respuesta. Hace mucho que le doy vueltas a la idea de que estarás mejor sin mí. Y no puedo evitarlo; aunque admito que este es el camino fácil, no tengo fuerzas para seguir luchando.
>
> Antes de irme, he querido hacerte un regalo. Te conozco; sé que te sorprenderás y que me maldecirás y que te preguntarás hasta la saciedad por qué decido por ti. Pero dejarte el hotel, ponerte en contacto con mi familia es lo mejor que puedo hacer por ti. Te lo debo. Espero que sepan cuidarte, que se permitan conocer y amar a la mujer fabulosa que yo sé que eres. Sé que lo harán. Confío en Mariano, confío en la bondad de mis hermanos que serán incapaces de cerrarte los brazos.
>
> No quiero que me guardes rencor y tampoco que me recuerdes con dolor. No sientas lástima porque yo estaré feliz. Desde donde quiera que me encuentre, te estaré animando a convertirte en la mejor diseñadora de calzado del mundo. Mi bombón. Mi rescatadora de almas.
>
> Tú me enseñaste a ser libre, y ahora que por fin puedo desplegar mis alas, me siento en paz.
>
> Siempre tuyo,
>
> Ángel

Tras unos meses en *stand-by*, mi corazón volvió a marchitarse. Pero sería la última vez, me lo prometí a mí misma con solemnidad. Porque aquel mensaje inesperado llegaba en el mejor momento. La confusión que había experimentado cuando él me dejó se volvía en ese

instante claridad. Durante mucho tiempo, le reproché a ángel que nuestro amor no fuese suficiente para él tras asegurarme que me adoraba, que respiraba por y para mí. Por fin asimilaba que su partida nada tenía que ver con el amor, sino con la necesidad de libertad que él no había sido capaz de cubrir ni mientras satisfacía las expectativas de su familia ni cuando creía deber colmar las mías.

Simplemente, Ángel se quería más a sí mismo. Y sus ansias de volar chocaban frontalmente con cualquier compromiso que hubiera podido adquirir a lo largo de su vida. Los vínculos establecidos se habían convertido para él en cadenas.

Y la única manera que había encontrado de romperlos era abandonarlo todo de un modo radical.

La vida se reducía a hacer elecciones. Él había escogido morir y yo elegía vivir.

Me asomé a la ventana; la tarde caía y el cielo estaba lleno de formaciones de nubes que habían adquirido un color rosado. Me pareció que la brisa era diferente a como lo había sido hasta entonces porque arrastraba consigo el frescor de algo nuevo y estimulante. Un graznido adelantó el vuelo de una gaviota. Pasó frente a mis ojos, casi rozándome con descaro y, de forma automática, pensé en él.

Me habría gustado que Noel hubiese podido leer aquella carta y percibir, como yo, el mensaje de Ángel como un regalo que lo liberase de sus cargas.

Pero no podría ser porque él estaba demasiado lejos.

50
LONDRES, OCHO MESES Y MEDIO MÁS TARDE

Me había costado, pero por fin había reunido el valor suficiente para llevarlo a cabo. ¡Llevaba tanto tiempo posponiendo el momento que me parecía mentira estar allí, caminando bajo el cálido abrazo del sol de la mañana, sumando un paso tras otro con esfuerzo para alcanzar mi objetivo!

Otra primavera que caía, aunque en Londres aún se notaba el frío. Me moví por los caminos de tierra evitando en lo posible reparar en las inscripciones y apartándome de los turistas que, cámara en mano, inmortalizaban el momento. El ambiente gótico que nos envolvía me recordó un pasaje, años atrás, cuando Ángel y yo paseábamos de la mano entre los mausoleos que albergaban los restos de algunos de los personajes más famosos de la historia. Él me iba narrando la historia de cierto vampiro que habitaba el cementerio desde tiempos inmemoriales, acechando a los visitantes, y me instó a permanecer allí hasta el amanecer, para sorprenderlo.

Ahora era él quien residía en aquella casa misteriosa no exenta de tragedia, ironías del destino.

Me detuve por fin frente a su lápida, flor en mano, y suspiré. Allí estábamos, de nuevo frente a frente para encarar una nueva despedida. Esta vez era yo quien se marchaba. Le decía adiós a la ciudad que me había dado la mayor de las felicidades y la mayor de las tristezas. En una semana, tomaría un vuelo con dirección a Milán. Sin billete de vuelta. No me esperaba ninguna oferta laboral y ni siquiera eso me preocupaba. Mi único propósito era apartarme de lo conocido y explorar nuevas posibilidades. Desplegar definitivamente las alas.

Arrojé la flor y volví a perder la mirada en el cielo. Aves, esta vez cuervos, lo sobrevolaban. Una nube densa ocultó el sol y la niebla, que apuntaba maneras, hizo por fin acto de presencia.

«Todo muy londinense y apropiado», reflexioné.

Como la escalofriante tranquilidad que se respiraba.

—Maya. —El sonido de aquella voz me erizó la piel. Me giré para encontrarme con Noel—. Hola.

—¡Noel! ¿Qué haces aquí?

—Tu amiga Fanny me dijo que vendrías. Necesitaba verte. A los dos en realidad. —Señaló hacia la lápida. Me aparté para que pudiera verla. Se acercó y se colocó a mi lado—. Lo echaba de menos. Y a ti

también.

Busqué sus ojos; había lágrimas en ellos y la profunda emoción que los embargaba traspasó el ámbito de lo físico, sacudiéndome el alma.

También mi cuerpo vibró y no por efecto del frío.

—Maya, hace más de dos años perdí a una de las personas a las que más quería. No puedo perderte a ti también.

Me eché a llorar. Había contenido tantas emociones durante tanto tiempo que me daba cuenta de que lo necesitaba.

Noel acortó la distancia que nos separaba para acunarme entre sus brazos.

—Lo siento mucho, Maya. Perdóname, ¿vale? —Me besó el pelo —. ¿Podrás?

La voz no me salía, así que asentí con la cabeza.

—Ya sé que he tardado mucho, pero he comprendido que estaba equivocado. Tú no tuviste la culpa y tampoco yo la tuve. Él estaba predestinado a volar —afirmó contra mi oído.

Luego se apartó y, sosteniéndome la mirada, me limpió el rostro con las palmas de las manos.

—¿Te gustaría regresar conmigo? Candela te extraña. Y Mariano. Y Guille. Se arrepiente mucho de las cosas que te dijo. Y tiene una tarjeta nueva donde ha añadido una frasecita que dice «granuja profesional».

Me reí, no sé si por la expresión horrorizada de su rostro o como consecuencia de la alegría que experimentaba y que me recorría el cuerpo en forma de cosquillas.

—Te necesitamos. Para que pongas orden en el hotel. ¡Sin ti estamos abocados al fracaso! ¿Puedes creerte que Guille ha sentado la cabeza? Se ha convertido en la mano derecha del director.

—¿Guille te echa una mano en la oficina? —pregunté, recuperando el dominio de mis emociones.

—¿A mí? —agitó una mano en el aire—. ¡Oh, claro que no! Al director. —Alcé las cejas—. Ya no me corresponde ese cargo. Ahora la gestión de Altozano Triana corresponde a alguien mucho más preparado que yo: el gran Mariano. Y Candela se pasa el día y la noche hablando de ti. Le caes bien porque la tratas de un modo diferente a como lo hacen los demás. La gente suele hablarle dando por hecho que es una niña y eso a ella no le gusta. Y Rancio…

—¡Noel! —lo interrumpí—. Si no trabajas en el hotel, ¿qué es lo que haces ahora?

Sonrió y mi corazón se saltó dos latidos.

—Ahora trabajo en Cádiz, en el Centro de Coordinación de Salvamento Marítimo.

—Entonces, ¿Candela?

—Vive allí, conmigo. Conseguí la custodia completa. María José renunció a ella. ¿Te acuerdas del día que Candela tomó aquel tren y se plantó en Sevilla? Su madre había salido, dejándola sola. No era la primera vez que lo hacía. Esa denuncia resultó ser muy persuasiva. Tu amigo Lope también me dio unas pistas, las justas como para mantener a mi ex a raya. Ya no nos molesta.

—Pero ¡eso es genial! —exclamé.

—También tenemos a Rancio. Es lo que te iba a contar. El aire del mar le sienta de maravilla. Ya no camina tan encorvado, aunque sigue escarbando en las macetas. No tiene remedio.

Sin darnos cuenta, habíamos comenzado a caminar, cogidos de la mano. Me parecía estar viviendo un sueño imposible, maravilloso e inalcanzable al mismo tiempo, del que no deseaba despertar.

De vez en cuando, Noel se detenía y me regalaba un beso.

—Y Rosella, ¿no lo echará de menos?

—¡Ah, mis niñas de Alfarería! Vamos a visitarla todas las semanas. A Rancio le encanta olisquear los rincones del patio y de vez en cuando se aventura a investigar por el interior de los apartamentos también. Rosella asegura que no lo extraña porque es un pesado. Pero yo sospecho que es solo una excusa para permitir que Candela se lo quede, para que no se sienta tan sola. No imagina que ella ha conseguido tres amigas gracias a esa fórmula tuya basada en quitarles el disfraz.

Lo celebré con una amplia sonrisa. Me admiraba la sensibilidad de Candela, la manera en que hacía suyas las explicaciones, aplicándose lo que le interesaba.

—Dale tiempo y logrará reunir una legión.

—No sé si la industria del calzado esté muy desarrollada en Cádiz, lo que sí puedo asegurarte es que es una ciudad preciosa donde no te faltará la inspiración, y que tendrás una habitación entera para ti, para que puedas desplegar tu arte sin interrupciones.

—¿Sabes que es lo que más me apetece en el mundo? —le planteé. Noel me miró con la expectación bailando en las pupilas—. ¡Que me interrumpan mucho!

Ya había estado sola demasiado tiempo. A partir de ese día, quería pertenecer a una comunidad, formar una familia, sentir el aleteo de las mariposas recorriéndome las venas.

Como en aquel momento.

EPÍLOGO 1

Sevilla, dos años más tarde
EL MEJOR HOTEL

Es sin comparación el mejor hotel en el que me he alojado nunca. Tanto el director como su simpático administrador, Guille, hacen que la estancia sea mucho más que agradable. Pero lo que más me ha gustado es compartir mesa cada día con las dos entrañables ancianitas que dan la bienvenida al establecimiento de forma habitual.

—¡Sela! Date prisa.

—¡Voy!

La puerta del bajo derecha se abrió y una gata blanca, panzona y con un ojo azul y otro verde salió corriendo hacia el patio.

Detrás, apareció Rosella.

—Pero ¡qué guapa te has puesto! —Rosella dio una vuelta sobre sí misma e hizo luego una reverencia.

—Tú tampoco estás mal —dijo señalando a su amiga.

—¡Bah! Un poquito de maquillaje para tapar estas arrugas que ya poco remedio tienen. El vestido, pero, sobre todo, los zapatos —anotó levantando primero un pie y luego el otro.

—«Las reinas también se visten por los pies».

—¡Maya!

Maya dejó las bolsas que traía en el suelo y, de un par de zancadas, se colocó junto a ambas mujeres, para abrazarlas.

—Os he traído zapatos de repuesto, para las ocasiones especiales.

—No es que tengamos muchas de esas, pero se agradece —expuso Rosella.

—Bueno, nunca se sabe. Hoy nos vamos de boda. Y una boda llama a otra boda… —La sonrisa pícara de Esperanza se extendió a sus ojos, que se arrugaron tras las gafas.

—Yo también me he puesto tus zapatos. Me quedan divinos. Y ese lema de las reinas que has inventado *lo va a petar* —afirmó Rosella.

Maya no pudo reprimir una sonrisa. La influencia de Candela en el dominio de la jerga juvenil de sus amigas era más que evidente.

—He tenido mi ayuda… Candela tiene grandes ideas.

En ese momento, entraba la niña. Zapatos del color de las fresas, decorados con purpurina, que reproducían con exactitud los del dibujo que Maya le hizo una vez. Sujetaba a Rancio que saltó de sus brazos al descubrir en la distancia a una nueva inquilina.

La gata, presumida, levantó el trasero mientras Rancio olisqueaba a su alrededor.

—¿Tenéis otro gato?

—Y la hemos bautizado. Se llama Moderna. Hace un par de semanas se coló en el patio y ya no se ha querido marchar.

—Y ¿dónde iba a estar mejor? —planteó Noel, que llegaba en aquel instante. Rosella reparó en los mocasines que llevaba y tuvo que reconocer que, en los pies de Noel, lucían mucho más bonitos que en el solitario y melancólico vestíbulo donde los viera por primera vez.

También se incorporaba a la reunión Lope, con traje de chaqueta azul marino y una corbata con anclas que representaban a la Virgen del barrio, la Esperanza.

—¿Estamos todos listos?

—Falta Nicole, pero ella va directamente a la iglesia.

—Y vosotros, ¿cuándo os vais a casar? ¿Es que aún no te lo ha pedido? —El murmullo provocado por la indiscreta pregunta de Rosella resonó en medio del silencio que imperaba en la capilla.

—Unas cuantas veces, pero siempre me dice que no —respondió, divertido, Noel.

—Porque estamos bien así.

—Si tú no te casas con él, yo me ofrezco voluntaria —manifestó Esperanza.

Esta vez el comentario se escuchó con nitidez. Hasta los novios se giraron para mirarla y las carcajadas se repartieron entre los bancos.

—¿Quiere que le pidamos al sacerdote que le vaya reservando una fecha? —preguntó Amélie, que había conseguido en los dos últimos años hablar un español bastante fluido. Estaba radiante en su vestido de novia.

Esperanza tuvo la decencia de ponerse colorada y la misa se celebró, a pesar de las constantes intervenciones de «las niñas de Alfarería».

Maya asomó la cabeza. En el despacho estaba solo Guille y se le veía bastante atareado.

—¿Mariano no trabaja hoy?

—¿No te lo han dicho? Está de vacaciones. Me ha dejado solo —se lamentó—. Debe de estar remojándose en las fantásticas aguas de la playa El Palmar.

Guille le contó que su jefe estaría fuera una semana; con «sus tres niños», como él los llamaba: Martín, Atún y Natilla.

—Y tú, ¿necesitas ayuda? Puedo quedarme contigo si hace falta.

—Ve con mi hermano, seguro que ya debe de estar echándote de menos. Y no quiero que se ponga celoso. Ya sabemos que mis encantos son superiores a los suyos. ¿Cómo ha estado la misa?

—Ha sido preciosa, emotiva.

—Eso significa que el listón está muy alto. Ahora hemos de

ofrecer una comida a la altura.

—Y así será.

Edu había diseñado un menú a la medida de las necesidades de los novios: una combinación entre platos autóctonos y exquisiteces francesas.

Cuando Maya llegó a la mesa, se estaba organizando un viaje a Lyon.

—No sé cómo voy a arreglármelas para pasar sin Amélie. Es mi amiga del alma —se quejaba Nicole.

—Eso tiene arreglo: búscate un buen sevillano que te amarre a la Giralda y te quedas aquí para siempre —sugirió Esperanza—. Uno como *el hombre*… —Dio un suspirito y todos lo acompañaron con risas. El ambiente era festivo e invitaba a estar contento.

En aquel momento Guille se dirigía hacia la terraza con unos clientes.

Candela lo llamó a voces.

—¡Ven un momento! Tengo que contarte algo.

Noel la instó a callarse y le recordó que su tío estaba trabajando.

—¡Pero es importante!

Por suerte para ella, Guille ya se aproximaba con su sempiterna sonrisa.

—¡Vas a ser tito otra vez! —chilló Candela sin ocultar su emoción —. ¡Vamos a tener un hermanito!

Había sido un día repleto de emociones… y de sorpresas. Las niñas de Alfarería tenían todavía mucho que celebrar cuando regresaron al patio de vecinos. Rosella dejó los zapatos en el vestíbulo de su apartamento y, antes de desvestirse, se miró en el espejo. Desde que lo tenía, se veía mucho más guapa. Era un espejo mágico, como el de la madrastra de *Blancanieves*. Comprendía ahora por qué Maya lo había mantenido sin tapar entre todos los demás. Cuando se lo regaló, Maya argumentó que ya no lo necesitaba.

—Tampoco este paraguas que compré en Portobello. Tenía muchas ganas de estrenarlo, pero en Sevilla llueve poco. Y no me apetece llevármelo a Cádiz conmigo. Representa una época de mi vida que deseo dejar atrás.

A Rosella le habían sorprendido sus palabras por la cantidad de cosas que contaban. Maya se había vuelto abierta y no dudaba en compartir con ella sus sentimientos. Se sentía muy honrada por ello. Era una buena chica, lo supo desde que la vio aparecer por el patio. Ahora que la habían «colocado» con Noel podía dormir tranquila. Curro había aceptado ingresar en un centro de rehabilitación y ya no había nada que la perturbase, a no ser, claro, las disparatadas ocurrencias de su amiga que no eran poco frecuentes.

Un ruido la sobresaltó. Pegó la oreja a la puerta y sintió que esta temblaba. Los arañazos de Moderna no eran moco de pavo.

—Entra, anda —le dijo a la gata al abrir la puerta, y ella se pavoneó con descaro frente a sus ojos, dedicándole una mirada ofendida.

Rosella se dijo que, acostumbrada como estaba al bobo de Rancio, le iba a costar trabajo domar a aquella fierecilla.

—Esta noche duermes en la cocina —la reprendió.

Y cerró la puerta.

EPÍLOGO 2

Playa de San Juan, Alicante, diecinueve años atrás.
EL MEJOR DÍA DE MI VIDA

He pasado una mañana genial. ¡Ha sido el día más divertido de mi vida! Ojalá volvamos a encontrarnos porque eres, definitivamente, el mejor amigo que he tenido nunca.

—En la sombrilla de al lado hay una niña que está sola con su mamá. ¿Por qué no te acercas y juegas con ella?

El niño levantó la cabeza y, tras observarla un momento, expuso:

—No quiero. Es demasiado pequeña.

—Su madre dice que solo es tres años menor que tú.

—¿Solo? Mama, ¡tengo diez años! Soy prácticamente un adolescente. No me apetece hacer castillitos de arena ni hablar con una niña flaca y menuda.

—Yo no soy flaca ni menuda —dijo la niña, que se aproximaba en aquel momento— y tú eres un maleducado. Además, ¿por qué hablas con ese acento tan raro?

—Porque soy sevillano.

—Es horrible. Como tú. No me gustas. No jugaré contigo. —Cruzó los brazos y, apretando los labios, le regaló una mirada helada.

—Vamos, hijo. Seguro que os divertís, ¿qué te cuesta?

—Prefiero esperar a que vuelvan mis hermanos —porfió el pequeño.

La niña lo desafió con los ojos.

—Me llamo Maya.

—¿Como la abeja?

Ella agitó la cabecita de lado a lado. Sus ojos azules brillaron.

—Eso me lo dicen siempre. Deberías ser más original.

La niña se fijó en que él tenía la piel clara y montones de pecas que, repartidas por su cara y su cuerpo, le daban un aspecto interesante.

Sin duda, era diferente a todos los niños que había conocido hasta aquel momento.

—¿Quieres que hablemos de tu pelo del color del vino tinto? —lo amenazó, aunque a ella, en el fondo, su cabello rojizo la fascinaba.

Al niño le hizo gracia, o eso parecía, porque rio.

—¿Pero tú has probado el vino alguna vez? —se burló.

—Quién sabe —respondió misteriosa—. Todos tenemos nuestros secretos.

El niño la observó durante un largo instante.

—Trae ese cubo con el que estabas jugando, el rastrillo y la pala y siéntate aquí. Quizá podamos inventar algo —concedió.

La niña se giró y, dando saltitos, se encaminó hacia la sombrilla bajo la que su madre se resguardaba del sol. Pero a mitad del recorrido, él la llamó.

—¡Maya! ¿No quieres saber cómo me llamo?

Ella se giró y le ofreció una sonrisa de felicidad.

—Lo he visto grabado en ese balón que tienes al lado. Tu nombre es Noel.

NOTA DE LA AUTORA

En la medida en que forman parte de la familia, todas las historias son queridas para su autor. No obstante, esta, por circunstancias particulares, tiene unas connotaciones especiales para mí.

De aquellos lugares…

Porque con mis novelas he viajado mucho y a paraísos tan lejanos como Australia o Indonesia; he visitado ciudades europeas y también muchos de los rincones más preciosos de España. Pero esta vez me he quedado en **Sevilla**, la localidad que mejor conozco y a la que pertenezco.

Hace unos años, en un taller literario al que asistí en la Universidad de Córdoba, tuve la oportunidad de confrontar dos versiones muy distintas sobre la elección de los escenarios literarios: por una parte, la de Ángeles Caso, entonces última ganadora del Premio Planeta por su obra *Contra el viento*; por otra, la de Clara Sánchez, recientemente escogida para ocupar la silla X de la RAE y que en ese momento estrenaba *Lo que esconde tu nombre*. Mientras que Ángeles defendía la posibilidad de usar herramientas virtuales, documentación y testimonios de nativos para ubicar las obras en lugares desconocidos para el autor, Clara abogaba por una literatura basada en la propia experiencia y aseguraba que escoger los destinos que le resultaban comunes le facilitaba la tarea de concretar su narrativa. Entonces su argumento me pareció discutible, no obstante, el tiempo ha terminado por darle la razón y, aunque sigo siendo partidaria de no limitarme a la hora de plantear mis historias, he de reconocer que ambientarlas en espacios conocidos contribuye a que todo fluya.

La magia de un lugar está en las pequeñas cosas que lo definen: su luz, su color, el aroma que emana, la fisonomía de los edificios, el carácter de su gente, sus tradiciones y costumbres. Triana guarda esa magia de un modo intrínseco y cualquier historia que se desarrolle en sus calles no es ajena al hechizo. *Un par de zapatos* transcurre allí, muy cerca del río, al calor de los hornos cerámicos, entre gazpacho y deliciosas raciones de croquetas.

Roma, París, Venecia… son ciudades tradicionalmente destinadas a convertirse en escenarios de amor. Pero también lo es Sevilla. Lo que ocurriera ya una vez con *La leyenda de la mariposa azul* se repite ahora; la localización cobra tal importancia que se convierte en personaje silencioso. Sevilla… Me confieso enamorada y anhelo enamorar. Además de convenceros con mi historia, desearía haber transmitido la

pasión que siento por mi tierra y que os animéis a visitarla.

Londres juega también un papel crucial como escenario. Su elección no es casual; la ciudad cosmopolita, diversa, multitudinaria, se contrapone a la tradicional Sevilla. Cada una ofrece cosas muy distintas que no deberían ser incompatibles. Aunque lo parecen. La calidez sevillana choca con el frío inglés y son los personajes (Thomas, Fanny, Madame Purpurina) los que ejercen como puente para soslayar las diferencias que las separan.

En lo que se refiere al cementerio de Highgate, es preciso informar de que solo unas treinta personas al año gozan del privilegio de ser enterradas allí. He querido que Ángel fuese uno de ellos para compensar el padecimiento que nuestro hostelero tuvo en vida. Karl Marx, el físico y químico Michael Faraday, el Nobel de Literatura John Galsworthy, las escritoras Stella Gibbons y Mary Ann Evans (que escribía bajo el seudónimo de George Eliot), el escritor y guionista Douglas Adams y el cantante George Michael son algunos de sus compañeros de «habitación».

Y es que Ángel merecía el mejor de los finales.

De aquellos libros…

Las obras mencionadas en la novela, tanto ***Avispas de ojos azules*** como ***Érase una vez en Sevilla***, existen y pertenecen a la autora que se ha tomado la licencia de incluirlas como referentes. La primera es una obra de carácter intimista que supone un viaje por las emociones y la segunda reúne una colección de cuentos de temática sevillana. Si os han enamorado el escenario y los personajes de *Un par de zapatos*, *Érase* es el libro perfecto para continuar ahondando en el conocimiento de la ciudad y sus habitantes.

De aquellos detalles…

Una de las características que constituyen la idiosincrasia de Triana es la conservación de los **corrales o patios de vecinos**, un tipo de vivienda de arquitectura popular muy generalizado en la Sevilla del siglo xix y que constituyen un patrimonio fundamental del barrio para entender su evolución, ya que allí se concentraba el mayor número de patios de vecinos de la urbe hispalense. Se trataba de edificios donde convivían un gran número de familias y que venían a solventar los problemas de alojamiento con unos servicios comunes muy básicos que obligaban a compartir, además del espacio, alegrías y penas.

La Velá que se menciona es una fiesta que se celebra en el barrio todos los años del 19 al 26 de julio en honor a la patrona, Santa Ana, y que tiene su origen en el siglo xiii cuando el rey Alfonso X el Sabio sufrió una enfermedad ocular y se encomendó a la Virgen

prometiéndole que, si se curaba, levantaría un templo en honor a su madre.

Y así lo hizo.

A este lugar acudían los fieles para velar las imágenes sagradas durante la noche. Con el paso de los años, la fiesta fue adquiriendo un carácter más popular, pues se acompañaba de bailes y cantes en las puertas de algunas casas. Hoy alrededor del río Guadalquivir se desarrollan montones de actividades, la más curiosa, la famosa «cucaña», una competencia que anima a los más jóvenes a hacer equilibrios sobre un resbaladizo mástil de madera para alcanzar el banderín que se encuentra al final del mismo.

De aquellos temas…

Fiel a mí misma, en la obra incluyo algunos temas de actualidad que me preocupan y resumen lo que suele denominarse «**el latido social**»: las relaciones familiares, el alcoholismo, la ludopatía, la homosexualidad, el machismo, la soledad, la depresión, el suicidio, el trato que la sociedad dispensa a sus mayores o el uso de los hijos como moneda de cambio para obtener beneficios en las separaciones de pareja son algunos de ellos.

El objetivo es, como siempre, llamar la atención sobre las necesidades sociales y reclamar posibles acciones para atenderlas.

En el libro también hay gatos, dulces, zapatos, cosas rojas y el salado e inconfundible olor del mar.

Y es que «en sueños, la marejada me tira del corazón (…)».

Marinero en tierra, Rafael Alberti.

SOBRE LA AUTORA

¡**MUCHAS GRACIAS** por haber escogido esta novela!

Si te ha gustado, recuerda que cualquier comentario o reseña en las plataformas de lectura o redes sociales podrá animar a otros lectores a descubrirla y que ese cariño es la gasolina que los autores necesitamos para continuar trabajando.

También puedes contármelo mediante un mensaje a mi correo de autora, que es calistasweetescritora@gmail.com, o por redes sociales.
Estas son las que frecuento:

Calista Sweet Escritora... T E V A S A E N A M O R A R ACOMPÁÑAME A SOÑAR | Calista (calistasweetescrit.wixsite.com)
Instagram @calistasweetescritora
TikTok @calistasweet_escritora
Twitter @CALISTASWEET8
Facebook Calista Dulce Escritora (Calista Sweet)

Un par de zapatos y un mensaje inesperado no es mi primera novela ni será la última (o eso espero). Mi pasión por la escritura viene de lejos; concretamente, de la época en la que no levantaba más que unos pocos palmos del suelo. La cantidad de diarios y notitas que mi madre conserva en casa son la prueba de ello. Aunque no empecé a publicar hasta 2008. Desde entonces, he editado dieciocho libros. Todos tienen en común el hecho de que hablan sobre sentimientos y plantean, además, esos temas de actualidad que a todos nos preocupan. A mí me gusta definirlos como «historias optimistas para lectores soñadores» que buscan algo más que entretenimiento.

El mar, las mariposas, la música y el chocolate suelen tener presencia en ellas. Si no podemos comerlo a todas horas, ¡al menos que podamos leerlo!

Me emocionaría saber que te has quedado con ganas de conocer otros escenarios, otros personajes y las dificultades que habrán de superar. De ser así, no dudes en lanzarte a por alguna de las siguientes propuestas (y yo feliz).

- ☐ ***No me digas que no*** (HarperCollins Ibérica, 2015)
- ☐ ***Y, de repente, un beso*** (HarperCollins Ibérica, 2017)
- ☐ ***Mi Sol, Mi Luna*** (ClickEdiciones, 2018)

☐ ***La leyenda de la mariposa azul*** (ClickEdiciones, 2019)

☐ ***Reserva para dos*** (ClickEdiciones, 2020)

☐ ***Solo una aventura***, novela ganadora del I Premio Romantic (ClickEdiciones, 2020)

☐ ***Ningún mar en calma*** (HarperCollins Ibérica, 2020)

☐ ***Arrivederci, Roma*** (Amazon Publishing, 2021)

☐ ***Avispas de ojos azules*** (ClickEdiciones, 2021)

☐ ***Amar a una sirena*** (Amazon Publishing, 2022)

☐ ***Caperucienta, Blancadurmiente... y que no te lo cuenten***, cuento infantil ilustrado, destacado entre las cinco mejores propuestas infantiles de 2018 por la revista Babelia-El País (Mr. Momo, 2018)

☐ ***Con pata de palo***, Primer Premio en el V Certamen «Creadores por la Libertad y la Paz» (Amazon Publishing, 2020)

☐ ***Érase una vez en Sevilla*** (Samarcanda, 2023)

Si lo que sientes es curiosidad por el proceso de escritura y los intrincados caminos que hay que recorrer hasta llegar a la publicación, tal vez te interese ***Calisterías. Guía de autor. Consejos para sobrevivir en la escritura*** (Amazon Publishing, 2022) donde expongo mi versión tras más de quince años de experiencia como escritora y como correctora.

¡Nos vemos en próximas aventuras!